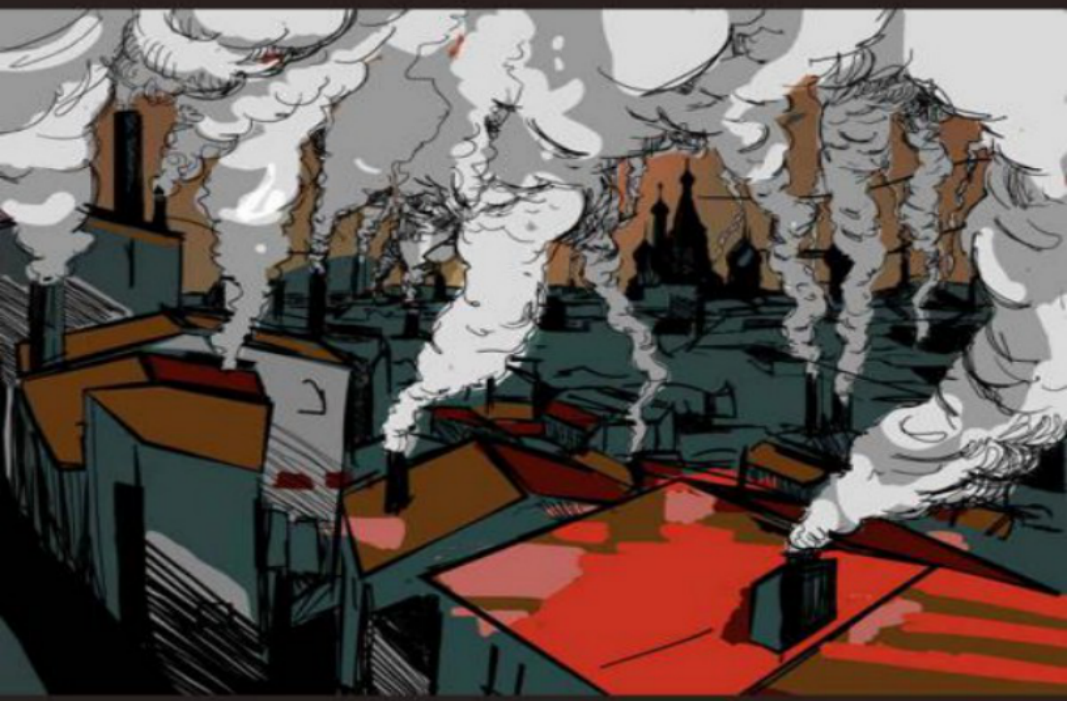
LAS CHIMENEAS DE MOSCÚ



Carlos de Tomás

Las chimeneas de Moscú

© 2014, Carlos de Tomás
© Edición ebook Editorial Amarante

Diseño y tratamiento digital: Dto.gráfico Ed.Amarante
Dibujo de portada: Javier Álvarez Vidaurre
http://editorialamarante.es
Editorial Amarante. abril, 2014

La naturaleza de la infinitud implica
que cada cosa tenga su propio torbellino.
René Descartes
Principia Philosophiae

Exactness is a fake
Alfred North Whitehead

DICEN DE ESTA HISTORIA que acaso sea negra aunque no se pretenda. Entre las pasiones más escondidas el relato se torna claroscuro, surge así cuando indagas en la cara oculta, entonces aparecen los crímenes, un chollo para cualquier escritor de género.

La vida del personaje fue perdiendo todo el sentido que puede perder una vida, motivo suficiente para que tan solo hiciera falta encender la mecha, conocer un suceso que ocurrió hace varios años y todo lo que rodeaba a ese asunto se complicara de manera extraña.

De nuevo, encontró las condiciones idóneas que le permitieron emocionarse durante unos instantes y obtener un placer intenso aunque efímero. Volvió a ocurrir. Mató a otro hombre inocente, otra víctima anónima. Unos minutos más tarde, sus constantes vitales volvieron a la normalidad y fantaseó con las vivencias del muerto, su ocupación, si estaba casado, si tenía hijos… Así, pasó un día entero recreándose en la hipotética vida de un sujeto al que no conocía de nada.

En aquella ocasión, alguien observó lo ocurrido, alguien cercano al asesino. A partir de ese instante, todo fue diferente, incluso dejó de cometer aquellos nefandos e improvisados crímenes, su vida comenzó a cambiar, se convirtió en un hombre más triste, encerrado en su trabajo, con la esperanza de que en cualquier momento encontraría a una persona que le insuflara ilusión, una ilusión distinta, apasionante y apasionada, de un color más intenso que cuando se tienen ganas de amar, de trabajar, de conseguir metas importantes; y aunque ya había alcanzado todo lo que se proponía, los triunfos personales no eran suficiente alimento para un alma astillada y oscura.

Ocurrió a las seis y media de la mañana en Luarca, un pequeño pueblo de la costa asturiana, en el rompeolas de la bocana externa del puerto, aún de noche, con un frío que perforaba los huesos y una bruma ratonera que no llegaba a ser niebla. El malecón estaba ocupado por un solitario pescador, sentado sobre un taburete plegable, caña en ristre se dejaba traslucir el humo azulado de su cigarro por la luz de la única farola encendida. Un sujeto con chándal gris y deportivas blancas, aspecto de haber salido a correr, se aproximó, se miraron, intercambiaron algunas frases. El sujeto del chándal observaba callado al pescador y se situaba tras él para que pudiera lanzar el cebo con facilidad. Entonces, los brazos del pescador se adelantaron a su cuerpo inclinándose ligeramente hacia adelante para poner el plomo mar adentro, trasmitiendo en una

parábola toda la potencia a la línea y de pronto, como si fuera un estruendo sordo, el pescador sintió un fuerte golpe en el centro de los lumbares que lo empujaba contra el vacío. Cuerpo y caña cayeron sin tiempo para gritar, su garganta ahogada entre las olas era el embudo por donde se alimentaba de mar, sumiéndolo en un vacío eterno y húmedo. El sujeto con el chándal gris bajó su pierna derecha como a cámara lenta volviendo a componer la figura. El rugido del agua en el rompiente anulaba cualquier queja, cualquier auxilio, cualquier ruido más débil que el ofrecido por la voz inmensa de la espuma contra la costa.

El asesino, de pie, sin moverse durante unos instantes de respiración profunda, miró en derredor, nadie cerca, estaba convencido, no había más ojos en la fría y húmeda madrugada. Cerca del borde, inclinaba la cabeza buscando a la víctima, pero bajo el abismo ningún resto, ninguna migaja de persona, el mar se lo llevó después de despedazarlo contra las rocas.

Toda la escena sería una acción contra natura para cualquier ser que no fuera hombre, la única especie capaz de matar por mero placer o divertimento; acaso, la consecuencia de un cerebro complejo e insondable. Cuando se escucha: “lo hizo sin motivo justificado”, habría, no obstante, que indagar en los rincones más escondidos de la mente, allí pudiera encontrarse justificación, algo que permita dejar tranquilo al homo sapiens. No somos tan perversos… no somos tan perversos… pero es un mero rodar de palabras bien intencionadas mientras mueren inocentes.

El asesino de chándal gris comenzó a correr suavemente hacia la costa, tierra adentro. Tras él quedaron ciertos objetos, desamparados por la fatalidad: pequeño taburete plegable y una vieja caja de arreos, los cebos en un bote de plástico y el salabre sobre el hormigón del rompeolas. Cuando alcanzó la salida del muelle, algo hizo que desplazara la mirada hacia su izquierda, entre el paisaje nebuloso pudo contemplar sorprendido un rostro que asomaba en la linde de un cañaveral, lo saludó con la aspereza y la desconfianza de quien cree haber sido observado hace unos minutos ¿Qué hace aquí? Se preguntaba ¿Fue testigo de la escena? Esa duda, acompañó a su vida durante mucho tiempo.

DESDE QUE OCURRIÓ EL SUCESO de Luarca ha trascurrido un manojo de años, suficientes para despertarnos de una Guerra Global, que aunque breve y sin apenas efectos cruentos en Europa, ha provocado la mutación ética y estética de nuestro mundo. Todo aconteció deprisa, mas sin estridencias, la tecnología mudaba a una velocidad prodigiosa, la obsolescencia del entorno era palpable día a día. Ninguna crisis económica paraba el desarrollo de vértigo. Si un lugar del planeta languidecía, en otro lugar lejano el crecimiento de la economía era un efecto automático del mercado. El planeta, se despertó una mañana europea con los titulares reventando alegría, "la guerra ha terminado, la paz mundial es un hecho incuestionable", pero a qué precio para muchos que no se habían enterado de que hubo guerra como se han entendido siempre las guerras, que no se daban cuenta que la guerra tenía mil formas y ellos sufrían una de ellas.

La paz, es el espejo de los rostros lampiños y pálidos de seres anémicos, de una debilidad colectiva y placentera, inyectada por las jeringas de una anónima gran inyectadora; en la comida, las comunicaciones, las drogas, el agua… Ahora, se vive de acuerdo al reflejo de las almas barnizadas con esta inquietante estética. Vida y costumbres acordes a la Nueva Era, paz a cualquier precio marcado por los que marcan los precios, y feminidad provocada por las alteraciones hormonales involuntarias.

En estos momentos, a muchos quilómetros de aquel lugar asturiano, en la metrópoli, es media mañana cuando un hombre, mientras lee un diario en uno de los salones de su casa, se queda dormido sobre el sofá. La cabeza redonda, rojiza y limpia, parece pulida donde tendría que haber pelo blanco. Las facciones romas pudieran obligarnos a pensar que nos hallamos ante un sujeto vulgar, sin embargo, es todo lo contrario a tenor de sus obras, un alma complejísima digna de estudio. Se acompaña de una música dulce que sale de algún recodo de la lujosa habitación. La cadencia del fagot lo sumerge en el sueño, pero es una pesadilla incómoda la que se instala en su cerebro. *Ocúltese profesor*, dice sin voz la mujer harapienta. *Ocúltese profesor, por su bien*. Avelino Mornin se ve a sí mismo, delante de aquel espectro, en una carretera solitaria y larga, sin escenarios laterales, con el cielo marrón y la atmósfera pesada. Mira a la mujer, no sabe quién es, aprecia que no tiene rostro, pero sí atisba dos grandes cuevas por ojos, oscuras y profundas oquedades, nada tiene sentido en la lógica sinrazón de las tinieblas, donde mutan a cada instante las figuras oníricas, por costumbre de

la propia naturaleza del cerebro y sin explicación que satisfaga nuestra curiosidad sobre el mundo de los sueños. *Ya están aquí… ocúltese profesor*. Siente un pertinaz escalofrío que lo intranquiliza. Avelino, quiere despegar los pies del suelo pero la carretera se hace viscosa, imposible dar un paso. *Aprisa, insensato*. La mujer, se marcha conocedora de lo que se avecina, envuelta con un sayal negro y roto por única ropa que mece vaporosa en el espeso y tibio viento. Avelino Mornin la observa empequeñecer, alejarse al infinito del sueño.

En lo que llamamos mundo real, intervienen el arpa y las violas pero tampoco son reales, fluyen de un equipo de alta fidelidad. Únicamente el sonido parece real en lo extraño del momento. No es difícil imaginar la contorsión del director cuando un instante después hizo arrancar con furia a la orquesta. Avelino Mornin no despierta, sigue dormido a pesar del nuevo movimiento de la sinfonía, cuando se incorporan platillos y timbales. El volumen de la música se eleva autónomo, pero continúa enfangado en un sueño que le hace sufrir. Desde la lejanía escucha a la inquietante mujer sin voz, con la telepatía con la que se comunican los personajes de los sueños, y le repite *estás jodido Ave… estás jodidamente jodido*. Acompañado de otro escalofrío crecido como la música, por fin pone cara a la voz, es Críspula Rolin, su ayudante, la compañera de investigaciones en el Departamento de Estudios de la Materia. Cada vez hace más fuerza para despegarse del viscoso suelo, pero el resultado es el contrario, se hunde a gran velocidad como si tiraran de sus pies con suma fuerza, hacia la eternidad profunda. Surge una gaviota blanca del oscuro paisaje, revolotea y chilla, intenta picarle los ojos. Avelino Mornin se cubre con los brazos. *Ellos están bajo mis pies… socorro, socorro*. Ataca el pájaro, *Giii, giii*. Plumas en el aire pastoso del sueño. Quiere gritar, el sonido se ahoga en la garganta cuando su cabeza comienza a sumergirse en el asfalto mucilaginoso de la siniestra carretera. Resiste. Vuelve a gritar, pero nadie le escucha.

—¡Cariño, despierta! Sudas mucho… gritas como un loco… y la música a todo volumen… ¿cariño? —la mujer lo acaricia.

—¡Eeeh! —El corazón de Avelino está acelerado—. Déjame tranquilo Olga, necesito volver al sueño. Tengo que averiguar quiénes son ellos.

—No te reconozco. Tus gritos y el elevado volumen de la música están destrozando mi tan necesaria quietud, intento hacer yoga. ¿Qué te pasa Ave?

Olga se marcha al comprobar que fue una pesadilla, parece que

vuelve a quedarse dormido, pero vano intento el de Avelino Mornin por instalarse de nuevo en la blanda carretera, supone que es tarea imposible, que se sepa, nadie aún pudo penetrar en un sueño después de despertar, queriéndolo hacer a propio intento, consciente. Está laxo sobre el sofá al volver su corazón a funcionar con normalidad. Olga desconectó el reproductor de música antes de marcharse a su clase de yoga. Avelino Mornin mira sin fijeza a cualquier lugar, sus pensamientos se sumergen dentro sí mismo en un intento inútil por descubrir el verdadero significado de las imágenes sufridas, aunque tal vez, dentro de poco tiempo se conviertan en una premonición, revelada según trascurre su vida.

Grande y antiguo caserón en Monterosso, lo llaman la Mansión Mornin, MM reza encastrado en un rosetón sobre la alta verja de metal por donde se accede a la finca. Dentro, en las estancias de aire clásico y nuevorico, se abigarran los recuerdos en forma de objetos variados. La habitación en la que descansa el profesor Avelino Mornin está repleta de fotografías, casi todas sobre un viejo aparador situado a su derecha, allí todo lo que hay es de empaque, no es la casa de un cualquiera. Fueron tantos momentos importantes, tantas personalidades las que han pasado por su vida, sobre todo, desde que formuló la teoría de la Materia Fascinata y por ella le concedieran el Nobel. Sin embargo, el profesor Mornin está insatisfecho, siempre insatisfecho. “Lo importante está por hacer” dice una y otra vez a su inseparable y para él imprescindible ayudante Críspula Rolin.

Encima de ese mueble se encuentra retratado, con ministros de muchos gobiernos, jefes de estado, rectores de universidades, regidores de ciudades importantes, multimillonarios ociosos y no ociosos, algunos amigos, su mujer, y en un lugar destacado, delante del ejército de fotografías, está Takashi Matsumoto, en primera fila, el predilecto. Aquel joven nipón fue quien le reveló, poco antes de morir, la ecuación definitiva capaz de hacer aflorar, lo que denominó Premateria, o Suero Antecesor como también lo llaman los físicos, antesala y principio necesario para que poco después el profesor Mornin predijera la Materia Fascinata y se planteara, como única y obsesiva misión de alquimista, fabricarla. Tanta gratitud que, de nuevo, pasa la mirada devota sobre el joven Takashi, con quien compartió el Nobel, pero el profesor Mornin, aquel frío día en Estocolmo, acudió en solitario a recoger el premio. Dicen que, desde entonces, su rostro ha mudado tanto que es otra persona. Para el que no lo conocía con anterioridad a la muerte del japonés le resulta casi imposible identificarlo en las fotografías antiguas. Unos

dicen que le transformó la melancolía, otros que fue el encallecimiento del alma por la ira contenida lo que perturbó el rictus amable y espontáneo que presentaba siempre su mirada.

A estas alturas de la investigación sabe con certeza que lo más duro está por llegar, no descansará hasta contemplar con sus propios ojos la Materia Fascinata, dominarla y ponerla al servicio de la humanidad. Para esa tarea, varios gobiernos, empresas y fortunas han depositado todos los medios a su alcance y la tecnología más avanzada en las manos de un hombre cuyo apellido se escribirá con letras de oro en la historia, nombre que ya ha dejado pequeño a Galileo, a Newton, a Einstein. Avelino Mornin.

Para coordinar esa importante labor se fundó el Departamento de Estudios de la Materia, el DEM, al que todos llaman el Departamento, ubicado en un lugar estratégico, aunque dentro de la metrópoli, subterráneo y muy bien custodiado, más por tranquilidad de sus miembros que por secretismo de sus investigaciones, pues en teoría y como ya es sabido todo lo relativo a la Materia Fascinata deberá hacerse público, según acuerdo unánime de las naciones más importantes, aunque eso siempre está por ver; tanto secretismo en el pasado sobre asuntos de suma importancia para el hombre, si hubieran visto la luz a tiempo el deterioro planetario se habría contenido ahorrando mucho sufrimiento.

Por supuesto, al profesor Mornin le rodean los mejores, el equipo principal está casi al completo y funciona desde hace unos meses con normalidad; tan solo falta por llegar un ingeniero ruso que será recibido esta misma tarde, de forma privada, en su despacho del Departamento, antes de que se haga público. Al recordar este asunto, desde la butaca del gran salón de la Mansión Mornin, da un grito.

—¡Apolonia!

Al instante, ante sus ojos aparece una guapa criolla del color del chocolate con leche, leche condensada pues de sus labios se destapa dulzura.

—Dígame, señor.

—Comeré dentro de una hora, en mi gabinete. Después, voy a salir. Recuerdo ahora que olvidé anunciar este cambio de planes; por favor Apolonia, que el chófer tenga dispuesto el coche para dentro de hora y media.

—No se preocupe…

Los interrumpe Olga la mujer del profesor que de nuevo hace entrada en el gran salón.

—¿He oído bien? ¡Pero, si hoy es fiesta! Prometiste hace un par de meses que descansarías al menos un día a la semana. El médico te hizo una severa advertencia, no puedes trabajar de continuo, ya no eres tan joven, acabas de cumplir sesenta y seis años aunque no los aparentes y estás saturado de trabajo.

Las palabras de su mujer le abrasan, como si le hubieran dado un tiro de sal, y se pone sarcástico. Dirige la conversación por otro sendero.

—Pensaba que estarías con ese… no recuerdo nunca el nombre de tu profesor de yoga.

—Barrado, maestro Barrado. Ya sé que te cae mal. He vuelto a interrumpir la clase para confirmar que te encontrabas bien, me marché preocupada, no sueles tener pesadillas. Aunque parece que mi presencia te molesta.

—Soy humano, Olga. Estoy bien, me quedé dormido mientras leía los diarios, quizá tantas noticias desagradables alteraron mi sueño ¡Ah! y no olvides que soy como un toro, ¿no decías eso antes…? nunca me encontré tan fuerte.

—Perdón. Si no me necesita, dispondré todo lo que me ha pedido —Apolonia, aprovecha el breve espacio de silencio para despedirse.

—Por supuesto, gracias —dice el profesor con cierta afectación, al tiempo que guarda para sí la sonrisa del comentario sobre su salud.

—Durante las últimas semanas, los días festivos fueron sagrados para ti, aunque me doy cuenta de que esta situación de aparente normalidad ha durado poco tiempo —recrimina Olga, después pregunta— ¿Adónde irás después de comer?

—Tengo que recibir a un nuevo miembro del equipo. No puedo perder el tiempo, le necesitamos, sabes que mañana comienzan las pruebas más decisivas del asunto en el que estoy trabajando.

Mira a su esposo con distancia, rígida y malhumorada desde el otro extremo del salón. El rostro de Olga muestra los signos de una batalla que perdió hace años, en la lucha para que su marido no sintiera indiferencia hacia ella. La rabia contenida de una mujer quince años más joven que el profesor y más guapa que la amante, en plenitud y sabedora de que muchos domingos su marido los pasaba a solas con Críspula Rolin, su colaboradora más directa, un hecho supuestamente de dominio público, lo que le hace sentir muy incómoda, aunque en esta ocasión piense que pueda ser cierto lo de recibir a alguien. Olga, a pesar de su vestimenta casi deportiva, alumbra con todo su esplendor, y ese sutil gesto de enfado en el

rostro acrecienta aún más su belleza. Da media vuelta, sale de la estancia sin mediar palabra, pensaba que lo de la Rolin con su marido se había terminado, pero le asaltan dudas. El profesor queda pensativo y ensimismado por multitud de asuntos, la mayoría inescrutables.

La Mansión Mornin está infectada de esa tranquilidad festiva que tienen las casas nobles cuando la mitad del servicio tiene libranza y el viento malo que pudiera perturbar las almas, parece que descansa cuando la mayoría de las gentes están menos activas. Pero eso, ya se verá.

AVELINO MORNIN SE ENCUENTRA, desde el asiento trasero, con unos ojos reflejados en el espejo retrovisor, ese cruce de miradas sin palabras es la señal de arranque. El chófer sabe, mudo por complicidad y costumbre, que si no hay orden expresa el destino del viaje se hará de memoria. Pone gesto complaciente aunque el jefe truncara un día de descanso más dedicado a la contemplación de su amor furtivo que a otro trivial entretenimiento, así es la vida de un empleado full time a su señor. El chófer, está logrando avanzar en su platónico amor por una empleada de la Mansión Mornin, compañera prohibida por expreso deseo de sus jefes y condición necesaria para poder trabajar en la casa. Nada de líos amorosos. Pero, la realidad es otra.

No es mucha la distancia entre su casa y el Departamento, veinte o veinticinco minutos rodando por la periferia de la gran urbe, tiempo suficiente, durante el trayecto, para hacer balance diario sobre las cuestiones de la investigación que más le preocupan. Pero esta vez, quizá por efecto incomprensible de algún viento que descolocó los anaqueles donde se ordenan los recuerdos, sus pensamientos se marchan al día que conoció al joven Takashi, en un congreso de matemáticos en Cambridge. El japonés, se acercó a él con suma reverencia, decía que había desarrollado una teoría que a todos causaba risa e incredulidad, que cuando comenzaba a plantearla nadie, absolutamente nadie, deseaba que continuara con las explicaciones; solamente algunos alumnos le escucharon, y por desgracia varios cabos sin atar le impedían completar aquella revolucionaria idea. Acordarse de Takashi tal vez no se debe a la casualidad, lo tiene siempre muy presente, y encontrarse a las puertas de un importante experimento le trae a la memoria a quien fue parte responsable del proyecto, a pesar de estar muerto.

Observa que los ojos del chofer le miran, como si escudriñaran en busca de algo que Avelino no logra comprender, pero continúan el viaje en silencio. El recuerdo se hace más vívido al preguntarse ahora, después de varios años, cómo el japonés consiguió hacerle mantener la atención durante varias horas en aquella cafetería del college, hasta que los invitaron a salir para cerrar. Desde allí se marcharon al hotel y continuaron hablando hasta el amanecer en uno de los salones. Después de aquella larguísima charla, Takashi no volvió nunca más a Japón, terminó el congreso y se marchó con el profesor Mornin a la Universidad de Lucerna, el cual, desarrollaba en aquel centro un trabajo sobre el plegado del espacio-tiempo por causas no gravitacionales, llegando a redactar

un opúsculo titulado *Epítome a una teoría sobre los agujeros de gusano*, estudio, publicado por la Sociedad Americana de Física, que provocó no poca controversia. En aquella etapa, toda la teoría sobre la Prematería se precipitó con éxito.

A Avelino Mornin, Takashi le parecía de goma con ese rostro redondo, pálido y amable. Los dedos del joven blandían el lapicero sin esfuerzo, dibujando y dibujando curvas, gráficas e infinidad de números y símbolos desgranados hasta alcanzar por fin la fórmula que permitió entender y demostrar que cualquier elemento conocido nace de la Prematería, generadora del Big Bang y cuyos restos se encuentran en todas las partes del Universo conocido, incluso en la materia oscura, y haciendo plausible la teoría de moda que estimaba al Big Bang como fruto de la materia blanca expulsada por un agujero negro y origen de un Universo, el nuestro, en un conjunto indeterminado de universos paralelos y concatenados, como una gran malla de gruesos cordajes, y del centro de cada galaxia en espiral en su colapso surgiría, por la cloaca del agujero negro ubicado en su centro, otro big bang y así hasta el infinito.

El japonés, quiso dar un paso más allá y propuso varias ideas para poder visualizar e incluso manipular tal Materia, pero un accidente cuando regresaba de visitar el CERN acabó con su vida y Avelino Mornin quedó desamparado. Lo consideraba como al hijo que no había tenido y también el motor de una teoría que, curiosamente al poco tiempo de morir Takashi, dio su fruto práctico ya en la metrópoli al conseguir la comprobación empírica de la Prematería, obteniendo el suero palpable, su existencia material. El siguiente paso fue consecuencia del anterior, la formulación teórica de la Materia Fascinata, la que nacerá de la Prematería y dará explicación y forma a todo lo que conocemos.

Repuesto de tan duro golpe, el profesor continuó las investigaciones hasta descubrir la verdadera esencia del Universo, la clave de su entendimiento, la mecánica omnipresente que todo lo consigue y que manipulada con corrección podrá originar y ser cualquier cosa que el hombre desee, la gran unificación. Como ya se sabe, poco tiempo después de morir Takashi, el profesor Mornin consiguió sintetizar la Prematería, el suero del que saldrá el vehículo hacedor, y ahora su objetivo es, una vez construida y en funcionamiento la máquina diseñada por el japonés, utilizar ese suero para conseguir la Materia Fascinata. Será, en palabras del profesor, como revelar una fotografía, es el compuesto de todo el Cosmos, lo que vemos a simple vista es la imagen especular; por eso, quien posea la Materia será el dueño de este Universo, el

hacedor de estrellas que dominará el espacio-tiempo, la biología, la gravedad y un largo etcétera de cosas inconmensurables. Todo lo que nos rodea podremos duplicarlo o sesgarlo, tiene tantas posibilidades como imagine nuestra mente. Con los aceleradores de partículas creamos o visualizamos materia aparente, pero el Mutador…es lo que crea la verdad, lo que está detrás de todo.

Cuando están a punto de llegar al Departamento, piensa que tal vez la última incorporación al equipo de investigación, a quien recibirá dentro de pocos minutos, pueda ser alguien como Takashi, la luz que iluminará el último estadio para crear y dominar la Materia Fascinata, plasma que expandirá el conocimiento acumulado, como único vehículo y condensador de la energía. Es tan importante el resultado del experimento que se anticipará a lograr para el hombre lo que en condiciones normales y predecibles se tardarían cientos de años con un desarrollo tecnológico a la velocidad actual. Incluso, las metas alcanzadas con los aceleradores de partículas o la puesta en marcha del proyecto ITER de fusión termonuclear, quedarán en meras anécdotas de la física y la ingeniería. Estamos ante el verdadero camino, según su creador.

El profesor Mornin, está convencido de que en un futuro desaparecerá el hombre como ahora lo conocemos, mutado a un ser compuesto de ese extraordinario elemento. Un cyborg como jamás nadie imaginó, el que conquistará las galaxias. En numerosas conferencias ha dicho que estamos muy cerca del resurgir de una nueva civilización, consecuencia de la creación de un nuevo hombre. Si el *homo sapiens* acabó con los *neandertales*, este nuevo Ser al que denomina *homo sapiens victor sidera*, se augura casi eterno con capacidad para auto-replicarse y sin apenas consumo energético ni desgaste, y deseoso de extinguir al hombre de nuestros días, imperfecto e inferior al *victor sidera*.

El chófer aparca en la plaza reservada al profesor Mornin, se bajan del vehículo para encaminarse hacia una anónima puerta en los bajos del viejo edificio de oficinas, abre con una llave de seguridad, ante ellos aparecen las bocas de un grupo de ascensores. Vuelve a insertar otra llave en el aparato que les bajará ocho plantas tierra adentro, a las profundidades donde se cuecen asuntos de suma importancia. El aparato elevador, que acaso en estos instantes debería llamarse bajador, frena y se pliegan las puertas-hoja, aparece ahora frente a ellos su ayudante Críspula Rolin flanqueada por dos hombres de uniforme, armados.

—Buenos días Jefe —con la sonrisa del hábito y el protocolo.

—Hola Cris. Perdóname por hacerte venir en tu día de descanso.

—Perdonado —hace un gesto de resignación con una sonrisa cínica.

La mujer es la más alta del grupo, delgada con las ropas ceñidas, el pantalón oscuro de brillos no deja entrever exceso de cadera, un suéter también apretado hace resaltar el firme pecho por justo de tamaño, la cabeza de una redondez perfecta y limpia transporta unos ojos marrones pero vivos. Cuando mueve sus labios carnosos la voz resultante parece que adormeciera. Sus manos largas de dedos sensuales y afilados, y su figura, están en armonía con el tipo de belleza de nuestros días. Comienzan a caminar por un largo, azulado y curvo pasillo, menos el chofer que regresa a la superficie.

—La nueva, está esperando en la antesala de su despacho. Aquí tiene el dossier completo —Cris alargó su brazo al profesor sin desviar la mirada horizontal.

—Ilia Ivanovna Petrova —lee del folio electrónico en voz alta el profesor Mornin, mientras continúan caminando.

El pasillo se ensancha en una gran sala oblonga, más hombres de seguridad se reparten por el perímetro sin llegar a ser agobiantes. Varios accesos a distintas salas de trabajo, cubículos de esquinas achatadas. Al fondo se aprecia que el pasillo curvo continúa, en lo que previsiblemente es una circunferencia que contiene toda la actividad de esa planta en el Departamento, un cilindro bajo tierra de treinta y dos metros de altura, apoyado sobre una gigantesca cúpula. El profesor y su ayudante, esta vez sin hombres de armas, acceden a otra sala dispuesta con falsas ventanas que hacen más amable el lugar, hay también un par de filas de butacas de plástico, en la última a un extremo está sentada una mujer. Aparenta unos cuarenta años, rubia, de cabeza ovalada y blanca. Al girar su rostro hacia los recién llegados, el profesor observa unos ojos del color de la esmeralda y una sonrisa que condensa mil sonrisas.

—Nunca imaginé que conocería a una ingeniera tan guapa. Perdón, soy Avelino Mornin, creo que ya conoce a mi ayudante Cris.

Mientras se dan la mano, Ilia decide hablar.

—Gracias. Tenía tantas ganas de conocerlo que ahora me parece mentira estar delante de usted.

—Desmitifique Ilia —sonríe y añade—, pasemos a mi despacho. Acompáñanos Cris, tendremos una pequeña charla con nuestra recién llegada antes de presentarle al resto del equipo.

El profesor se adelanta, es seguido por las dos mujeres hasta una puerta doble que se abre cuando aproxima su ojo a un pequeño receptáculo luminoso. En la pared del fondo del gran despacho, una

enorme y falsa ventana con vistas al sur de Manhattan llena de luz la estancia; la visión es aérea, parece tratarse de una fotografía tomada desde la azotea de un rascacielos en ángulo de cuarenta y cinco grados, apuntando hacia el Brooklyn Bridge, y tan perfecta que provoca un cierto vértigo a Ilia cuando se aproxima al centro de la habitación.

—No se asuste —dice el profesor— esa fotografía pretende engañar nuestros sentidos, hacernos creer que estamos en la línea del cielo cuando en realidad estamos cerca de… Lucifer —se ríe con ganas, pero sin estridencia—. Nos separan más de siete mil quilómetros de la Gran Manzana y parece que estuviéramos en la azotea de uno de sus rascacielos.

Recobra el tono de su rostro e invita a que se sienten sobre un amplio sofá de líneas rectas y color a juego con el azul especial que envuelve todas las salas. Se sienta en una butaca al lado de las dos mujeres. Frente a ellos la mesa de despacho del profesor, bastante aséptica, cuyos únicos inquilinos son la pantalla del ordenador y un folio electrónico; aunque Ilia piensa que los signos externos del trabajo de un hombre volcado en la investigación de laboratorio estarán en otro lugar, a pocos metros de allí, junto a su equipo humano y una gran cantidad de máquinas y aparatos, y tal vez todo el esfuerzo de su carrera en la memoria de ese ordenador. Un fogonazo de pequeñez baña sus neuronas, toda una vida comprimida en unos cuantos centímetros, pero su mente de científica la obliga a darse cuenta de inmediato que el mundo cuántico es tan ilimitado como el cosmos visible e intuido; allí, en la infinita nadería, pueden estar todas las vidas.

—Nos han hablado muy bien de usted, Ilia. Este informe que tengo en mis manos señala, como ya sospechábamos, que es una de las personas más cualificadas para manejar el Mutador de Partículas. La máquina que tenemos en estas instalaciones es de última generación, presumo de tener el Mutador más avanzado y capaz de entre los tres que existen en el mundo. Los otros dos los ha manejado usted con buenos resultados, corríjame si me equivoco —después de una pausa y la aquiescencia de la rusa, continúa—. Necesitamos una persona con su experiencia y conocimientos, que domine a ese endemoniado artilugio, que tenga el aplomo suficiente para no salirse del patrón marcado, y que sepa asumir riesgos controlados. Creo que me entiende, queremos resultados pero no salir volando por los aires y que todo se vaya al traste después de tantos años de dura y costosa investigación.

—Soy consciente de todo lo que me dice. Cuando acepté

manejar su máquina de mutación de partículas, sabía muy bien a lo que tenía que enfrentarme; horas y horas de riesgo hasta conseguir los resultados apetecidos.

—Exactamente —el profesor Mornin dirige la mirada a su ayudante—. Cris, creo que Ilia está en nuestra onda —ahora vuelve a mirar a la rusa—. Seguro Ilia que encajará perfectamente en el equipo. Incluso, pienso que usted es la única persona capaz de mejorar la máquina. Precisión y pericia nos ayudará a conseguir lo que tanto anhelamos.

—Tengo entendido que han logrado resultados parciales, acaso poco apreciables, lo cual ya sería un éxito —refirió Ilia.

—Habladurías —se anticipó Cris—, qué más quisiéramos. Aunque, estamos a punto de alcanzar algo grande ¿verdad profesor?

—Creo que sí. La clave está en conseguir que esa máquina sea puesta a punto por usted y que trabaje perfectamente y sin margen de error sobre los patrones que le aportemos. El difunto Takashi nos dejó gran cantidad de fórmulas con combinaciones de Suero Antecesor y otras partículas para interactuar de manera especial; estoy convencido de que sus funciones más las nuestras darán como resultado poder contemplar la Materia Fascinata y cuando la tengamos a nuestro alcance, después de tantos años de esfuerzo y estudio, creo que no será difícil dominarla y utilizarla para los fines planteados. En su aplicación cambiaremos casi todas las cosas, las transportaremos al plano deseado, dominaremos el espacio-tiempo, la luz, la materia conocida, la materia oscura, y tantas y tantas cosas, en una dimensión macro cósmica como cuántica —hace una pausa para tomar resuello después de haberse acelerado al hablar y continúa—. Perdone mi vehemencia, comprenda que toda mi vida e ilusiones están depositadas en este proyecto.

—Es apasionante escucharle profesor —dijo Ilia Petrova con brillo en los ojos.

—Creo —dice Cris dirigiéndose al profesor—, que no está de más hacer las advertencias de seguridad a la señorita Ilia, espero que no le incomoden las pruebas que tendrá que soportar a lo largo de un par de días, de las que ya le hablé.

—Comprendo y asumo su protocolo de seguridad —dijo Ilia— pero no lo entiendo, después de las soporíferas sesiones que soporté a su Servicio de Inteligencia.

—Solo le pedimos un poco más de paciencia hasta que comience su trabajo. Intentaré mediar para que ese inconveniente sea breve —dijo el profesor Mornin, y añadió—, bien, pues comiencen ambas con los trámites lo antes posible y de camino conduzca a la señorita

Petrova en visita turística por el Departamento.

Sonríen los tres.

—En marcha — dijo Críspula Rolin mientras se pone de pie.

Las dos mujeres se despiden del profesor. Cris le regala una mirada especial y furtiva, sin respuesta. La Petrova, está henchida de gracia cuando sale del despacho, parece que flotara, anda como a saltitos; con seguridad, no es consciente de los ademanes que delatan su eufórico ánimo.

A PESAR DE SU EDAD, OLGA luce unas pantorrillas esbeltas, tumbada sobre una esterilla en el centro de la sala de juegos de la Mansión Mornin. Lleva puesto un short blanco, elástico, a juego con una ajustada camiseta azul celeste que hace resaltar el color caramelo piel de la atractiva mujer. Mueve sus miembros con gracilidad y lentitud, arquea la columna construyéndose en un puente imposible. Un liviano, casi etéreo, acompañamiento de sitar se escapa por las rendijas de las ventanas, por cualquier fisura, y perfuma de incienso —con esa facilidad que tienen los sonidos para transformarse en olores— al barrio más exclusivo de la metrópoli, Monterosso.

—¿Crees Barrado que mi marido me es infiel con Críspula Rolin?

—Por supuesto, querida Olga.

No contesta a la rápida afirmación de su maestro de yoga. Piensa ¿Por qué Barrado lo sabe todo? ¿Acaso tiene tantos poderes como presume? ¿Tendrá la capacidad para ver lo que ocurre en otros lugares lejanos? ¿Observará a mi marido mientras se lo hace con la Rolin?

—Respírame con el estómago Olguita, cariño. Con el-es-to-ma-go.

—Maestro, no aguanto más en esta postura.

—Si sufres es que no has llegado aún. Ya sabes lo que decía la maestra de maestros Indra Devi, el yoga debe darte placer y serenidad.

Barrado, siempre cita a su gurú que aunque nunca llegó a conocerla, tan solo por escritos y fotografías, cree que pronunciar su nombre le otorga un título, una habilitación para hablar de la disciplina sobre la que se considera maestro sin haber tenido nunca un maestro, en este caso maestra. Una letona de nombre impronunciable, que se bautizó Indra Devi en la India y terminó en Buenos Aires de jefa de los yoguis del planeta, y razones y capacidades no le faltarían cuando vivió ciento dos años pudiendo presumir de haber nacido en el siglo diecinueve y muerto en el veintiuno. Todos esos datos, y muchos más, se habían convertido en el repertorio publicitario ideal de un Barrado conquistador de gentes con ansias de creer en algo y ganas de vivir muchos años, que para eso estaban forradísimos de dinero.

Olga se pregunta, por qué ejerce tanto atractivo sobre ella un amanerado profesor de yoga; pero el juego de verse a escondidas en un nada lujoso hotel de la metrópoli, hacen que los encuentros sean más emocionantes que otra cosa. En estos precisos momentos, sin

embargo, lo ahogaría cariñosamente para después decirle sin estridencia "estás despedido". Desea acabar con la farsa del yogui, se ha cansado de él, como se cansó en su día del profesor de pádel o del rumano echador de cartas que conoció en Ginebra. Ahora, la situación parece distinta, además de haberse aburrido de él, Olga está preocupada por su marido, piensa que debería dedicarle más tiempo, aprovechar mejor los escasos momentos que le sobran después de trabajar y trabajar en el Departamento, y poner a esa Rolin en su sitio, en vez de que se solace a sus anchas aireando la nobleza de su egregio partenaire.

Pasea el maestro Barrado por la sala de juegos con la afectación y las maneras de un mariyogui, el brazo izquierdo a la espalda y la mano derecha como dirigiendo orquesta, aunque lo único que se escucha es el sitar en lejanía, notas que junto a la almibarada luz y a la fragancia ambiente con que gusta perfumar la sala, ofrecen un espacio de ensoñación hueca, muy adecuada a la artificialidad del entorno. Olga, al fin deshace la postura, tiene las piernas embotadas como si fueran de corcho; se incorpora como puede, a pesar del hormigueo que la recorre hasta las ingles. Llaman a la puerta, se abre después de un "¡entre!" Petunia, una de las jovencitas del servicio se acerca a la señora con cierto nerviosismo. Dice en voz baja con algo de ahogo, más por haber subido corriendo dos plantas de escaleras.

—La policía, señora…un policía.

—Tranquila. ¿Qué quiere? ¿Ha pasado algo? No me asustes…

—Nooo, creo que solo quiere hablar con el señor. Le dije que estaba trabajando, pero insistió, dijo que como era festivo que me asegurara. No me gusta su cara, señora; le dije que hablara con usted, que yo no sabía nada.

—Tranquila Petunia ¿Dónde está?

—En el hall.

—Hazle pasar al salón principal y que espere mientras me cambio de ropa.

—¿Algún contratiempo, Olga? —pregunta Barrado.

—No, nada; una visita. Lo dejamos por hoy… ¡Ah! se me olvidaba; mañana aunque no tenemos clase me gustaría verte.

Barrado, piensa de inmediato en el discretito hotel donde podrá jugar con Olga, donde podrán explayarse en las fantasías más inconfesables. Lo que no sabe el yogui es que la discreción solamente apunta a la galería, porque Olga, como mujer de personaje tan importante para la comunidad, es seguida y vigilada en cualquier lugar donde se encuentre. Ocurre, no obstante, que lo

que hace con el mariyogui no es transcendente y queda en la memoria exclusiva de unos ojos utilitaristas y discretos.

Barrado se saborea el futuro encuentro y pregunta con eufemismo gracioso.

—¿Nos vemos en mi despacho?

—No. Aquí a la misma hora. Si hubiera novedades te llamo.

El tono y gesto de la mujer ponen en guardia al maestro de yoga, algo va mal, no le gusta el asunto de volver mañana sin saber a qué.

—Tus palabras son órdenes —dice mariyogueando.

—¡Vamos! —Exclama Olga a la sirvienta para que despegue los pies—, te has quedado como boba mirándonos.

—Ya me marcho, señora…perdón —sale a toda prisa Petunia de la sala de juegos, moviendo la faldita como si fueran las alas rizadas de un hada doméstica e ingenua.

Barrado también se marcha, no sin decirle antes a su alumna amante si puede ayudar en algo. Olga, además de no hacerle caso, se escabulle por una pequeña puerta disimulada en el paramento, comunica con una escalera de servicio que la lleva directa a su dormitorio.

Desnuda, frente al gran espejo del tocador, se mira y disfruta de sus sensuales y estilizadas curvas, tanto deporte ha servido para algo, el esfuerzo te recompensa. Se sienta en un taburete y se acaricia los senos, luego los muslos. Que espere el policía. Después de un derroche de onanismo narcisista, perfuma todo su cuerpo, se embute en un vestido casi transparente y baja con determinación las escaleras, sin perder la elegancia y la pose de una diva, sí, porque se cree una mujer distinta del resto de mujeres y a veces actúa para sí misma, como ahora descendiendo peldaño a peldaño con ese aire tan sofisticado. Olga no sabe porqué lo hace, tampoco se lo pregunta, le sale de dentro.

—Buenas tardes, Monsieur…

El hombre está de espaldas, contempla la gran cantidad de fotografías repartidas por el salón. Gira la cabeza antes que su cuerpo al escuchar el saludo.

—¡Ah! Hola. Perdone mi intromisión, y en día de fiesta. Usted es la mujer del profesor Avelino Mornin, la reconozco por haberla visto algunas veces en los noticieros. Nunca imaginé a lo largo de mi carrera como detective que tendría que visitar a personas tan ilustres.

—Por favor… —Olga lo invita a sentarse con una cierta suficiencia y distancia.

Ese hombre tiene algo raro en la mirada, y su vestimenta… aunque digna, tal vez pasada de moda en exceso, acaso sucia. Muy delgado, la tez oscura, los zapatos manchados… El rápido análisis de Olga, sobre el sujeto al que ha invitado a sentarse, le produce un cierto desasosiego, no obstante le resulta de un prehistórico y vulgar atractivo.

—Pensé que un día como hoy sería la mejor opción para hablar con su marido. Es un hombre tan importante que debe estar siempre ocupadísimo, y ahora lo he podido comprobar. Pero no se preocupe, solamente deseo hacerle un par de preguntas, nada formal, mera rutina. Además, pasaba cerca de aquí y…

—No piense que estoy preocupada —interrumpe Olga—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Perdón, que torpe. Mi nombre es Cabrerizo —muestra su identificación—, detective Sergei Cabrerizo.

—Vaya, qué curioso, no suele haber gente por aquí con ese nombre ¿acaso es ruso y lo de Cabrerizo es para despistar? —sonríe con una cierta malicia.

Olga, sentada en una pequeña butaca frente al detective, cruza las piernas enseñando los muslos entre el largo y vaporoso vestido de tul amarillo.

—Las idioteces del destino —se lamenta el detective—, mi padre practicaba el salto con pértiga y me puso el nombre de su ídolo ucraniano. Algunos me llaman Sergio, pero no me hago.

—Bien, le ruego que vayamos al objeto de su visita, por favor.

—No, si ya me marcho, en otra ocasión hablaré con su marido, ya le dije que era algo rutinario.

—¿No puedo saber de qué va el asunto… aunque sea rutinario? ¿Acaso no le sirve la mujer de un Nobel? ¿No quiere probar? —lo dice con cierta tontería y movimiento de cabeza.

La idea de darle en cualquier parte un buen bocado a la mujer de un Nobel pasea por la cabeza del detective Cabrerizo; aunque… no sabe qué pensar, la situación resulta rara más que sugerente. La imagen que tiene preconcebida respecto de las mujeres de otros premiados con el Nobel es tópica, la mayoría son viejas carcamales emperifolladas cuando acompañan a su marido a recoger el galardón, pero Olga…es distinta. El detective Cabrerizo blandea y decide referir algo más a la mujer.

—No sé si… tal vez no deba… pero, en fin… ya que insiste; se trata de Takashi Matsumoto.

—¿Siiii? ¿Qué pasa? Ese hombre murió hace unos años, imagino que lo sabe ¿Qué quiere conocer del pobre Takashi?

—Claro que está muerto, todo el mundo lo sabe, recibió el Nobel a título póstumo junto a su marido. Me gustaría saber si el profesor u otras personas cercanas al científico japonés conocían, imagino que sí, que una semana antes de tener el desafortunado accidente que acabó con su vida, tuvo otro accidente con distinto vehículo y en similares y extrañas circunstancias, aunque en aquella ocasión salió ileso por poco.

—¡Uy! No tenía ni idea, tal vez mi marido sepa algo pero es raro, nunca le escuché hablar de ese accidente. Siempre está tan ocupado.

—Comprendo que no le dieran importancia, accidentes hay todos los días… esta información nos llega ahora desde Japón.

—¿Y eso?

—Alguien cercano al señor Matsumoto ha estado leyendo y estudiando todos sus emails, y lo poco que queda de su vida digital. Esa persona, bastante influyente en Japón según me dijeron, considera esa información muy relevante. Solo quieren que se investigue, recibo órdenes de arriba, desean que no exista ningún fleco suelto sobre la muerte del científico. Si no hubiera sido por el correo que envió a un amigo de Tokio, contándole lo ocurrido, yo no estaría molestándoles en este momento. Como puede comprobar por mis palabras, pura rutina. No entretengo más su valioso tiempo, me marcho.

El detective Cabrerizo se pone de pie. Olga está pensativa, se levanta de la butaca.

—Hablaré con mi marido.

—Estoy seguro. Espero que pase un buen día —dice Cabrerizo con gesto risueño.

—Le acompaño hasta la salida.

Cuando Olga va a cerrar la puerta principal de la mansión Mornin, desde las escaleras de bajada al receptáculo del jardín, el detective Sergei Cabrerizo voltea su cuerpo hasta enfrentar la fachada y eleva el tono.

—¡Espere! —Sube los peldaños de dos en dos y cuando llega a la altura de Olga saca una tarjeta del bolsillo interior izquierdo de la arrugada chaqueta de lino azul—. Se me olvidó darle mi número de teléfono. Dígale a su marido, por favor, que me llame para quedar. Ya me voy.

Un viento impertinente despeina a Olga cuando lee junto a la puerta la pequeña cartulina. Viento raro y caliente, con sabor y color, la nota desafinada del aire que toma vida propia y parece independizarse del cielo, de las nubes y del fuelle hacedor de

vientos, quedándose rastrero por donde caminan los hombres.

EL CANICHE HACE UNA CABRIOLA para alcanzar la galleta que lanzó Cris al aire. La noche es agradable y en calma. Bajo los enormes cipreses del jardín de la residencia de Críspula Rolin, un hombre de traje gris oscuro está sentado de espaldas a la fachada de la casa, enfrentado a las mortecinas luces del cenador y a la entrecortada conversación que ofrece la anfitriona mientras juega con su perrito Electrón, al que llama para abreviar Tron. El hombre bebe despacio de una gran copa de licor, tal vez brandy añejo por el color ambarino del líquido. Se dispone a encender un habano corto y grueso, se escucha la ignición de la cerilla; después del ritual con la llama, los dedos y el cigarro, fuma, exhala varias bocanadas de humo blanco que permanece en lánguida y eterna caída en la espesa atmósfera que los rodea.

—Querida Cris, necesito algo más. No comprenden que llevemos tanto tiempo sin ofrecerles nada nuevo. Alguien se está poniendo nervioso.

Sentada sobre un sillón de ratán blanco, lleva sobre su esbelto cuerpo una bata color burdeos, casual pero elegante. Continúa sin pronunciar palabra a excepción del nombre del perrito. Una música de fondo acompaña la extraña velada, en demostración de buen gusto suena la tercera sinfonía para piano y arpa de Eliacer Malinas. Se eleva el volumen al entrar las tubas a degüello para matar el segundo movimiento, en aparente presagio de fragor en el ambiente.

—Espero que con la rusa avancemos algo —dice Cris—, confío en esa joven. Ilia se llama, ya te lo dije… no puedo hacer más. Siempre piensas que no soy sincera, que te oculto cosas… estás equivocado.

—No estoy seguro Cris. Nuestros últimos encuentros han sido distintos, últimamente noto que estás muy rara, hay algo dentro de ti que te pone nerviosa en mi presencia; no alcanzo a saber si se trata de una preocupación pasajera que no tiene nada que ver con nuestro asunto, o tal vez me ocultes algo.

—No digas tonterías —saltó como un resorte— me conoces hace años, no he fallado nunca. Lo único que ocurre es que estoy cansada de este trabajo, pensé que no duraría tanto como está durando. Si al menos hubiera tenido un relevo… ¡Ya sé! ¡Ya sé que eso es imposible! Pero, si no lo digo no me quedo satisfecha.

El hombre del traje gris oscuro se incorpora, se quita despacio la chaqueta, la deposita con parsimonia sobre el brazo de la butaca, se acerca a Cris, se arrodilla frente a ella para estar a su altura, la

abraza… besa sus labios con violencia medida, ahora el abrazo es efusivo y sus grandes manos acarician a la mujer, descorre el cuello de la bata y un pecho se descubre a la noche. Ella se zafa. Lo empuja. Quiere gritar, pero ahoga sus palabras en vocablos remarcados con sordina.

—¡Imbécil! Pueden estar observando, no seas estúpido; todo el mundo cree que somos hermanos.

—Te has enamorado de Avelino Mornin y eso es lo peor que te podía ocurrir —habla deprisa y con cierto cansancio en la voz— ¿Ya no te acuerdas? ¿Has perdido la memoria? —Suaviza el tono, ahora melancólico, adobado de sutil ronquera—, no me haces caso… ese viejo profesor no puede darte lo que yo te doy ¿No es verdad, Cris?

La arrastra de su asiento con intención de llevarla hacia el interior de la vivienda.

—¡Déjame! Me haces daño.

Ahora, el sujeto se deja ver fuera del cenador, un cruce de iluminaciones configuran el color de su cara; marrón oscura con brillos, como si estuviera envuelta en papel celofán. Esos destellos de las aristas del rostro, las facciones duras, dos ojos oscuros y profundos, la mandíbula apretada, algún gemido por el esfuerzo al intentar arrastrar a Cris, impregnan de inquietud el ambiente ya tenso. Tira de ella hasta que caen los dos entre el mobiliario del cenador. El caniche ladra, pero se sienta sobre la hierba a contemplar la escena. Forcejean. Se oye el chasquido de la ropa rota, a pesar de la música de fondo, los girones se hacen más profundos. Jadeos…jadeos apagados intentan disimular el sonido del fuego en los cuerpos. Él la penetra con violencia. Ella lo aprieta contra sí con las fuerzas que le quedan y surca su culo de sangre con las uñas. El sujeto se enerva después de tanta marejada; pero continúa excitado al contemplar el aspecto ambiguo y sensual de Cris, sus pechos firmes y escasos, la nuez larvada, y la musculatura impresa en sus estilizados miembros. Se apartan exhaustos. Miran las estrellas en una mudez rota por las respiraciones profundas. Tron lame a Cris, limpia los restos de la tormenta. Sudan. Un ligero viento y el susurro de los cipreses al bandear sus copas.

—Hacía mucho tiempo, Cris, mucho tiempo.

—Nunca me has respetado. Es como estar en un laberinto sin salida…

—Después de tus palabras, confirmo que te has enamorado del profesor; sabes que eso puede aniquilarte. Estoy muy celoso, imagino lo que ocurre cuando estáis a solas.

—Quiero que todo esto termine ya —llora—, por favor. Sabes que nos vemos pero no ocurre nada, todo es muy sutil y sensual, nunca llegamos a hacer el amor.

—¡Mientes! —dice el inquietante sujeto, mientras escucha los gemidos silenciosos de Cris y el remate de la sinfonía de Eliacer Malinas.

Sabe que la relación íntima de Críspula Rolin con el profesor Mornin está dentro del guión, es necesaria para que ella pueda obtener la información extra que precisa, pero el sujeto de la cara de celofán no soporta que el enrojecido viejo ponga su mano encima de Cris. Se incorpora, compone su figura, observa la camisa descosida por la hombrera; sin preocuparse, se coloca la chaqueta. Enciende de nuevo el puro, da un gran sorbo de coñac. Cris continúa extendida sobre la tarima del cenador.

—Volveré, Cris…volveré dentro de unos días, con la esperanza de poder ofrecer algo a los de arriba; de lo contrario, tú y yo comenzaremos a correr peligro.

Críspula Rolin tiene la cara mojada por las lágrimas y las babas de Trón, se limpia mientras observa desde el suelo cómo se marcha con paso cansino y cojo el sujeto que se hace llamar Rosman, de traje gris oscuro y rostro como el celofán.

UN DURO DÍA EN EL DEPARTAMENTO, piensa Ilia, mañana le espera otra jornada igual. Tendrá que conocer a los restantes miembros del equipo, una extensa entrevista con el Profesor Mornin, comenzar a entrar en materia y conocer en profundidad la máquina… Ya tiene ganas de ponerse a trabajar, concentrarse en sus tareas y dejar a un lado lo protocolario. Mantiene toda la ilusión, aunque no olvida ni un momento que sobre su cabeza existe una gran losa de responsabilidad que ahora pende agitada, pero reflexiona y se dice que debe ser de esta manera, que cuando alcanzas una cima es así. Todo lo que le está ocurriendo, lo que desde hace un tiempo tiene hiperactiva su alma, es bueno para intentar olvidar a Fiodor, el novio que ha dejado en Rusia, "la vida que llevamos no nos permite amarnos" decía el maduro profesor de literatura rusa en la Estatal de Moscú, en esa ocasión las letras y la ciencia fueron incompatibles, rompieron la relación pocos días antes de despegar su avión; dijeron que la separación sería para siempre, que el tiempo no tiene retroceso; aunque parafraseando al profesor Mornin, eso está por ver. Y acaso el futuro depara siempre otra oportunidad con la persona amada, pero Ilia se niega a almacenar esas ideas en su cabeza mientras esté envuelta en el proyecto científico de su vida, la oportunidad única que no ha dejado escapar. Fiodor podrá ser otra vez su amor en un futuro, si el azar lo quiere, y aunque intenta olvidarlo se acuerda de su noble rostro, de su mirada sensual por apagada y casi lastimera, de sus manos mientras la amaba con la ternura de un poeta ensimismado que hacía de ella su musa.

Entra Ilia en la recepción del hotel y se percata que las piernas le flaquean; está cansada, tiene hambre. Además, suma al cansancio las pocas horas dormidas desde que salió hace tres días de Moscú. Parece que llevara aquí una eternidad. Sabe que el descanso llegará, también sabe que tendrá que trabajar duro, pero Ilia es fuerte; estos inconvenientes para la Petrova no suponen ningún problema; su madre, una curtida ucraniana, la educó en el esfuerzo constante, decía que la pequeña Ilia tenía que ser como una roca y le enseñaba sus rojas, rechonchas y encallecidas manos, destrozadas de tanto trabajar con ellas, luego presumía de sus gruesos y musculosos brazos de lanzadora de martillo, campeona de Ucrania y con dolor de su corazón se quejaba que por pocos centímetros no pudo ser atleta olímpica de la Unión Soviética. Su padre, forjó en Ilia el gusto por la física para después hacerse ingeniera aeroespacial. Boris Ivanov, era un matemático de Moscú que perdió los dos brazos y

una pierna como consecuencia de una descarga eléctrica, al retirar de la puerta de su casa un cable de alta tensión que se desprendió de una torreta después de una gran tormenta. Consiguió con esfuerzo tomar la tiza con la boca y escribir en la pizarra, a pesar del polvo tragado y el escarnio de algún alumno. Pero todo esto no llenaba suficientemente el alma de Boris Ivanov a pesar de estar satisfecho con los progresos de movilidad y con el amor que le profesaba la pequeña Ilia y el cariño de su esposa, que gracias a la fuerza de sus musculosos brazos pudo asistirlo hasta el último momento, moviéndolo de un lugar para otro como si fuera un muñeco de ventrílocuo. Murió, unos años después de ocurrido aquel suceso, más de rabia y pena que por los efectos de la electrocución. "Camina Ivanovna Petrova, camina, no pienses en papá". Ella no es una perdedora.

—¡Señorita! Disculpe —advierte un empleado del hotel que sale del mostrador de recepción—. Perdone que le aborde así, pero han dejado un sobre urgente para usted.

—¡Ah! Gracias.

Abre el pequeño sobre dentro del ascensor.

Señorita Ilia Petrova.

La estuve esperando bastante tiempo, pero una reunión me reclama. Aunque no nos conocemos, por recomendación de su compañera Cris Rolin tengo a su disposición un magnífico apartamento, donde podrá instalarse con comodidad y cercano a su lugar de trabajo. Sé que está muy ocupada, pero cuando tenga tiempo, puede llamarme al teléfono de la tarjeta adjunta y podré enseñárselo.

Michel.

Sale del ascensor con la idea de que en este lugar la gente es muy amable, están en todos los detalles; no tuvo que preocuparse en reservar un hotel y ahora le ofrecen un lugar para instalarse, lo tienen todo previsto. Ya está en la planta veintitrés, introduce la llave magnética en la cerradura de la puerta de su habitación. Descorre las cortinas después de tirar sobre la cama el maletín con el ordenador portátil y un pequeño bolso; la gran ciudad se postra a los pies de Ilia, millones de bombillas dan la enhorabuena a la Petrova. Lo has conseguido Ilia, dicen las luces de la metrópoli. Has salido de Moscú, ese era tu anhelo, lo que has deseado con tanta fuerza para que te reconozcan fuera de tu país, triunfar lejos de la amada Rusia. Esas y otras parecidas eran las palabras apesadumbradas aunque llenas de esperanza de su querido profesor y director de investigación cuando también decía: "…si te marchas, Ilia, Rusia sufrirá una pérdida importante. Siempre esperaré tu

regreso para ponernos en el camino que aún no encontramos y llegar a lo que predijo el profesor Mornin. Estoy seguro que no te vas por el dinero, si fuera por eso, mi pequeña Ilia Ivanovna Petrova me romperías el corazón."

Mientras observa la ciudad magnificente, son tantos recuerdos que olvidó por unos momentos el cansancio y permanece magnetizada al ventanal, pero la Petrova ya no tiene fuerza para abrir los párpados y se deja caer sobre la cama, con la añoranza de los brazos protectores de Fiodor, caricias que nunca tuvo de su desbrazado padre. Al amado profesor de literatura no lo puede olvidar en momentos tan especiales y solitarios como estos. Duerme, Ilia, duerme.

DE REGRESO A CASA, AVELINO MORNIN disfruta de la visión de una ciudad en apariencia tranquila y nocturna, con esa peculiaridad que la caracteriza en la que destacan unos anillos concéntricos iluminados con mayor intensidad, coincidiendo con una distribución urbana de tipo orbital, alrededor de un barrio núcleo. El auto trepa curva tras curva la ladera de la montaña donde se asienta Monterosso, la urbanización más cara y elitista de la metrópoli. Desde la seguridad que le ofrece el interior del vehículo, el trayecto se convierte en un paseo dentro del útero artificial y cálido que relaja sus pensamientos más inquietos.

Esta noche ha vuelto a observar los intranquilos ojos del chófer a través del retrovisor. Ambos saben que se miran, y mediante ese pequeño espejo aguantan sin pudor las miradas, extraña en el chófer como de ojos reabiertos de pez sin pestañeos, y circunspecta en el profesor, quien decide hablar.

—¿Cuánto hace que no me llevas a tomar una copa por el inframundo?

El chófer, lo mira de nuevo esta vez sorprendido, insinúa una sonrisa forzada.

—A estas horas, los bares que están abiertos no son recomendables para una persona como usted. Pero es verdad, hace tiempo, sí —después de una pausa—. ¿Desea ir a algún lugar en especial?

—No, era por hablar de algo, estoy cansado. Pero, ya sabes que los sitios poco recomendables me atraen bastante —se ríe como para sí mismo.

Avelino también sonríe con los ojos chispeantes, recuerda tiempos pasados, cuando las cosas eran más sencillas para él y no tenía que guardar tanta distancia con su entorno, ni tantas precauciones en todo momento. Había placeres al alcance de la mano, podía hacer muchas cosas sin apenas recato, y otras de más dudosa legalidad sin apenas cubrirse. Eran otros tiempos añorados cuando se le apacigua su inflado ego y sus ansias de llegar a las metas que se ha marcado.

Continúa el silencio en el interior del vehículo, el chófer no se atreve a seguir por ahí la conversación, cuando están a punto de enfrentar la puerta que da acceso a los jardines de la Mansión Mornin. Al profesor, le cuesta trabajo pronunciar el nombre de su empleado a pesar de que llevan juntos más de quince años. Está siempre seguro de su discreción y fidelidad, y a pesar del largo tiempo transcurrido nunca se han dado confianza. Prudencio, le

parece que es un nombre largo y mal sonante, cree que muy acorde al trabajo que realiza, y llamarle Pruden le resulta vulgar y poco adecuado, por eso evita nombrarlo. Podría llamarlo por el apellido pero le recuerda a un político mediocre al que odia por no haber apoyado la financiación de alguno de los primeros proyectos, cuando era un científico casi anónimo. Después, le concedieron el Nobel y el político se acercó al profesor a hacerle la pelota, a fotografiarse con él; pero Avelino Mornin desairó a tan ilustre prócer. Desde aquel día, acaso el odio sea mutuo.

Cuando se alcanza la altura a la que ha subido el profesor Mornin, está convencido de que alrededor de él se han fraguado necesariamente enemigos, envidiosos insanos y gentes hipócritas de dudosas intenciones. Con el paso del tiempo, y por ese motivo, fue construyendo a su alrededor una especie de anillo protector dotado de repelente de personas no gratas y pegamento de amigos verdaderos y colaboradores fieles, estos últimos escasos. Circunstancias, observadas por Mornin como si se tratara de meras anécdotas en el juego de la vida, porque en su persona hay una profundidad de pensamiento, genialidad creativa y sobre todo complejidad de sentimientos y pasiones que nada más conoce el propio Mornin y posiblemente nunca conozca nadie; lo demás de la vida es, para el profesor, simple decorado, incluso su mujer.

Al aparcar con suavidad delante del gran caserón, se escucha el ruido de la gravilla batida por las ruedas. Prudencio, se baja con la intención de ayudar a su jefe a salir del auto. Se despiden dándose las buenas noches. Avelino Mornin sube los peldaños que le elevarán a su casa. Una chica del servicio doméstico ya tiene entreabierta la puerta para recibirle. Antes de penetrar vivienda a dentro, escucha una voz a sus espaldas.

—¡Señor! Cuídese. Hasta mañana.

Es el chófer antes de volver a entrar en el vehículo, después arranca sin esperar contestación y se marcha directo a la cochera, separada de la casa principal unos metros, y sobre la que se encuentra su pequeño apartamento. El profesor, apenas ha girado el cuello, quieto bajo la marquesina que cubre la entrada se pregunta el porqué de las palabras del chófer si ya se habían despedido, a qué tanto interés por su salud ¿tal vez le importo algo? Piensa anudando esas palabras a la extraña mirada que observó en el espejo retrovisor.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —pregunta cuando observa a Olga que pisa el hall después de bajar la escalera principal.

—Estoy preocupada por ti.

—Todo el mundo parece preocupado por mí ¿Qué pasa?

—La pesadilla que tuviste esta mañana, otra vez el exceso de trabajo, y también me preocupa… —se queda un instante en silencio, él hace un gesto interrogante, luego Olga lo besa en la mejilla, y arranca de nuevo— me preocupa que un policía haya venido esta tarde sin avisar, te buscaba a ti, quiere verte, hacerte unas preguntas sobre Takashi.

—¿Algo en concreto?

Olga intenta reproducir con fidelidad y en resumen la conversación que mantuvo con el detective Cabrerizo.

—Llámalo tú —dice con firmeza Mornin—, debemos recibirlo aquí, procura que no me visite en el Departamento, no quiero que nadie saque conclusiones equivocadas o que especulen con cualquier cosa, al acreditarse para acceder al recinto no tardarían en difundir que tuve que recibir a la policía, por vaya usted a saber qué asunto… Dile a ese detective que llego muy tarde a casa por las noches, que tiene que venir a primera hora de la mañana, no puedo en otro momento… Vámonos a dormir.

—Por ahí no, al ascensor, cariño; te noto cansado como para subir escaleras —toma su cartera con esa especial amabilidad y ternura de la hipocresía compartida, consecuencia de saber todo de todos y nunca hablar de nada importante, donde la educación prima sobre la sinceridad.

—Gracias Olga.

Desde que se trasladaron a la Mansión Mornin, hace dos años, duermen en habitaciones separadas. En la vivienda anterior, aún dormían en el mismo cuarto, y no era aquella una casa mediocre, disponía de habitaciones suficientes para separar las noches, pero al trasladarse a la nueva residencia Olga tomó la decisión arguyendo y aportando no pocas escusas.

Avelino Mornin abre la puerta de su habitación, entra, se gira después para cerrarla y observa cómo camina su mujer por el pasillo hacia su cuarto femenino y oloroso; de espaldas, se ensimisma al ver como agita la bata de seda con la sensualidad de los glúteos trasparentados, y la compara con la esbeltez y fortaleza de Cris. Olga es más guapa y atractiva pero Cris tiene algo que le hace especial, no sabría pronunciarse con precisión, si la voz, el carácter, el trato hacia él o la manera en que recibe sus maravillosos masajes que lo dejan veinticuatro horas después como si viviera en cámara lenta, muy relajado.

En la cama, con la luz apagada, siente el cansancio de la vida

ajetreada; es más que un cansancio físico y últimamente ese desvelo le traslada a recordar pasajes de su infancia, de su juventud, algo que no hace casi nunca, siempre mirando al frente, siempre proyectándose en lejanía, se obliga a esconder muchos recuerdos en ese almacén de la memoria, cerrado con llave. Su madre, fue tan importante en su vida que Avelino renunció a tener hijos por motivos oscuros, relacionados con su progenitora. Olga no se lo perdonará nunca, acaso las infidelidades de ella son la venganza por cosas como esa. Te quiero Avelino, pero has destrozado mi vida, aunque no pueda vivir sin ti a pesar de sufrir tu proximidad. Pero Olga, ya no le dice esas cosas, está sumida en el qué más da, en el vive y deja vivir, en el yo a lo mío…

Al joven Avelino siempre se le cruzó en el cerebro la idea de la paternidad no controlada, tal vez una absurda falta de discernimiento del rol de cada uno dentro del matrimonio, pero eso es mucho decir. Al percatarse de que no podría controlar la relación íntima entre su futurible hijo y Olga, tomó la decisión unilateral de renunciar a la paternidad. Engañó a Olga, la engañó para poder estar con la joven más deseada, después de que se hiciera un tipo de vasectomía irreversible. Más tarde, cuando conoció la verdadera pasta con la que estaba hecha su mujer, tuvo la tranquilidad de que no lo abandonaría nunca, así ya no tuvo que preocuparse más por garantizarse el objeto protocolario, el elemento binario fundamental para mostrarse en público y tener equilibrio social, y sexual.

Estrella, la madre de Avelino, se había casado con un militar norteamericano. Aquel matrimonio duró pocos años, siempre de un lado para otro; que si ahora en Corea, que si luego en Aviano, que si en Torrejón. Cuando destinaron a su padre definitivamente a Estados Unidos, el fornido militar se salió del ejército y se marchó a Florida con una dependienta de gasolinera de ciento cuarenta kilos. Ahí estaba Estrella, en mitad del Estado de Virginia, sin dominar el inglés y con un chaval de siete años a cuestas, preguntándose obsesionada qué tendrá la gorda, qué tendrá…

La relación de Avelino con su padre fue ciertamente tortuosa, a pesar de que le facilitara las cosas para entrar en la Universidad de Virginia en Charlottesville, el trampolín para que transcurridos unos años pudiera ingresar en el Instituto Tecnológico de Massachusetts en Cambridge. Con Estrella era todo muy fácil, Avelino heredó de su madre el optimismo y esa fuerza para sobreponerse a todo. Cuando regresaron de Virginia, durante los años que transcurrieron hasta que Avelino volvió a Estados Unidos para ingresar en la Universidad, se encontraron igualmente solos, con la familia

diseminada, sin querer saber nada de ellos. Había un rechazo familiar hacia su madre que con los años Avelino Mornin no tardó en descubrir la causa, lo que le ató más si cabe a su adorada estrella y a la vez intentó por todos los medios ocultar aquella etapa oscura. Eran los ochenta en Madrid, una jovencita pueblerina se dejó seducir por un proxeneta de Vicálvaro, y cuando estaba a punto de ingresar como novicia en la Calle de la Ballesta, apareció como por arte de algún hechizo aquel grueso hombretón, con gorra de plato y un hablar desconocido pero a la vez gracioso. De pelo panojo y pecas en el rostro se encaprichó de una morena clara y ella no se lo pensó dos veces, se colgó de un brazo que parecía una viga, para huir primero a Torrejón y después a Oriente.

De vuelta a su país y separada del yanqui, utilizó las innatas dotes para la improvisación junto a su belleza y talento teatrero, pues había que sacar adelante al jovencito Avelino. Debutó primero en un teatro para aficionados y más tarde en el cine, descubierta por un director muy conocido y relacionado con el ambiente más caliente de la Movida a finales de los ochenta del pasado siglo. Director y aficionada se hicieron amantes, recomendándola a otro director amigo suyo para que afrontara un papel secundario en “La verdadera historia de la Señora X”, donde interpreta a Estela, la prostituta favorita de la Madame Señora X, que en verdad era la esposa de uno de los ministros de última hornada del General Franco. Estrella, Estela, derrochó belleza y fuerza interpretativa, lo que le valió el elogio de la crítica y de ahí a consagrarse como una buena actriz de reparto, hasta que le sobrevino la muerte. Nunca le ofrecieron un papel protagonista y eso frustró bastante su última etapa, sin embargo su hijo se lo decía con frecuencia para atemperar su tristeza, eres grande en lo que haces, siempre grande, y se te recordará por ello. Un papel principal se acaba olvidando, mamá.

Al profesor Mornin lo que más le dolió fue que su madre falleciera antes de poder acompañarlo a la ceremonia de entrega del Nobel, eso la hubiera satisfecho seguramente más que un papel principal en cualquier película de bajo presupuesto, aunque no estaba seguro de este pensamiento, pues los estudios y los logros profesionales de su hijo, a Estrella le traían un poco al pairo; Mornin duda de si por desconocimiento o por egoísmo de actriz, cuya prioridad principal era ella misma. Pero a pesar de las dudas, sabe que su egocéntrica madre fue pieza clave en el ascenso profesional, cuando insuflaba ánimos, a su manera. “En esta vida no todo es tener conocimientos, trabajar y trabajar, títulos y títulos, no,

Avelino. Lo más importante son dos cosas claves que sin ellas, por muy bueno que seas estarás nadando siempre en la mierda. Tienes que aprender a relacionarte bien y tener muchos amigos, y por otro lado y lo más importante: saber venderte y saber estar. Con estos dos consejos siempre saldrás a flote, Avelino, sortearás las adversidades mejor que nadie."

Al profesor Mornin se le cierran los párpados, se duerme… se duerme entre recuerdos de dudoso paladar, tal vez agridulces cuando no quiere barruntar en sus neuronas la desagradable imagen de las tundas que le propinaba su fornido padre cuando la cerveza le teñía el rostro del color de la granada.

EN UN OSCURO CALLEJÓN DEL CENTRO de la metrópoli, en el Barrio Rojo, se encuentra un bar, como otros muchos, cuya clientela siempre es sospechosa de algo. Garito, de taburetes roídos, poca luz y jazz, la música que ya casi no escucha nadie, como no se escuchan muchas otras prohibidas o demodés, en aras del llamado equilibrio sinfónico, el que prescribe la Nueva Era.

Sentados junto a la barra, en sendos taburetes y apretaditos; frente al detective Cabrerizo hay una mujer joven, de suéter oscuro, no ha dejado ni un segundo de darle a la lengua, frota sin parar las tetas contra él y regala por doquier su aliento etílico. A Cabrerizo, le gustaría decir que lo acompañe a casa, pasar juntos lo que resta de noche, a pesar de que la ve demasiado joven y punki; se lo piensa, es tarde, a primera hora se amontonará el trabajo con una resaca insufrible. Le queda poco tiempo para poder dormir algo, da igual, a estas horas precisamente le da todo igual por eso no será capaz de superar la desidia y se acuerda con cierta amargura de lo bueno que dejó por el camino…

—Ponme el último… sin hielo —dice con automatismo verbal.

El detective bebe escocés, no se lo puede permitir y le ha granjeado no pocos comentarios recriminatorios de algún compañero, por eso ya no frecuenta los bares donde solo corre la cerveza y le miran como si fuera extranjero, ahora se refugia en los callejones. Tengo que pasarme al whisky barato, no habrá más remedio, solloza con lágrimas de treinta y ocho y medio… grados.

Al abrir la puerta anti pánico de la salida de emergencia, la azulada luz del nuevo día dibuja las paredes del antro. Donde antes había oscuridad aparecen pespunteadas fotografías de cantantes de jazz, músicos sin voz ni nombre, negros como el interior del local cuando deja tras de sí que la puerta vuelva a su posición original. En el muro que deja a su espalda, rotulado con pintura blanca sobre ladrillo rojo: “Mano Lenta”, así se llama el bar, como el apodo más íntimo de Eric Clapton aquel del que dicen las malas lenguas que llegó a hacérselo encima por no dejar de tocar, tan grande gusto y ensimismamiento le provocaban las cuerdas de su guitarra, casi un éxtasis del que salieron notas mágicas. También del “Mano Lenta” salen palabras especiales, distintas, las que se están olvidando día a día, palabras que muchas personas no se atreven a pronunciar.

Da varios pasos poco firmes para intentar rodear la manzana en busca de su viejo Ford. Un chillido, en el silencio de la sucia callejuela.

—¡Espera!

En la brumosa y húmeda madrugada, se escucha el sonido de los tacones desacompasados de la chica, la del suéter sucio, oscuro, ajustado y pechugón. Ella es morena de tez, el cuero cabelludo pintado en rojo sucio, guapa, de belleza compartida con metralla en orejas, cejas y labios, con pinturas de guerra en brazos y piernas. Se llama Marcela.

—¡Espera, joder! —La joven se descalza para ir más rápido— No tengo donde ir. Espera hombre.

La recibe sin voltearse, eleva el brazo derecho, ella se abraza a la cintura, descalza es más baja de lo que aparentaba, su cabeza parece encajar bajo la axila de Sergei Cabrerizo. Piensa que la chica tendrá veinticinco años menos que él, ahora da igual. Se pierde su imagen cuando doblan la esquina de la calleja solitaria.

No han trascurrido muchos minutos, y ya se los ve entrar en el apartamento del detective, situado en el poco recomendable distrito de Los Argentinos, en el Barrio Rojo, lugar de putas y perdedores. Cabrerizo, ya hizo las advertencias a la tatuada Marcela, justificación de un estatus que no le pertenece, un barrio de ida y vuelta.

—Esto es provisional, ya sabes, desde que me separé no puedo despilfarrar nada de pasta, mi ex mujer colaboraba con la mitad de los gastos y ahora… estoy pendiente de solucionar un asunto para trasladarme a otro lugar mucho más sano, porque con la mierda de salarios que tenemos… no sé cómo la gente se apaña. ¡Joder! Solo viven bien cuatro privilegiados.

El detective Cabrerizo sabe con cierta seguridad que a corto plazo es un deseo prácticamente irrealizable, mucho tendrá que cambiar su suerte. Después de pagarse la mínima comida que lo mantiene en pie y pagarse los caprichos que le autodestruyen, poco le queda para el alquiler de la vivienda. Se quita la chaqueta, con el esfuerzo de la sumisión asimilada. Sueldo de mierda es el pensamiento que dispara fuera del cráneo. Obedece Cabrerizo, obedece. Piensa que se ha perdido la ira del hombre para revelarse, pero le da igual, necesita otro whisky, para continuar obedeciendo. Ya nada es como antes, joder; se le escucharía si el pedo le permitiera sacar todo lo que lleva dentro.

—Eres un puto madero… Lo sabía, pero no me importa, abuelo, me gustas, tienes un aquel. Y que sepas que me he criado en este jodido barrio.

Ha dicho las palabras de corrido y sin dejar de quitarse la ropa y hurgar en el mini bolso buscando una diminuta bolita cristalizada que inserta en una también diminuta pipa.

—¿Abuelo? ¿Tengo cuarenta y seis años y ya soy un abuelo?

—¿Y te parecen pocos? Yo no llegaré a esa edad ni de coña —después se ríe a carcajadas.

Marcela se tumba desnuda en el sofá.

—¿Qué vas a hacer? Ni se te ocurra. Follamos y después te lo fumas… —dice Cabrerizo eufórico—, voy a buscar la botella.

—¡¡Quiiiaaah!! —Prende la pipa— No te vayas, ven aquí que vas a ver de cerca las galaxias —lo sujeta.

Cabrerizo está sentado junto a ella aún con los pantalones puestos, sucumbe y da una bocanada a la pequeña pipa… y otra… tose… vuelve a succionar, algo raro pasa por su mente. Se precipita una náusea.

—¿Qué es esto? La primera vez que lo veo… y el olor… ¿a qué huele?... Pelo quemado —todo comienza a dar vueltas a su alrededor. Se deja caer sobre la chica.

—Guí Shén, lo último recién llegado desde China, allí es el furor. Al parecer la materia prima sale de las escamas de un pez que cultivan como locos, no precisamente para comérselo —se ríe con estruendo.

—¿Qué me está pasando? ¿Qué coños es… esto…? ¿Qué mierda es… esta, tía? —Dice mientras queda como un muerto. Entre los párpados casi cerrados se vislumbra el blanco de sus ojos, apenas puede observar lo que le rodea y siente que no es dueño de sus músculos—. Marcela, Marce…Mar…

El apartamento se estira como el chicle. Al fondo, junto a la pequeña ventana del sucio y desordenado saloncito, aparece un hombre entre una cierta nebulosa vestido con traje y corbata, con ese tipo de rostro que no invita a ir con él a ninguna parte. Ofrece un moderado contraluz y dice con la voz rota, remachando las palabras: “Sergei, Sergei, escucha con atención… lo diré una vez nada más… se llama Ilia Petrova… Ilia Petrova, Sergei… la traerás aquí, a tu casa, aunque se resista. Falta una semana exactamente. Detienes a esa extranjera y la traes aquí ¡¿entendido?! No puede haber el más mínimo fallo. Nadie, absolutamente nadie, debe saber de este asunto. Una semana Sergei… Ilia Petrova. Cuando salga del Departamento… del Departamento… del Departamento…”

La silueta se esfuma, el saloncito continúa estirándose como si fuera de plastilina caliente, la ventana muy a lo lejos se ha convertido en ventanuco. Oscuridad. Vacío.

Transcurrido un tiempo difícil de precisar, suena el teléfono. Cabrerizo despierta en mal estado, se encuentra solo, la chica se ha ido, parece que su cabeza hubiera sido atropellada y quisiera

recolocarla, moldearla…

—¡¡¿Dónde cojones te metes Cabrerizo?!! ¡¿Por qué no contestas al teléfono?! ¿Qué te pasa? ¿Tienes…

—¡Pare, jefe! Esta vez me han dado duro. Me han dro… —se frena, no está seguro si debe hablar más de la cuenta—, quiero decir que estoy indispuesto y puede que…

—¡Que no vengas por aquí! Como sueles hacer últimamente. Ya estoy cansado, Ca-bre-ri-zo. ¿Qué pasa de ese asunto que te encargué? Algo rutinario y no eres capaz de informar…

—Perdón, jefe. El asunto bien. Fui a su casa pero no estaba, volveré de nuevo, y quería decirle que…

—¡Que te den Cabrerizo! Lávate la cara y sal de ahí en un minuto. Necesito un informe, un puto informe.

Ducharse y asearse le ocupan dos horas, aunque no es menos cierto que gran parte de ese tiempo lo gastó buscando un analgésico, que no encontró. A la velocidad del caracol puede apenas componer su figura y salir del apartamento con la apariencia de una persona normal, aunque ahora no lo es, y lo más angustioso: la sensación de haber experimentado una visión fantasmal de la que escasamente recuerda nada, tiene la casi certeza de que alguien más estuvo anoche con ellos en su casa. A pesar del aturdimiento, lleva en la cabeza dos objetivos, arreglar cuentas con Marcela y localizar a Avelino Mornin; el Jefe puede esperar.

CUANDO LLUEVE, EL EMPEDRADO de las calles de Monterosso adquiere un brillo violeta, es el espejo de las hojas de las buganvillas que iluminan de color las empinadas cuestas. Las nubes se van retirando para ofrecer más luz a la mañana. Los ojos de Avelino Mornin apuntan a un lugar indeterminado a pesar de mirar a través de los cristales del automóvil mientras se dirige al trabajo, parece que estuviera ausente, sus múltiples preocupaciones no le permiten disfrutar de esos pequeños placeres que le ofrece la vida en forma de impresiones, pinturas de una paleta efímera y difícil de captar en toda su belleza. Los pensamientos, ocupados en tantos asuntos, abaten como hacía tiempo el espíritu de lucha del maduro científico. Algo le obsesiona en particular. Ayer se despertó con las imágenes de un sueño repetido y desagradable, alguien le persigue y él queda atrapado en esa fangosa carretera que lo aprisiona, ve como huye una harapienta Críspula Rolin, y encima para más extrañeza la noche pasada se durmió con los recuerdos de Estrella, su madre; algo a lo que no está muy acostumbrado.

—Profesor… ¡Profesor! Ya hemos llegado —advierte Prudencio con cierta preocupación, después de abrir la puerta del auto, observa a su jefe absorto en pensamientos misteriosos.

—Perdona, ya salgo —mientras acaba de introducir en la cartera el folio electrónico que intentaba leer, seguramente sin haber abierto el archivo deseado.

Después de ejecutar la rutina diaria para acceder al Departamento, Cris lo recibe como cada día ante la puerta del ascensor, en el inframundo, lugar donde dentro de poco tiempo tal vez asistamos a uno de los hitos más importantes y transcendentes de la física. Algún conocedor experto predice que estamos ante el acontecimiento más significativo de la historia del hombre, aunque esas palabras tan pretenciosas señalan algo que aún está por suceder.

—Buenos días Cris —saluda el profesor con aire circunspecto.

—La rusa, hace un buen rato que espera —después de un titubeo y una breve pausa, mientras caminan, dice evitando el oído de los hombres que les escoltan, y en voz baja—. Tenemos que hablar, pero no aquí. Es urgente.

—¿Algo grave?

—Puede ser.

—Últimamente, todo son inconvenientes. Necesito estar aislado, no puedo trabajar así, compréndelo Cris. Tú eres la responsable de apartarme del mundo, pero está por un lado mi mujer, las

responsabilidades de gestión del Departamento, las investigaciones, las relaciones sociales, el futuro experimento, ahora la policía…

—¡¿La policía?! ¿Qué ha ocurrido? —interrumpe Cris.

—…nada, nada, ya te contaré; pero así no podemos avanzar. Tengo depositadas muchas esperanzas en la rusa; tal vez sea el revulsivo que necesita este equipo. Bien, será bueno que nos veamos después del trabajo, ya pensaremos en qué lugar. Hace tiempo que no estamos juntos y créeme que iba a proponértelo, parece que tengamos telepatía, lees mi pensamiento Cris, tendré que tener cuidado contigo —sonríe con el gesto de un niño malvado.

Le gustaría darle un azote, lo desea, retrasa su posición según caminan para observar el culo ceñido que presenta Cris, embutido en unos pantalones de látex de color rosa pálido, parecería desnuda a no ser por la chaqueta malva con vuelo de alas que casi tapa los glúteos. Después de despedirse delante de la puerta de su despacho, en Avelino Mornin se apodera la curiosidad que le ha transmitido su ayudante y que llevará a cuestas todo el día hasta que pueda escaquearse de sus quehaceres y hablar con ella, a solas.

Al entrar en la habitación presidida por la gran fotografía aérea de Manhattan, observa a la Petrova que espera sentada de espaldas, parece querer evitar el tránsito al vacío que le provoca la foto; se gira al escuchar la voz del profesor a la vez que se levanta de la pequeña butaca.

—Espero de usted, Ilia, una discreción a prueba de torturas —ella lo mira perpleja, sin poder pronunciar las palabras que tenía preparadas para dar los buenos días—, no se asuste, creo que he comenzado con un poco de brusquedad, me gusta bromear con estas cosas —al profesor le ha cambiado el humor al ver a la belleza rusa, como si hubiera recibido una bocanada de rocío fresco y mañanero, parece más alegre—. Ya sabe el secretismo que hay aquí, estará vigilada las veinticuatro horas del día, aunque usted no se percate. Es algo con lo que debemos convivir, sobre todo las personas que tratamos materias tan sensibles. Pero, vayamos a lo nuestro, antes de bajar a la planta más profunda, donde se encuentra la máquina, tengo que hacerle una advertencia: me gustan las personas disciplinadas que no se salen del guión y creo que con usted no tendré problemas, aunque deberá demostrarlo. Hoy, acometeremos una prueba de simulación y si todo sale bien mañana será un día importante, deberá manejar el experimento con los nuevos parámetros, todos esperan un éxito después de tantas semanas de fracasos, y usted Ilia deberá estar a la altura cuando pilote esa complicada máquina. Me hubiera gustado que estuviera

con nosotros el profesor Matsumoto, su punto de vista siempre era certero. Cuando diseñó la máquina para que la manejara una sola persona, nunca pudo imaginar las complicaciones que encerraría su construcción. Mi querido Takashi no llegó a verla fuera de los primeros planos virtuales. Espero Ilia que usted sea el piloto definitivo, la mano que nos brindará el éxito, y como decía mi amigo japonés: dentro de la esfera valdrá más la intuición que los conocimientos. No perdamos más tiempo y vayamos a la sala del Mutador de Partículas.

—No sé qué decir en estos momentos —dice Ilia.

—No diga nada y acompáñeme.

La planta más profunda se encuentra debajo del despacho del profesor Mornin, sin embargo, no hay ascensor alguno para bajar a la base de la cúpula, unas anchas escaleras de caracol son la única ligazón con el resto del edificio subterráneo. Tras pasar un control de seguridad, el profesor e Ilia comienzan a descender peldaño tras peldaño. A la joven rusa se le hace eterna la bajada, giro tras giro constante hacen que pierda la perspectiva y no racionaliza la cantidad de metros que han penetrado en el fondo de la Tierra. Por fin, una luz naranja indica el final y señala el acceso a una gigantesca sala cuyos muros y bóveda no son otra cosa que la roca viva cuarteada por las trazas de haberse esculpido con grandes herramientas. Lo primero que encuentran ocupa un tercio del espacio; mostradores, mesas, pantallas, ordenadores y otros equipos de dimensiones reducidas, en un collage de luces, colores y actividad marcada por una veintena de hombres y mujeres muy atareados, presumiblemente científicos la mayoría. Esta parte de la sala está separada por lo que en apariencia son muros de vidrio, aunque estarán confeccionados con cualquier otro material más liviano y transparente. Una puerta translúcida da acceso a otro sector intermedio que se encuentra vacío menos por una pasarela central que termina en la boca de acceso a la gigantesca bola de color azul oscuro que parece suspendida del aire; una nave para viajar a ningún sitio, aunque su aspecto invoque otra cosa si nos fijamos en un anillo perimétrico que la remata, tal vez para anclarla o favorecer la sustentación cuando esa cosa está inactiva, pues cuando se pone en marcha levita gracias a un gran campo electromagnético provocado por otro anillo en la vertical, separado mucha distancia, casi rozando la altura máxima de la bóveda. La mitad de esa estructura a manera de aro gigantesco, se oculta y penetra por su mitad inferior en el suelo, lo que hace suponer que existen debajo más salas de máquinas. Ilia Petrova tiene ante sus

ojos el Mutador de Partículas, nada parecido a los rudimentarios aparatos moscovitas.

Se acerca a ellos un hombre cetrino y enjuto, aunque de aspecto fuerte y anguloso, de cabeza pepinada con gafas sin montura que dejan entrever unos ojos hundidos de aspecto aviar y ladino, la edad indeterminada, maduro que lo mismo puede tener cincuenta y cinco que sesenta y cinco. Muy dispuesto, intenta ser amable pero a Ilia el rostro de ese hombre le inquieta, no es de ese tipo de personas que le ofrezcan confianza desde el primer momento.

—Profesor, ya está todo preparado para acometer la simulación.

—Muy bien… Te presento a la señorita Petrova… Ernesto Lomas.

—Ya nos conocimos ayer —dice Lomas—, aunque de pasada, cambiamos impresiones muy interesantes; sobre todo referente a la viscosidad del suero, creo que Ilia puede aportarnos muchas cosas.

Ilia asiente, mientras se dirigen los tres al centro del patio de operaciones y responde:

—El profesor Ernesto Lomas es muy amable, es verdad que tenemos muchos puntos convergentes, sin duda pronto sabremos si puedo aportar algo novedoso que desatasque la investigación. Lo que más me ha sorprendido es la manera que tienen ustedes de fabricar el suero, nosotros en Moscú, aunque lo intentamos por esa vía, nunca llegamos a conseguirlo, solamente disponíamos de suero virtual.

Sonríen con una cierta complicidad ingenua y el profesor Mornin recalca:

—El profesor Takashi lo dejó todo muy bien atado. Y sobre usted, diría aún más —se dirige a todos los presentes—, creo que la joven Ilia es la persona elegida para hacernos ver el cielo —se ríen —, tengo una corazonada, aunque está mal que lo diga, en ciencia las corazonadas son anécdotas irracionales que casi nunca nos llevan por el buen camino.

—No diga eso profesor —se anticipa Ilia—, en estos momentos me siento mal al pensar que ustedes creen que soy la tabla de salvación para un experimento en punto muerto. Pobre de mí, llegada del frío más a aprender que a resolver.

—No sea modesta, la máquina la manejará usted y por eso esperamos tanto de una mujer tan guapa —dice Ernesto Lomas—, fui el último que la puso en marcha hace casi dos meses con un demostrado fracaso y el jefe sabe —refiriéndose a Mornin— que si usted no lo consigue con este aparato, tendremos que replantear un nuevo modelo con el coste que supone de dinero y años de

fabricación.

—Todo puede ser —sentencia Mornin—, pero dejémonos de charlas y de abrumar a nuestra nueva colega. Acompañe a Ilia hasta la máquina, póngale al corriente y comencemos la simulación.

Lomas y la Petrova recorren la larga pasarela, inclinada con suavidad hacia arriba hasta acercarse a la entrada de la gran esfera. Mientras, el profesor Mornin está situado en el centro de la primera sala con dos ayudantes, el objetivo es introducir los nuevos parámetros en la memoria del Mutador. Ilia Petrova, sube un par de peldaños desde la pasarela para introducirse boca adentro de la gran bola metálica; su compañero, después de darle unas indicaciones y extenderse en explicar los escasos y sencillos mandos, cierra la pesada puerta.

Ilia está dentro, se acopla la máscara de oxígeno, se introduce en el núcleo, otra esfera trasparente dentro de la gran esfera; allí están los mandos y la interface que conecta con el exterior, se sienta en el único lugar habilitado para el piloto, si es que se puede denominar así a alguien que no se va a mover de ese sitio, o quizá sí, pero a un lugar incomprensible e ignoto, viaje que nuestros vulgares sentidos no observarán fuera de un análisis mental y matemático. Acciona un interruptor y un mundo de realidad aumentada le transporta a la gran sala donde se encuentran sus compañeros y el profesor Avelino Mornin, de quien escucha unas palabras.

—Ilia, está cargada la información. Lo único que no hemos introducido es el suero, sabe que sin él todo será virtual. Tiene todo nuestro apoyo, puede operar cuando quiera, estamos preparados.

—Gracias por sus palabras de aliento, aunque estoy un poco nerviosa, pero nada que no pueda controlar —la voz es metálica en la sala de operaciones.

—Lo sabemos Ilia —el profesor mira las constantes vitales de la rusa en un terminal a su derecha—, piense que está en Moscú, que esto es rutinario. Adelante, Ilia ¡Adelante!

ALGUNOS DÍAS, SOBRE TODO los de principios de otoño, envuelve a Monterosso un viento cálido y espeso del color de la angostura. Entonces, las empinadas y serpentinas calles de lujosas quintas parecen contempladas a través de una gafa de sol inmensa cuyas lentes más fueran de plástico que de cristal. Es viento sin padre, que lo mismo viene de naciente que de poniente, y cuando sopla fuerte rola en círculo amasando la templanza. Dicen lenguas de observadores certeros que era el viento que corría la tarde que murió Takashi.

Hoy, el viento de angostura comenzó temprano, media mañana, a zozobrar las almas de la Mansión Mornin que parece solitaria pero por contra en su interior bulle la actividad. La cocinera y sus dos ayudantes, que son también camareras, no dejan de meter presión a las ollas. A pocos metros, el jardinero y su jovencísimo ayudante salpican de trajines los alrededores, engordando los parterres. Cerca de allí, el chófer, si está disponible y a la espera de aviso o salida programada, se distrae en el mantenimiento de los vehículos, y una planta más arriba las dos limpiadoras, terminados ya los dormitorios y otras estancias menores, desean poner freno a las tareas con los últimos retoques a despachos y salones principales. Queda por nombrar, en la última planta, a la doncella de la señora, que la asiste mientras escucha cómo se queja de tener poco personal de servicio y austero; palabra que más se refiere al seso y disposición de la mayoría. Últimamente, piensa en hacerlos acompañar de algún pequeño robot que les ayude en las tareas, aunque tener un robot doméstico es una bajeza, solo lo usan la mayoría que no puede permitirse el servicio doméstico humano.

Olga tiene un putt de diez metros al agujero de plástico. En la sala de juegos, su favorita, se escucha un ruido entre sordo y hueco, ligeramente similar a la caída de una nuez sobre una piedra. Emboca y eleva los brazos con alborozo.

—¡Birdie! ¡Birdie! Y desde tan lejos.

—¡Brava! ¡Brava! Mi queridísima Olga —se escucha desde un extremo del salón al maestro de yoga Barrado que entró con sigilo — diría más bien que hiciste un hole in one, aunque es a mí a quién le gustaría ser el responsable de tapar ciertos agujeros, hace tiempo que no practicamos Olguita —dice mariyogueando.

—Lo único que adoro en estos instantes es tu puntualidad, dentro de unos minutos llegará alguien muy interesante y no me gustaría hacerle esperar. ¡Ah! Desde este momento, las prácticas de hole in hole se han terminado.

—¿Me das vacaciones? ¡Explícate! Estoy intranquilo, tanto misterio para que viniera precisamente hoy, y a esta hora.

—Vacaciones eternas Barrado, eternas. Lo de embocar en los hoyos de este campo se acabó. Hemos terminado ¡Estás despedido, Barrado!

—Creo que deberíamos comenzar los ejercicios de respiración y… —Olga eleva el putter mientras camina hacia su ahora ex maestro— pero… qué te pasa… —dice Barrado pensando recibir un buen golpe en la cabeza.

—He terminado con el yoga y contigo ¿Acaso, tengo que decírtelo de otra manera?

Barrado se anticipa y sujeta con fuerza las dos muñecas de Olga. Forcejean.

El hijo espiritual de Indra Devi y buen hacedor de bondades, como poner la mano en el momento preciso que caerá la propina de una madura y aburrida millonaria, o encargarse de todos los preparativos del viaje a la India de cualquier persona acomodada y quedarse con la mitad de la pasta; en estos momentos está dispuesto a hacer chantaje a su discípula y amante ocasional. Pero ignora que Olga cruzó todas las variables en su cabeza aparentemente casquivana y guarda una jugada que aún no ha descubierto. El maestro de yoga Barrado, sabedor de que están solos en la casa, menos el servicio que no les molestará, revela, sin soltar los brazos de Olga, su intención de abandonar el país a tierras más cálidas donde las maduras con posibles estén menos explotadas, y para ello exige una buena suma de dinero o entregará alguna prueba del adulterio a su marido. Barrado cree que ha conseguido poner calma y suelta despacio los brazos de Olga. Después de enmudecer ambos la respiración forzada, se provoca un silencio, y más después… Olga mira por encima del hombro de su ahora oponente y crece en ella una ligera sonrisa de satisfacción, Barrado gira su cuerpo, escuchan la voz gruesa y rasgada de quien entró en la sala de juegos sin hacer ruido.

—Podría detenerle en este mismo instante, escuché toda la escena —dice el sujeto mientras hurga en el interior de su chaqueta —, Cabrerizo, detective Cabrerizo —enseña la placa al acercarse a ellos— no haga ninguna tontería.

Olga, ve en Cabrerizo a un hombre más astroso que el día anterior, pero no por eso menos atractivo, piensa que esa delgadez y el rostro cansado, la voz a tirones y la figura desdibujada, lo hacen más interesante. Mientras habla, se fija en su cabeza, apuntaría canas si tuviera pelo, y está abollada y con pequeñas

cicatrices, piensa que debe haber estado envuelto en más de una refriega, la piel craneal parece húmeda por efecto de alguna crema. El cutis cargado de sombras con las facciones perfiladas por tantos días de insomnio y alcohol. Aparenta alimentarse en ocasiones y mal, aunque no tiene aspecto de yonqui. La ropa es de lino muy arrugada; qué gran contraste con Barrado, pulcro y exquisito en sus formas, bien vestido y con el rostro amable y luminoso a pesar de las perversas segundas intenciones que acompañan su ser y estar, de yogui de lujo.

—¡Márchate de una vez, Barrado! —grita Olga, con la fortaleza de verse arropada por el detective…su detective… o su treinta y ocho…, herramienta eterna y eficaz que nunca falla.

El maestro de yoga, cariacontecido, al marcharse gira su cabeza desde la puerta y sentencia con una mirada cuchillera.

—Volveremos a vernos, Olga, ya lo verás.

Da un portazo. Se escuchan desde el centro del salón de juegos los pasos remarcados del discípulo de Indra Devi cuando baja los peldaños de madera. Olga mira a Cabrerizo, están a un par de metros en el centro de la gran sala, Cabrerizo mira a Olga. Las miradas continúan neutras. Al momento, el detective decide hablar.

—Hice lo que me propuso. Le dejaré en paz porque usted me lo pide…y porque tengo otros asuntos de más envergadura en los que ocuparme, pero a la mínima molestia debe llamarme, me encargaré de ese tipo con sumo gusto. Aunque la experiencia me dice que estos personajes suelen ser inofensivos, a no ser que se vean acorralados, pero dan bastante guerra y choricean sin parar, y…

—Tranquilo —interrumpe Olga—, no creo que me moleste, pero si lo intenta se lo comunico de inmediato. Sus armas son otras, está muy bien relacionado y puede desear desprestigiarme, pero eso es cosa mía ¡Ah! se me olvidaba, debe perdonarme, mi marido se marchó tempranísimo, lo lamento mucho, que descuidada soy, va a pensar que lo hice venir solamente para espantar moscas. Pero no nos quedemos aquí como dos sosos, bajemos a tomar un café.

En su ánimo está tener al detective para ella sola, piensa que Cabrerizo podrá hablar cualquier otro día con su marido, aunque al detective le urge bastante la conversación con el científico, de lo contrario puede sufrir la ira total de su jefe y quién sabe si no estará jugándose el empleo. La verdad, está bastante contrariado por no poder entrevistar al señor Mornin, pero se encuentra por dentro tan jodidamente mal que no es capaz ni siquiera de enfadarse, qué coños me daría la tal Marcela, dice por dentro rebrincándose por la hernia de hiato, y luego arranca con el rostro estreñido.

—Si no voy a poder hablar con el señor Mornin entonces es hora de marcharme, tengo entre manos otros asuntos que reclaman mi atención y que… Por cierto, hay una pregunta que llevo un buen rato con ganas de largar ¿De verdad no le importa que el tal Barrado hable con su marido? Me dijo usted que era una historia que debía guardar en secreto y que…

—¡No! No me importa que hable con mi marido —Olga se acuerda de Críspula Rolin y lo dice con despecho—. Y nada de marcharse, ahora mismo nos sirven algo, sígame.

Después de dar las órdenes oportunas y disponerlo todo, conduce a Sergei Cabrerizo hacia un discreto salón de té en el ala este de la Mansión Mornin, por donde el Sol a estas horas de la mañana penetra franco, ilumina añadiendo mayor calidez a las telas y le presta destellos diamantados a los vidrios y lozas. Para la anfitriona se configura como el mejor rincón de la casa; aunque, estas delicatesen a Cabrerizo le dan igual, de hecho ni las aprecia su vulgar gusto. Toman asiento en el único diván del saloncito.

—Siéntate aquí Sergei, en las sillas estarás incómodo ¿Puedo tutearte y llamarte Sergei, verdad? Además, no sé para qué te pido permiso, después de las intimidades que conoces de mí —suspira—. Tendré que tener cuidado… —como si fuera una pregunta, y añade para dejar más tranquilo a Cabrerizo— no te preocupes, te tutearé solamente en la intimidad.

—Si lo deseas no tengo inconveniente, aunque ya sabes que en esta profesión… debemos guardar las formas, y no tengas cuidado de un policía que va a lo suyo.

Olga se sienta junto al detective en el otro extremo del diván, pero es tan pequeño que están obligados a rozarse los muslos, por eso Cabrerizo, en un acto reflejo, cruza las piernas con rudeza, siente una cierta incomodidad más por la escena, se encuentra fuera de lugar. Olga comienza a servir el café que previamente depositó sobre el velador la sirvienta llamada Petunia. El detective lo toma solo sin azúcar, ella con una nube de leche y dos azucarillos. Cuando acaba con la ceremonia del café dice la atractiva mujer:

—Háblame de ti, creo que tienes un algo misterioso que me intriga. Ya me gustaría saber a qué te refieres cuando dices que vas a lo tuyo — a Olga, le parece que ese “lo suyo” puede ser peligroso.

Cabrerizo, se encuentra un tanto extrañado por la situación y las palabras de Olga, no obstante necesita soltar lastre, desahogarse, y decide jugársela como en tantas ocasiones; confía en narrar lo desdichado que fue su matrimonio. Igualmente Olga, lanza una andanada de desgracias acaso la mayoría ficticias en un juego al

que le gusta explayarse, disfruta con ello y dice que es muy desgraciada, y que Sergei tiene que hacer algo importante por ella, un favor que será muy bien pagado; desea apartar a Críspula Rolin de la vida de su marido, por eso relata lo que imagina que hacen cuando se reúnen, está convencida que es la causa de sus males, de la relación tan deteriorada y penosa en que se ha convertido su matrimonio.

Olga sabe muy bien que cuenta medias verdades, en ella puede más la envidia y el deseo de destruir cualquier cosa que intente poseer a su marido y se interponga en su camino, y al precio que sea. Pero, también piensa que continuará en un mundo de infidelidad a pesar de lo que ocurra, ella no puede ser la mujer de un solo hombre que desde hace años la ningunea, le oculta muchas cosas que ella entiende son para compartir, pero en un derroche de complejidad humana difícil de entender a la vez lo quiere para sí, como un trofeo que abatió con mucho esfuerzo.

Al momento, cuando Cabrerizo estaba casi adormecido escuchando el monólogo cadencioso de Olga y se curaba del mal cuerpo que trajo consigo, ella lo envuelve suavemente con los brazos y acerca sus labios a los del detective que apenas puede reaccionar, y sin ofrecer resistencia se deja llevar por la dulzura carnosa y agradable de la hembra. Vibra la fina porcelana sobre el pequeño velador, el gran ventanal se abre sin motivo y sin distraer de la pasión a la pareja, la cortina de gasa blanca vuela como un globo sobre la pared y el viento de angostura envuelve a los personajes, no se sabe si en buen o mal presagio.

ILIA PETROVA, HA CONVENCIDO a los científicos. El profesor Mornin piensa que la rusa ha dejado instauradas las bases para afrontar con éxito el experimento. Tan solo en una ocasión, en un brevísimo intervalo de la prueba, el mezclador del suero virtual estuvo a punto de hacer saltar la alarma, pero se contuvo en los niveles máximos de alteración de la Prematería antes de que se produjera una explosión simulada. Una pequeña corrección en la mezcla y se volvió a controlar la ejecución, ciertamente el parámetro más importante es la viscosidad, como ya apuntara el profesor Lomas. La máquina respondió de manera perfecta a cada orden recibida; al término del proceso las cantidades fabricadas de Materia Fascinata fueron ínfimas, nano partículas insuficientes para clonar de manera indefinida el nuevo compuesto. Todos los asistentes esperan que con la inyección del suero real se genere un incremento, aunque mínimo, acaso suficiente para que se pueda reproducir la deseada Materia.

Ilia, sabe de la peligrosidad del experimento que se celebrará dentro de unos días, mas no se arredra, incluso crece en ella la confianza, ganada con los buenos resultados del reciente test.

—Considero, Ilia, que la prueba de mutación fue un éxito. Ciertamente estoy impresionado. Pero… no esté de pie, siéntese por favor —dice el profesor Mornin desde el otro lado de la mesa de su despacho.

—No sé qué decir… —dice Ilia, interrumpida por el profesor.

—Usted, nunca sabe qué decir; aunque creo que tiene que decir tantas cosas… Hoy, tengo prisa, me esperan compromisos, pero en otra ocasión, además de cambiar impresiones profesionales, tendrá que hablarme de usted, de la vida que ha dejado en Moscú.

—No creo que eso tenga importancia, ni interese a nadie.

—Se equivoca Ilia, lo considero transcendental, dentro de unos días estará pilotando ese ingenio y no puede haber el mínimo resquicio para que su misión sea un fracaso. Estoy convencido de que el piloto debe encontrarse en situación de equilibrio físico y emocional, tener sosiego, seguridad en sí mismo, y que no acudan a él pensamientos que lo puedan intranquilizar. Entonces, se solapa ese estado interior ideal con su sabiduría y pericia; obteniéndose como resultado la garantía del éxito que tanto anhelamos. Muchas veces he pensado en entrar dentro de ese engendro y manejarlo con mis propias manos, pero soy realista, acumulo varios impedimentos; ni tengo edad y fuerza adecuadas, ni mi mente está limpia y libre de los problemas y responsabilidades que me atosigan, acumulados a

lo largo de tantos años de lucha por este proyecto.

—Entonces, estoy dispuesta a que tengamos una charla más distendida, todo sea por el éxito.

—Ilia, no deseo que malinterprete mis palabras, no tengo ningún tipo de pretensión bastarda hacia usted.

—Por supuesto profesor Mornin, en ningún momento lo he pensado, como tampoco pensé que mi vida privada y mi mundo interior tuvieran tanta importancia en este trabajo.

—Arte, Ilia; sensibilidad, plasticidad. Lo que va a experimentar está más allá de la profesión. Bien, y ahora, me tiene que disculpar, ya le referí que ciertos asuntos importantes me reclaman.

Avelino Mornin, está deseando acudir a la cita que hace unos minutos confirmó con Críspula Rolin. Después de despedirse de la bella Ilia Petrova, recoge varios folios electrónicos que tiene sobre la mesa introduciéndolos con celeridad en el maletín, igual hace con la tableta una vez desconectada. No quiere llegar tarde al encuentro, por esa razón le atenaza un cierto nerviosismo; a qué tanto misterio Cris, piensa una y otra vez, a qué tanto misterio. Sube a la planta cero, a pie de calle. Llamó al chófer para que no fuera a buscarle a la hora acostumbrada, tenía mucho trabajo dijo a Prudencio, no sabía cuando iba a terminar, ya lo llamaría al acabar la jornada. Ahora, les dice a los guardas del mostrador de recepción, extrañados al verlo salir por la puerta principal, que va a tomar el aire, hacer unas compras…mera justificación, es libre para hacer lo que quiera, en teoría, aunque es cierto que ejercen un riguroso control sobre él y el resto de miembros del Departamento.

En la calle, respira profundamente, sabe que alguien lo estará siguiendo, luego están las cámaras de vigilancia repartidas por todas las esquinas y grabándolo todo, pero le da igual, se vive con eso, que el servicio de seguridad controle tu vida es algo que tienes que asumir. Vuelve a inhalar con fuerza el aire espeso y fresco de la metrópoli, como si fuera un bien escaso en su vida, tantas horas absorbiendo el rancio ambiente bajo tierra. Comienza a caminar. Apenas avanza trescientos metros en dirección suroeste y se decide a tomar un taxi. Un instante antes de introducirse en el auto, gira la cabeza a su izquierda, observa a un hombre correr hacia su posición, aprecia también que eleva el brazo derecho mirando a alguien del otro lado de la calle y apunta hacia donde está Avelino Mornin que se introduce en el taxi que acaba de ser marcado por el tipo que le seguía. Canta al conductor la calle de destino y el número, se miran por el retrovisor, aprecia que no es como la mirada de Prudencio, esta es insulsa y expectante, pero

observadora. El taxista habla antes de partir.

—Eso está en el Barrio Rojo —dice con cierta extrañeza el hombre de grueso rostro y piel morena.

—Ya sé, ya sé donde está. Tengo prisa por favor.

—¡Vale, vale! Usted no tiene pinta de… en fin, lo digo como advertencia, por si alguien no sabe adónde va o le han equivocado, creo que tengo la obligación de…

—No se preocupe y conduzca; insisto, tengo prisa.

Transcurridos más de veinte minutos de trayecto, se observa a través de las ventanillas del taxi que las calles se van estrechando. Luminosos y pasquines de todo tipo empapelan las paredes dando un toque colorista a los edificios, disminuidos en altura y crecidos en vejez. A ambos lados de la vía pública multitud de tenderetes flanquean las fachadas, puestos callejeros que se interponen entre la calzada y los negocios luminosos. Los puestos ambulantes también están repletos de luminarias, y un gentío enorme los recorre en todas direcciones; gentes raras, distintas, podría decirse que todo tipo de personas tienen representación en este gran potaje urbano, población obesa en gran número, con ese andar torpe a golpe de cadera más que por el esfuerzo de las piernas. Llama la atención que no hay vehículos estacionados; abarrotan los que ruedan, con parones intermitentes por tomar o soltar pasajeros. Las bocas de metro están colapsadas, otra demostración de que el Barrio Rojo es el más poblado, bullicioso y grande de la metrópoli, en pleno centro, como si fuera el núcleo incandescente que hace girar el resto de la vida a su alrededor.

Un halo distinto, por extraño, lo envuelve todo, es el punto del ocaso donde luz natural y artificial se funden. En esta atmósfera, se provoca un emplaste de color amarillento indeterminado y raro solamente cuando miramos al cielo, porque si miramos al interior del barrio, tal vez el color no gire al amarillo, si no a un cierto tono verdoso que parece adueñarse del lugar; son las incontables pantallas gigantes, colgadas de los lugares más insólitos, que escupen imágines sin cesar con ese fondo de almíbar de pipermín apagado. Avelino Mornin, a pesar de ir dentro de un vehículo cerrado, comienza a notar el poderoso y desagradable olor que sufren los no acostumbrados, el hedor se mete por cualquier rendija impregnando hasta el alma. Los niveles de ruido se hacen insoportables, por ese motivo tal vez el oído no sea el sentido más utilizado por la gente que vive en el Centro, conectados a una realidad visual, subtitulada.

El taxista, aparca delante del sesenta y seis de la avenida

Andrómeda, vía urbana que se estrechó hace tiempo por tanto amojonamiento de vendedores callejeros. El profesor se baja del taxi arrastrando la maletita por el asiento trasero. Olor extraño y ruido en exceso ya lo presentía desde el interior, por eso al poner los pies en el suelo la bofetada más grande se la da el calor. El Barrio Rojo es como una centrifugadora, alcanzando a veces hasta cinco o seis grados más que en la periferia donde ya de por sí hace calor.

Comienza a sortear obstáculos hasta penetrar en un gran portalón donde una oriental, enjuta y de edad cercana a la muerte, dice con un gesto que le acompañe. Aún no se adaptaron sus pupilas a la oscuridad del lastimero lugar, ni al bajonazo de decibelios; le cuesta dar pasos seguros tras la anciana, por fin delante de ellos se abre una puerta metálica que ofrece un contraluz lleno de vapores y olores indescriptibles, es una cocina. Allí está Cris, sentada junto a dos mujeres, otra oriental más joven y una anciana occidental muy maquillada de polvo blanco, luciendo colorete en mejillas y labios rojos, la cabeza parece una bola de papel sobre los hombros, por las pronunciadas arrugas y lo blanquecino del afeite.

—Es mi madre —dice Cris, ahora de pie junto a la mesa alargada; mira al profesor que aún está junto a la puerta con el rostro anonadado, y añade—, hace casi un año que vive en la metrópoli, hasta hoy no lo sabía nadie de mi círculo de trabajo y amigos, pero tenía que traerla, que estuviera cerca de mí, donde pudiera encontrarme con su gastado cuerpo con frecuencia, me necesita aunque no encuentro tiempo suficiente para cuidarla como quisiera... —compungida, baja la cabeza para ocultar el rostro; se escucha un ruido de fondo como de cacharrería, también parece que sonaran los vapores— la necesito aunque ya no me reconozca, le debo mucho, fue el único brazo donde pude apoyarme en los momentos más difíciles de mi vida, y creo que ahora me encuentro ante uno de ellos, pero ya no puede hacer nada por mí.

—¿Era este tu secreto? ¿Por eso has quedado conmigo aquí? — Atónito y acaso incómodo.

—¡No¡ Quise que vinieras a este lugar porque es más seguro para ambos, aquí no hay oídos que puedan registrar nuestras palabras. Tenemos que hablar. Acompáñame.

La anciana oriental que lo recibió se une a la mesa mientras Cris sale de la cocina. Las mujeres se miran sin hablar, con los rostros sin gesto, planos, huídas desde hace tiempo de una realidad que ya no recuerdan; la madre de Cris porque se le inflamó el cerebro y

borró la memoria y a las otras dos mujeres porque su realidad quedó oculta por la lejanía y el extrañamiento de remotas tierras, quizá escaparon de una guerra de la que no eran culpables.

El profesor Mornin sigue los pasos de Cris hasta una amplia habitación en el piso superior. Hay dos camas en un lateral junto a un armario destartalado, la luz penetra furtiva entre las lamas que tapian la ventana. Críspula Rolin lo invita a sentarse en una de las dos butacas situadas al otro extremo, junto a una mesa ovalada llena de cachivaches. Avelino Mornin siente que la atmósfera es opaca y cálida pero no asfixiante, aquí los olores parecen contenerse a pesar de una cierta presencia de sudoración encastrada, como mil sudoraciones de mil ajetreos amorosos que han dejado su impronta entre las sucias telas. Se deja caer sobre el destartalado asiento, también deja caer su mente para comenzar a hablar con tranquilidad, para principiar con palabras que estima importantes, desea pronunciarlas antes de que Cris le exponga eso tan misterioso que ansía contarle. Avelino, siente una necesidad brutal de hablar lo que durante mucho tiempo guarda en su corazón, y quiere anteponerlo a cualquier frase de Cris, para que la posición quede clara.

—Creo Cris que si todas las personas que nos conocen, y murmuran de nosotros, supieran que nunca hemos hecho el amor, además de no creerlo, nos llamarían tontos. Tantas veces en tu casa o en otros lugares, poniendo en orden asuntos de trabajo o hablando de cualquier cosa, relajados y compartiendo un tiempo que con mi mujer hubiera sido anodino y aburrido; ella tan vulgar y materialista. Tú eres diferente Cris, y luego están esos masajes que tanto bien me hacen. A menudo, me imagino sentado sobre cualquier butaca y tú detrás, con esas manos fuertes y bonitas de dedos largos, buscando hasta encontrar la más mínima contractura de mi cuello o de mis hombros. No sé lo que vas a decirme, estoy bastante preocupado, y más, teniendo a las puertas el gran experimento, el día más esperado. Por eso, tengo que revelarte algo importante que debes conocer ya, sin dilación; no me importa tu respuesta, ni tus sentimientos hacia mí. No quise nunca mezclar el trabajo con la pasión, pero te quiero, te quiero con todas mis fuerzas Cris… Necesito amarte.

—No sigas, por favor, es imposible. Nooo… —comienza a llorar — hay algo que desconoces, que no sospechas, y no es precisamente de eso de lo que iba a hablarte —hace una pausa entre sollozos, mientras el profesor se levanta de la butaca y se arrodilla junto a ella, intenta consolarla, acaricia su cabeza; Cris deshace un nudo

interior para poder pronunciar de nuevo unas palabras—, soy un hombre, sí, un hombre.

Se extiende un silencio adobado por el murmullo que llega desde la calle, Avelino tiembla cuando sus pensamientos se amontonan, quiere llevar el razonamiento al instante donde la razón no puede imperar y la besa, la besa con ternura en los labios dejándose llevar por el deseo. Toma su mano y conduce a Cris con suavidad junto a la cama más próxima, la desnuda despacio, ella ha dejado de llorar pero la humedad de las lágrimas aún recorre su bello rostro casi tapado por las sombras. Desnudos ambos, se dejan caer sobre el vacío colchón sin parar de besarse. Avelino Mornin explora a Cris con la pasión y la curiosidad de un adolescente. Ella lo conduce con suavidad por el sendero que los fundirá durante horas en un solo cuerpo.

A POCOS METROS DEL HOTEL CENTAURO, donde está instalada provisionalmente Ilia Petrova, vira en redondo la paralela calle Sagitario, hacia una zona residencial en la que se asienta un edificio cuyas plantas se retranquean de tal forma que cada una parece un peldaño de gigantesca escalera que conduce al cielo. De sus balcones y terrazas cuelgan infinidad de plantas y lianas que buscan una estética contra kitsch, sin embargo le otorgan al monstruo de acero y hormigón un aspecto desaliñado y tétrico; languidez que provoca el efecto contrario. Enorme colmena, a pesar de su imponencia cuando andas los pasillos interiores parecen de residencia solitaria y triste, de almas escasas y lúgubres.

Ilia Petrova espera, junto a la puerta principal de ese edificio, a la hora convenida con el agente inmobiliario que se hace llamar Michel, pero que en realidad su vero nombre es Ruperto Miguel Limón, de origen y facción Illimani. Y como águila dorada se aproxima a la Petrova con paso rápido pero corto, debido a una ligerísima parábola que ofrece su cuerpo al andar, desde hombro a rodilla, lo que confirma un defecto en la cabeza del fémur derecho que le provoca la casi inapreciable cojera. Es su cara de aspecto amable, a pesar de tener la piel de la faz estampada de picaduras de viruela, cicatrices de un temprano acné rebelde y retorcido. Amurado delante de la joven rusa, propone una sonrisa de blancos dientes en el rostro cetrino.

—¿Ilia Petrova? —Pregunta el agente inmobiliario, aunque más parece que afirma.

La rusa al escuchar su nombre reconoce la voz, para cambiar intranquilidad por la certeza de estar ante el sujeto al que esperaba. Deja de observar de soslayo a los viandantes, que dan la sensación de no apartar sus ojos de ella. Nunca logrará saber si eran lucubraciones por los nervios de la espera o tal vez las personas la miraban al pasar de manera extraña, como si fueran marionetas que chascaran los ojos hacia ella.

Puerta adentro del gran recibidor del edificio residencial, el espacio lo ocupan varios sofás diseminados frente a los ascensores y en el lado opuesto un largo mostrador donde opera el personal de recepción. Varias personas hacen uso de los asientos en actitud de espera, otros se mueven por el lugar sin aparente lógica. En Ilia penetra un olor que recuerda a pelo quemado, como cuando se socarran los cañamones de un pollo al prepararlo para el guiso; y se le traslada la memoria a su madre, la sufrida lanzadora de martillo, dispuesta frente a la encimera de la pequeña cocina de aquel pisito

en el extrarradio moscovita, guisando para ella y su padre desbrazado, sentado solo tronco, delante del balcón, miraba catatónico las monótonas fachadas de las enormes colmenas de la era Brézhnev. El olor a pelo chamuscado se hace más espeso y penetrante, y se vuelve desagradable al pasar junto a Ilia y en dirección a la calle, un hombre elegante, mejor vestido que el resto de los habitantes del hall, zapatos negros de charol inmaculados, el traje gris oscuro, alto y con un cierto renqueo que no lo deja pasar desapercibido. Cruzan las miradas medio segundo y a Ilia Ivanovna Petrova se le seca la garganta, como si un potente aspirador hubiera succionado toda la humedad de su boca; intenta tragar saliva pero no la encuentra, ni la fabrica. Mueve su lengua en un esfuerzo inútil para tapizar de humedad los labios y el paladar, y al deglutir la nada, un pequeño dolor en la abertura del esófago la incomoda. Ha sido la visión del sujeto raro e inquietante lo que produjo ese estado físico del que comienza a salir. El rostro parecía artificial, de un brillo transparente, acerado y acuoso a la vez; piensa que acaso estuviera envuelto en papel celofán, con sus aristas y dobleces.

Junto al que se hace llamar Michel esperan la llegada de un ascensor, Ilia consigue por fin hacer saliva, vuelve la cabeza y divisa al sujeto inquietante, está de espaldas y quieto, afrontando la calle ya nocturna mientras enciende un cigarro. La bocanada de humo se llena de luz azulada, entonces se escucha un timbre, el ascensor, la Petrova se gira hacia el agente inmobiliario.

—Señorita Ilia, a pesar de la gran cantidad de personas que viven en este edificio, el grupo de ascensores es eficiente.

Se limita a asentir después de la perorata de bondades que cuenta el joven Illimani sobre el inmueble. El agente ya está en su papel vendedor de discurso memorizado y repetitivo, pero en la Petrova aún no se ha evanescido la imagen del sujeto con cara de celofán. Cuando salen del ascensor vuelve a percibir, aunque con menos intensidad, el olor a pelo quemado, algo sumamente incoherente en una sociedad que hace tiempo renunció al vello.

—¿No huele a algo raro? —dice Ilia con la idea de corroborar sus sensaciones.

—No especialmente ¿Hay algo que le resulte desagradable, señorita Ilia?

—No… continuemos —en la idea de que será algo pasajero a lo que está especialmente sensibilizada.

Delante del número veintiuno de la planta doce, el hombre que se hace llamar Michel abre la puerta e invita a entrar a su clienta a quien previamente explica que gracias a Cris Rolin puede quedarse

este apartamento tan exclusivo.

—Me gusta. ¿Cuánto tendré que pagar y cuándo puedo hacer los trámites?

—¡Oh no! Nooo señorita Ilia, ellos se encargan de todo. No tiene que preocuparse de nada, tome la llave magnética, desde ahora mismo puede usarlo.

—Lo único… este olor, ¿no nota nada?

—Cursaré una orden para que lo repasen, pero como puede apreciar esta misma tarde acabaron de limpiarlo.

—No importa, serán cosas mías.

Se dirige de nuevo al gran ventanal del salón, desplaza la puerta corredera y sale a la terraza. La ciudad se reparte en círculos concéntricos de luz, de mayor intensidad en el centro a menor intensidad según se alejan del núcleo incandescente del Barrio Rojo. Ilia espera que una bofetada de aire fresco penetre en el pisito y espante la sensación de chamusquina. Apoyada en el murete de la espaciosa balconada, envuelta por la efusiva verdura que pende de todos lados, respira con profundidad las fragancias que enmascaran los olores de la metrópoli y queda hipnotizada al mirar los anillos luminosos.

—Perdone, señorita Ilia —interrumpe desde el interior el agente inmobiliario—, tengo que marcharme, si necesita cualquier cosa ya sabe como localizarme.

Ilia Petrova no responde, continúa absorta en el paisaje nocturno y urbano. El agente inmobiliario que se hace llamar Michel se marcha, deseoso de irse del lugar, cierra la puerta del apartamento y se pierde en el edificio, con la gracilidad de su cojera, luego se pierde en las calles de la metrópoli… Pero, la historia debe continuar con la rusa, ahora tiene unas ganas enormes de volver al hotel y trasladar de inmediato sus bártulos y equipaje a un apartamento donde considera que estará magníficamente instalada. Es más grande de lo que ella había imaginado y su dotación y equipamiento es completo, no se puede pedir más. Se convence que sobre todo disfrutará de la soledad, en Moscú los últimos meses llegó a sentirse muy agobiada, estresada por tantos compromisos profesionales y familiares; su jefe de proyecto, los asuntos relacionados con su madre sola y necesitada, y luego estaba Fiodor, el profesor de literatura que no la dejaba respirar, argumentaba que la poesía debería formar parte de un alma tan transparente como el de Ilia “regresarás al arte, pequeña, mi querida Ilia no está hecha solamente de ecuaciones”. Y se acuerda, de los poemas recitados cuando ya sabía que se marcharía a la metrópoli, los versos a la

amada Rusia de Alexander Block, o la machacona idea del poema del peregrino de Maximilian Voloshin “no seas como el peregrino de los viajes sin retorno”. Pero ninguna rapsodia haría cambiar sus planes.

La Petrova, no quería estibar cabos sueltos ni pensar que salir de Moscú era una huída; si la hubieran rodeado otras circunstancias acaso este nuevo trabajo fuera para otro. En momentos donde la tristeza la envuelve por tantos recuerdos, piensa que ha traicionado a mucha gente que la necesita, se siente culpable, sobre todo, al acordarse de su madre, cuando lloraba en la despedida. Si estuviera aquí papá, lo sentaría en la terraza, no se cansaría de mirar tanto horizonte, tantas cosas que ver. Su padre hubiera venido a la metrópoli con sumo agrado, pero a su madre no puede forzarla para que abandone la amada Rusia, se moriría de angustia.

Suena el timbre de la puerta de entrada.

—¿Michel? —Ilia muestra solamente la cabeza cuando entreabre la puerta.

—Soy el dueño del apartamento, perdone mi impertinencia, venía a comprobar que estaba usted perfectamente instalada —dice el hombre de la cara de celofán, el que se hace llamar Rosman.

YA TENÍA GANAS DE DESENGANCHARSE de Olga, y no es que no se sienta atraído por ella, pero el detective Cabrerizo es un hombre al que no le dejan sosegar la gran acumulación de problemas y complicaciones que se ciernen sobre su cabeza, por eso no es capaz de disfrutar de unos momentos de placer en la dificultad que encuentra para concentrarse ante cualquier asunto o cosa durante al menos un mínimo tiempo. Le acompaña su mal cuerpo, y además, está la curiosidad, y un cierto ánimo de venganza por lo ocurrido en su casa la noche anterior, quedó tan tirado y roto que no encuentra una explicación que le satisfaga, una incógnita con imágenes envueltas en nebulosa, piensa que durante la noche loca no lo acompañó un cuerpo descarnado, era todo tan extraño entre vagos recuerdos, pero no… no eran fantasmas.

Cuando sale por la puerta de la Mansión Mornin se permite respirar de alivio al verse dentro de su viejo Ford, lo que necesita es tiempo para aclararlo todo, pensar… pensar, hoy el sexo no está dentro de sus prioridades. Rueda los últimos metros entre los jardines, a punto de llegar a la puerta-verja para salir de la finca, observa que Apolonia sale de las cocheras con prisa, colocándose la ropa de faena, la joven corre hacia la casa principal, acaso apremiada por la señora que la llamó una vez despedida la visita, “esa tiene lío con el chófer”, ese tipo de cosas no se le escapan al curtido detective, es el amor furtivo de Prudencio, en un ambiente donde las relaciones íntimas entre empleados están prohibidas.

Cabrerizo, atraviesa los accesos vigilados y operados por un sistema robótico, acelera al no ver ningún alma motorizada para tomar la primera revuelta a su derecha y luego enfilar la bajada de la montaña cuajada de curvas. El detective está obsesionado con localizar a la tipa marginal del Barrio Rojo, la que llevó a su cutre apartamento la noche pasada, la que deberá responder a más de una pregunta, y el talante del detective no es muy amigable; pero antes, tendrá que encaminarse, después de abandonar Monterosso, a su despacho en el Centro de Investigación Criminal, para dar a su exigente jefe esas explicaciones que tanto le repugnan. Después, caída la tarde, irá al centro fulgente de la metrópoli, donde se cuecen casi todos los asuntos de interés para un detective acostumbrado a los bajos fondos. “Marcela…se llamaba Marcela”.

Es increíble cómo improvisa Cabrerizo, todas las buenas intenciones y la planificación meticulosa se han evaporado. Lleva todo el día en el Barrio Rojo, en un tugurio sin paredes, apostado sobre un taburete en uno de esos chiringuitos de bebidas y comidas

sospechosas, repone fuerzas mientras entiende que ha llegado la hora de la lechuza, el comienzo de la cacería nocturna; capturar la presa no parece tarea complicada para un hombre con olfato y experiencia suficiente; fueron muchos los que cayeron sin darse cuenta entre las garras del detective. Aunque tal vez, la punky Marcela sea más escurridiza de lo que piensa, o acaso esté perdiendo facultades, se dice, en una especie de juego de justificaciones, un mecanismo que utiliza bastante últimamente como intento de cubrirse de la cadena de fracasos que colecciona desde hace una buena temporada, casi todos desde que lo abandonó su mujer, la sin nombre, a la que denomina esa tía, la tía esa o la tía que estuvo conmigo. Cabrerizo, no hizo mucho esfuerzo para encauzar la relación con su ex pareja, la proveía de infidelidades y borracheras de manera continuada, a pesar de repetir la mentira del voy a cambiar. Decía que una fuerza superior era la causa de que todo se estropeara, que esa fuerza no lo dejaba sobreponerse a las tentaciones. Y cuando discutían, su endemoniado ego rebozaba sobre la mente de su mujer un "ya conocías a lo que me dedicaba cuando decidimos vivir juntos"; insinuando que su asqueroso comportamiento era parte inseparable de la profesión, y que la culpa de todo la tenía ella por no haber leído la letra pequeña del contrato de matrimonio. Y la tía explotó, se marchó dando un portazo y sin hacer la maleta. A partir de ahí, al detective Cabrerizo el mundo le juega malas pasadas.

Mientras devora un rollito de masa grasienta y una cerveza, por la mollera del detective pasan dos sentimientos contrapuestos. De un lado, piensa que con su mujer estaba mejor, más centrado, la vida era más cómoda y tranquila, mejor de salud, por tanto la ha pifiado; y de otro lado, piensa que ahora es libre, pero sabe que, esa libertad mal empleada, a una voluntad débil como la suya muy pronto le acabará pasando factura. El desorden y la suciedad lo han atrapado, supone un esfuerzo enorme salir a trabajar cada mañana aseado y vestido con dignidad. Cree que suple todos esos inconvenientes con creatividad, si no fuera tan inteligente no podría ser con frecuencia tan indolente. En puridad de un buen egoísta, necesita una mujer que lo cuide, pero es difícil encontrar una tonta que lo aguante. Tal vez, si se enamorara cambiaría, podría llevar una vida idílica, pero eso es más difícil aún, cuando reconoce que ya ha tirado la toalla y renunciado al amor, le parece que eso de enamorarse es un esfuerzo sobrehumano más que un estado casual del alma que tal vez le hiciera cambiar. Su cabeza se ha convertido en un mar de dudas, le apetece beber, beber algo más contundente

que le haga olvidar, sí… alcohol de quemar, sonríe, es lo que tomará en otro garito más discreto, se relame pensando en un buen malta.

A Cabrerizo, la persona que sale de un edificio de los que se encuentran al otro lado de la calle le resulta conocida. Alguien a quien no esperaba en un lugar como este. La cantidad de barullo que rodea la escena no impide que el detective pierda la atención, observa al sujeto, se levanta de su asiento para verlo mejor, paga con urgencia, de nuevo eleva la cabeza. El hombre de la acera de enfrente intenta tomar un taxi, aunque se le antoja tarea complicada, el Barrio Rojo está en hora punta.

—¡Joder! Es el profesor Mornin, sabía que era él, lo reconocí desde el primer instante —grita para sí.

—¿Decía algo señor? —pregunta la camarera.

—Marcela puede esperar.

—No entiendo nada señor. ¡Eh, Oiga!… Se deja la vuelta…

El detective Cabrerizo da un respingo y hace un amago de correr, pero frena el ímpetu al crecer en él un ardor de estómago que le ocluye el alma, obligándole exclusivamente a caminar deprisa con una mano en el esternón mientras sortea vehículos y gentío para situarse en la acera opuesta. La puta hernia de hiato, se dice con los dientes apretados mientras estira los músculos de la cara. Está a la caza del científico antes de que logre tomar un taxi. No volverá a tener una oportunidad como esta, lo ha reconocido de inmediato, tantas veces su rostro en internet y en la televisión, no ofrece ninguna duda. Si no lo aborda ahora, el protocolo que rodea al profesor Mornin hará retrasar y retrasar la entrevista, y como consecuencia se alimentará el cabreo del jefe de Cabrerizo, que está empeñado en que, al profesor, no se le cite formalmente a declarar, por ahora. Y se pregunta, cuando está casi a su lado, qué cojones hará en este barrio una persona como el profesor Mornin, sin protección aparente y a estas horas. Ha conseguido parar un taxi, está a punto de subir al auto.

—¡Eh! ¡Eh! Profesor ¡Espere, profesor!

—¡¿Qué quiere?! ¿Nos conocemos?

—No…digo siii, espere… —ya junto al profesor— buff…espere que recupere el resuello.

—Cálmese, tiene un segundo para decir lo que desea, siento no poder ofrecerle más tiempo, lo siento ¿es periodista?

Entonces Cabrerizo, con la cabeza gacha y su brazo izquierdo apoyado sobre el capó del taxi, apenas sin poder pronunciar palabra, saca con su mano libre la acreditación de detective,

consigue por fin arrancar unas palabras entre respiraciones profundas.

—Creo que su mujer le ha hablado de mí, estuve en su casa y…

—¡¿No se le habrá ocurrido seguirme?!

—Nooo, ha sido casualidad, estoy buscando a una mujer que frecuenta un garito en aquel callejón de fachadas negras y me encontraba apostado allí enfrente —señala con el dedo—, lo vi por casualidad salir de ese edificio —vuelve a señalar esta vez con un movimiento de cabeza—, solo quiero hacerle unas preguntas de rutina sobre Takashi Matsumoto. La vida de usted no me interesa —dice Cabrerizo, mintiendo como saben mentir los detectives mentirosos.

—¡Ya! Estoy al corriente.

Cabrerizo, observa con disimulo a dos tipos que no encajan en el escenario que los rodea; se han ido aproximando, procuran no llamar la atención y se apostan junto al taxi, pegados a un vendedor de chucherías informáticas. Avelino Mornin despide al taxi entre el alboroto de los coches que frenan y se bloquean detrás de ellos, dirige de nuevo sus palabras al detective.

—Imagino que tiene cerca de aquí algún vehículo que pueda sacarnos de este barrio.

—Si —dice Cabrerizo.

—Es muy tarde para tener una conversación en mi casa, pero tal vez no le importe que hablemos mientras me lleva hacia allí, ya sabe la dirección.

—De acuerdo, sígame, el coche lo tengo dos manzanas más abajo.

El profesor Mornin piensa que cuanto antes se quite de encima al pesado del detective será mejor.

—¿Cómo dijo que se llama?

—Cabrerizo, Sergei Cabrerizo.

—¿Su madre es rusa?

—No, Sergei Bubka tiene un parentesco emotivo con mi…bueno, es una larga historia que le contaré otro día —dice Cabrerizo mientras se dirigen a donde tiene aparcado el viejo Ford.

Algunos viandantes tocan la ropa de Avelino Mornin, es algo tan normal con estas gentes que no da importancia a las caricias anónimas, sin embargo, el detective esquiva a muchos peatones elevando los brazos y haciendo gestos de no me toques, pero sin excesiva agresividad, parece querer proteger al profesor. Algunos rostros se enfrentan a la mirada de Avelino Mornin, cuando se le acercan quedan quietos, estatuas sobre la acera, luego a su paso se

les ve girar la cabeza y le siguen con sus ojos de párpados caídos. Esa acción con mirada permanente, es más porque saben que el personaje no encaja en el barrio y por su vestimenta llamativa, que por la popularidad del personaje a quien la mayoría no sería capaz de reconocer. Lo que más sorprende al profesor es la laxitud de los cuerpos. Sería una falsedad describirlos como si fueran zombis, pero es la primera ocurrencia de quienes no han estado nunca aquí, y quizá lo piensen por sus andares. Si a cualquiera de las personas que conforman esta mayoría la situaran fuera del Barrio Rojo, pasaría por gente normal, con la particularidad de su lentitud en el andar y relajación de los músculos de la cara. Ciertamente hay muchos tipos con los movimientos ralentizados, pero aquí es distinto, acaso sea, piensa el profesor Mornin, porque casi todos son iguales, es el exceso de drogas baratas de última generación o determinados alimentos populares con efectos psicotrópicos.

Cerca del coche, Cabrerizo activa el mando a distancia de apertura de puertas para después acceder al interior del vehículo. Rumbo a Monterosso, ha observado que los dos tipos de antes han seguido sus pasos y fotografiado la matrícula del viejo Ford.

—¿Sabe que nos siguen?

—Sí. Por mi seguridad. Me siguen a todas partes.

—Siempre he admirado a las personas como usted, están rodeadas de un algo especial que no sabría cómo definir; creo que ese algo les protege de todo y contra todo, a su vez son tan respetuosos y equilibrados, siempre pensando en su trabajo, apuesto cualquier cosa que no son capaces de cometer ninguna fechoría. Los políticos, banqueros y grandes empresarios, están hechos de otra pasta, pero ustedes los científicos…

—Señor Cabrerizo, como casi todo el mundo, usted nos mitifica en exceso —esgrime una sonrisa forzada—, tal vez nos introduzca en el cajón de los estereotipos de hombres de ciencia, gafotas, desaliñados, siempre en su laboratorio, sin vida familiar, sin aficiones, etcétera. Pero no es así, quizá lo sea en una primera etapa de su vida, y salvo raras excepciones los científicos también hacemos otras cosas.

—¿Qué hacía en el Barrio Rojo? ¿Satisfacer alguna afición?

— ¿Es un interrogatorio? Creía que era una conversación informal. No voy a hablar de mi vida privada.

—He sido un indiscreto, un impertinente. Perdón, como le dije hace un momento, su vida íntima no me incumbe —aunque piensa lo contrario—, pero… como le siguen dos tipos a todos lados, pienso que usted no tiene nada que ocultar, que su comportamiento

es intachable.

—A todo se acostumbra uno, pero ¿por qué piensa que tengo un enredo amoroso en ese barrio?

—Eso lo ha dicho usted señor Mornin.

Avelino, se acuerda del momento increíble que acaba de pasar junto a Cris, si hubiera tomado un taxi, en vez de aguantar al pegajoso detective, se estaría recreando en una experiencia que lo ha dejado descolocado, acaso con la sorpresa de descubrir que aún no se conoce a sí mismo.

—Cambiemos de tema y dígame qué quiere saber de Takashi Matsumoto —dice el profesor Mornin con ganas de abreviar la conversación.

—¿Sabe que unos días antes de morir en accidente de automóvil, tuvo otro accidente de similares características?

—Sí, le recomendé que cambiara de empresa de alquiler de coches pero no me hizo caso, sucedió todo muy deprisa.

—¿Se llevaban bien?

—Por supuesto, era como un hijo para mí.

—¿Cómo era el japonés? tengo entendido que tenía mal carácter.

—Todos tenemos nuestras cosas.

—Ah! se me olvidaba. ¿Desde cuándo le siguen?

—Desde que me dieron el Nobel, eso creo, tal vez con anterioridad, no estoy seguro; pero escúcheme bien, no voy a contestar más a no ser que me pregunte sobre Takashi.

—He estado estudiando, por encima claro, lo que hace y a lo que se ha dedicado estos últimos años. La verdad, no entiendo nada. Pero no soy tonto señor Mornin.

—Nadie ha dicho que lo sea.

—Resolví el caso del asesino que mató a cinco dependientas de pastelería. No fue por casualidad, trabajé dos años en aquel enredado asunto.

— Tengo entendido que le apartaron del caso antes de concluirlo.

—¿También me ha investigado? —Se ríe—. No fue así exactamente ¿sabe que había un político que intentó hacernos la vida imposible a todos los que estuvimos involucrados en la resolución de aquel caso? pero al final no pudo salirse con la suya. El asesino de las pasteleras era un obeso mórbido sobrino suyo —se frena y matiza—. Señor Mornin, estamos a cinco minutos de su casa y todavía no me ha dicho nada, aunque la culpa la tengo yo por hablar más de la cuenta.

—No tengo nada que decir sobre ese asunto. Pura casualidad. Pura casualidad ¿entiende? Le repito que Takashi era como un hijo para mí. ¿Sabe que no tengo hijos?

—Ehhh, déjeme pensar… la verdad, hoy tengo un día espeso… este asunto nos viene de fuera y tengo que presentar un informe, y … Oiga ¿le importa que le deje fuera de la verja? porque si..

—No no, no me importa detective.

—¡Ah! Ya me acuerdo —vuelve a frenar sus palabras al concentrarse en orillar y aparcar el viejo Ford para dejar al pasajero, y ya parado el vehículo se gira en el asiento hacia el profesor— el asunto es peliagudo, pero el único que tendría interés en que el científico japonés muriera sería usted. Antes de que diga nada le ruego que me perdone, pero métase por un momento en la cabeza de un detective y verá que siempre pensamos mal —se ríe con ganas, a continuación se arrepiente—… Olvide mis palabras, por favor, olvídelas. En nuestro oficio no hay personajes secundarios, todos son principales en su propia historia, en su vida, ahora comprenderá el celo que tuve con el obeso. Me da igual que alguien sea importante o que otro sea un don nadie.

A Cabrerizo, en el fondo le gustaría que el Nobel fuera culpable de algo, le vendría bien cualquier culpa; y si de él dependiera fabricaría su culpabilidad, como una venganza cósmica y fatal, tú eres alguien y yo una mierda, jódete, sería el culmen de la carrera detectivesca, hace escasos minutos el famosísimo Premio Nobel…. Detenido por el detective Sergei Cabrerizo… ya lo ve en los titulares de todo el planeta.

Avelino Mornin, con cara de pocos amigos, sin dejar de mirar al detective, tira de su maletín y se baja reculando, para decir una vez fuera del vehículo:

—¿Ya terminó?... Ahora escúcheme atentamente. Mi educación y posición me impiden decirle lo que se merece, aunque me quedo con las ganas. Tengo amigos que podrían poner a su jefe y a usted limpiando las cloacas del Barrio Rojo. Espero no volver a verlo nunca más.

LA CASA DE CRÍSPULA ROLIN está ubicada en la parte baja de Monterosso, donde la falda de la montaña se confunde con el llano urbano. A menor altura, la posición social y la riqueza de sus habitantes disminuyen considerablemente. Para Cris, ya es un éxito estar ahí, aunque sea en las estribaciones, lejos del populacho.

Tumbada sobre la cama, en su cuarto, escucha el adagio espirituoso de su amigo el músico Eliacer Malinas; notas recurrentes cuando está triste o desea que algo dure una eternidad, y se recrea en los últimos momentos de intimidad compartidos con el profesor Mornin, en aquella sórdida habitación del Barrio Rojo donde un cierto morbo la recorría al sentir durante el juego amatorio que estaba en la estancia de cualquier vulgar prostituta, y él descubría primerizo el amor carnal. Y razón no le faltaba cuando el profesor atravesó un río que pensó no atravesar nunca.

¿Está enamorada? Críspula Rolin no moriría de angustia si de repente Avelino Mornin desapareciera de su vida. Cuando llegó al Departamento por primera vez recuerda que le veía deprimido; la pérdida de Takashi Matsumuto había supuesto un duro golpe; todavía reciente la muerte del japonés suponía un frenazo en su carrera. Cris debería poner orden en los asuntos cotidianos de su jefe, una ayudante que liberara de tensiones al profesor y le permitiera dedicarse en exclusiva a la pura investigación. En aquellos días, estaban a punto de concluir los trabajos de construcción del Mutador de Partículas, fueron meses muy duros. Cris, después de ser reclutada en sexo y alma por el cara de celofán, que se hace llamar Rosman, tenía toda la suerte de frente; doble sueldo, el de la organización y el del propio trabajo, y ningún esfuerzo para ser la elegida por el profesor, la organización lo tenía todo bien atado. Cris, es habilitada superior en matemáticas, con un brillante currículum. Había decidido afrontar definitivamente la mutación sexual por recomendación última del músico Eliacer Malinas, con el que mantuvo un largo romance.

Fue en una fiesta de verano en Ibiza cuando el propio Malinas le presentó a Rosman, el cara de celofán. Al músico, le faltaban pocos días para marcharse definitivamente a Nueva York y tuvo grandes dudas de viajar a América junto a Cris, que entonces se hacía llamar por su vero nombre. Dudas, como consecuencia de evitar cualquier asunto o relación que pudiera trastocar su carrera artística, en un momento delicado para el compositor, incluso prefirió intentar olvidar a su gran amor. Cris dejó a Malinas, le dijo que soportaba mejor una infidelidad que las dudas y la inseguridad. Poco después,

estaba con Rosman para dolor de músico y ninfa. Al principio, la relación con Rosman fue un bombazo, puro desahogo y vicio, una manera de confirmar el nuevo estatus físico, de probar la nueva carrocería hormonal como bromeaba Cris cuando aún quedaban sonrisas en su rostro. Se dejó llevar por la seducción y el entretenimiento irresistible del cara de celofán, lo que permitía olvidar a su gran amor Eliacer Malinas.

Ahora, siente asco por aquellos días, pero también sabe que si no hubiera ocurrido así, no hubiera conocido a Avelino Mornin, por el que siente verdadera devoción más que amor. A Eliacer Malinas le debe muchas cosas, la transformación de su cuerpo en tercer género, haber conocido a Rosman, principio de la relación con el profesor Mornin; una cadena, aunque nunca podrá olvidar la felicidad y seguridad que le proporcionó el músico, la vida es un entrelazado de eslabones necesarios, los hay pesados e incandescentes que a su vez nos llevan a otros agradables y livianos. Piensa que en estos momentos lo más importante es estudiar la manera de deshacerse de Rosman, para poder vivir este idilio mágico con el profesor, con naturalidad y sin sobresaltos; pero para eso deberá contarle la verdad, toda la verdad, y está contenta pues contar la mitad de la verdad por ahora ha dado buen resultado, nunca pudo imaginar que Avelino Mornin le haría el amor, se siente como una chiquilla, nunca nadie le trató de esa manera, si acaso Eliacer Malinas, aunque en el fondo todos quieren follar, exclusivamente follar.

Rosman, no tardó mucho en proporcionarle la actual identidad, una mujer en toda regla, documento de identidad nuevo, carnet de conducir inmaculado, y un pasaporte de Costa Rica para evitar que profundizaran en cualquier investigación; falsificar los títulos académicos que ya poseía fue fácil para un siniestro sujeto que parecía dominar todas las artes oscuras.

A Críspula Rolin le embarga la duda de si las palabras de Avelino Mornin fueron sinceras, o si acaso se dejó llevar por el momento, pero es optimista, el profesor la ve como mujer, se repite una y otra vez. Desea con todas sus fuerzas que Rosman desaparezca pronto de su vida, la está destruyendo, y lo peor, lo que más teme es el futuro anunciado: “cuando no me necesite no valdré nada, mi vida correrá un grave peligro.”

Vuelve a reiniciarse el adagio espirituoso, como si fuera el envoltorio perfecto para todos los pensamientos que acuden a su mente, y aunque quiere apartar otros, esconderlos, no tiene las fuerzas suficientes cuando se está quedando dormida; pero un ruido

sospechoso hace que se incorpore de la cama, el perrito Tron no ha ladrado pero corre escaleras abajo. Atempera el volumen de la música, en el silencio de la noche las pisadas en la escalera de madera suenan como tantanes de guerra. Está paralizada, después de lo que ha pasado hoy, preferiría que fuera un ladrón al hombre del cual sospecha su nada sigiloso andar. Un hilo de luz que penetra entre los cortinajes suaviza la oscuridad de la habitación. Cris, sentada sobre la cama observa la puerta entreabierta, espera con total seguridad la entrada de quien se cree dueño de su cuerpo, y de su alma.

Después de unos instantes de mover sombras, después del roce frenético de ropas, después de anularse un forcejeo… un grito seco y poderoso revienta la noche cuando Cris es sodomizada con brutalidad por el hombre del rostro de celofán. Tron ladra.

—¡Quiero los resultados exactos de la prueba que tuvo lugar hoy! ¡Quiero saber cuándo está programado el experimento definitivo! ¡¿Qué ha conseguido la rusa?!

Cris contiene un sollozo de ira, desea acabar con la situación pero deberá esperar el momento adecuado, enfrentarse a Rosman puede ser muy peligroso, por muchas razones.

—Los datos del experimento están en mi cartera. La prueba definitiva será dentro de unos días, pero te lo advierto, no vuelvas a tocarme o te mato —dice Cris sin mostrar el rostro, rompiendo la tensión acumulada.

Quien se hace llamar Rosman, no es un tipo que se mofe de palabras verdaderas, ni es fanfarrón, ni hablador hueco; mantiene el silencio mientras rebusca en la cartera de Cris; cuando consigue lo que está buscando, decide hablar.

—Lo sé. Quiero decir que sé que me matarías. Te deseo, aunque tal vez tengas razón, lo nuestro tendrá que terminar en algún momento, pero no soporto que Avelino Mornin te ponga la mano encima, ¡No lo soporto! —Después de un breve silencio, esperando alguna palabra de Cris, continúa— Te he fabricado para la organización, tienes que cumplir el cometido para el que te comprometiste, es vital para la salud de todos nosotros, para un futuro con bienestar. No me falles ahora, en el preciso momento más importante para el que hemos estado preparándonos tanto tiempo y con tanto esfuerzo. Si cometes un mínimo error, la organización será implacable, no tendrá piedad Cris, ninguna piedad, lo sabes desde que aceptaste jugar a espía.

—Cumpliré, pero márchate, déjame en paz.

—No hay paz para la gente como nosotros, no hay paz para

quienes nos ocultamos tras un cuerpo que no es el nuestro, tras una identidad que no es la verdadera. No hay descanso Cris, no hay descanso para nosotros.

Críspula Rolin continúa manteniendo la rabia dentro de su ser, mientras siente que el hombre con cara de celofán se marcha. No quiere mirar, está deseando escuchar el ruido que hará la puerta de la calle cuando se haya ido. Tiene que relajarse y dormir, dormir para planearlo todo a la perfección, sin el más mínimo error. El profesor tiene que saberlo todo, todo. Pero también discurre sobre las últimas palabras de Rosman, ella se merece otra cosa, tampoco le ha ido tan mal en la vida, a pesar de que ahora esté prisionera en un laberinto de difícil salida, y ¿quién está detrás de un hombre tan extraño y siniestro? Esa es la pregunta que hay en su mente cuando acude el sueño, encharcado de ira.

EL OTOÑO EN MONTEROSSO ES TEMPLADO, de vientos amables menos cuando sopla el de angostura que no suele ser frecuente y es temido por las gentes acomodadas de la zona alta, donde más lo sufren. Al clima bonancible, hay que añadir las mañanas frescas y radiantes de luz transparente, que permiten contemplar la metrópoli en toda su extensión, sin brumas ni calimas. Monterosso se eleva solitaria a un extremo, en el último círculo concéntrico de esa galaxia urbana, extensa y desigual que tiene por núcleo incandescente al Barrio Rojo.

Desde la verja de entrada a la residencia Mornin, se divisa al fondo la mansión de fachada blanca, entreverada por el juego de colores de las hojas de los arces estrellados a punto de caer al húmedo jardín. Aún el Sol no ha hecho asomo, pero una claridad grisácea y tristona por su palidez permite observar la vida sin artificios. Al centellear varias ventanas que translucen el interior de las habitaciones encendidas, la gran casa parece dibujada como estampa de pintor costumbrista. La cocina, el garaje a su derecha y el cuarto de jardineros, varias habitaciones de servicio, y la de Olga que hoy se ha levantado más temprano que de costumbre, transmiten vida al exterior. El deambular de los señores por la casa, a esas horas, pone al servicio en guardia, inyectándoles un cierto nerviosismo; cualquier movimiento desacostumbrado es barrunto de problemas que más tarde repercutirán en más carga de trabajo quizá, nadie lo sabe pero ya lo sufren en sus somas, como necia carga del hombre anticipándose e imaginando cosas que con toda probabilidad nunca ocurrirán.

Olga ya está dispuesta para salir de casa; espléndida, con un vestido de corte sastre y color cereza pálida con chaqueta a juego, el bolso y los zapatos en los tonos claros del amaranto, maquillada y enjoyada sin estridencias, con la elegante naturalidad de sus gestos y figura. No quiere cruzarse con su marido, sabe que estuvo hasta bien tarde con Críspula Rolin, lo sabe por intuición, por la observación de sus movimientos, por la intensidad de las pisadas cuando llega solitario en la noche silente, pulula por la alcoba de otra forma; lo sabe después de tantos años junto a Avelino Mornin. Tardó en quitarse los zapatos, cerró un cajón con otra intensidad, se duchó a deshoras, carraspeó más de la cuenta y en el silencio de la noche se le escuchó suspirar, quizá despierto. Odia a la Rolin.

A Olga le apetece conducir, y sin tomar bocado se dirige al garaje, se acomoda frente al volante de su pequeño descapotable gris perla, conduce hacia la puerta-verja, a través del retrovisor ve a

la dispuesta Apolonia correr hacia la casa componiéndose el uniforme, ha pillado desprevenida a la trabajadora doméstica; a Olga le molestan los líos amorosos entre sus empleados, tal vez sea con el chofer, se dice, aunque bien lo sabe y usa una simétrica hipocresía con el servicio, luego lo justifica con una cierta empatía paternalista, pobrecillos también tienen derecho, se lo dice a sí misma sin sentirlo. En el fondo de los fondos, a Olga le gustaría que sus empleados vivieran en compartimentos estancos, o que fueran sordomudos que solo escucharan la voz de su jefa, pues lo que más odia es saber que detrás de ella hay conspiración, el servicio doméstico habla, hablan entre ellos, cuchichean…

Inicia el descenso de Monterosso. Ha decidido dirigirse primero al Barrio Financiero y más tarde al Barrio Comercial a tomar un brunch con una amiga. Los actuales barrios estructuran la ciudad de manera distinta a como lo estaban las urbes del diecinueve o el veinte; sin embargo, en esta época que toca vivir, todas las actividades importantes para la sociedad se distribuyen en barrios que han ido configurándose en anillos concéntricos, o semicírculos unidos a otros semicírculos en torno al barrio central, el Rojo, que cada vez es mayor como pozo insaciable, cuya masa crece y crece sin parar. Antiguamente, las zonas marginales se asentaban en la periferia, ahora se amalgaman en pequeños distritos dentro del gran centro. Esta nuclearización, del casco urbano más antiguo de las metrópolis, genera allí una vida distinta, explosiva, bulliciosa y compleja; dotada de otras reglas no escritas, otros comportamientos, que a su vez se retroalimentan de la gran urbe que gira en derredor. Al núcleo, casi todos en algún momento desean ir y otros no pueden dejar de penetrar a diario, aunque su vida pertenezca a otra clase y otro lugar distintos. El Barrio Rojo, como un agujero negro, se va tragando a la gran ciudad sin apenas percatarnos, y la gran metrópoli a su vez se ve alimentada por nuevos inquilinos llegados de quién sabe dónde. Acaso, el Barrio Rojo sea como el infierno, un dulce infierno en el único mundo posible para los vivos de este universo.

Olga, aparca en el interior del macro Edificio Fúcar, donde custodian los fondos del matrimonio Mornin. Necesita la autorización de su marido para disponer del dinero, pero ha venido a otra cosa, a liquidar una cuenta personal. Se baja del auto, comienza a mover su cuerpo por entre la fila de vehículos que la llevará directa a las puertas de los ascensores. A esas horas de la mañana hay bastantes personas moviéndose por el lugar. Olga siente una presencia repentina, como si estuvieran observándola, la

cercanía de un aliento, alguien que se comporta de manera más cercana y distinta a la de los hombres invisibles que la siguen a todas partes. Antes de tomar el ascensor se gira nerviosa, pero no reconoce a nadie. Sube a la planta treinta y tres, el lugar al que solamente pueden acceder los elegidos, los clientes mimados, las gentes de la élite. Trascurridos unos minutos y con una fuerte suma de dinero dentro del bolso, baja al aparcamiento, se abre la puerta del ascensor, el sobresalto la empuja hacia atrás y casi se cae contra los que hacinan el cubículo. Cuando las personas se alejan, Olga decide hablar no sin cierto nerviosismo.

—¿Qué haces aquí?

—Salgamos de este edificio, deja tu coche, más tarde lo recogerás —dice el detective Cabrerizo con amabilidad.

—No puedo, tengo una cita.

—Es más importante lo que tengo que decirte —dice el detective.

—No me gustan tus formas, me has seguido. Teníamos que vernos más tarde en otro lugar, eres un atrevido.

Sergei Cabrerizo, toma el antebrazo de Olga y la conduce hacia donde tiene el viejo Ford. Se deja guiar, expectante a recibir explicaciones antes de subir al coche del detective.

—Apenas he dormido. Ustedes me quitan el sueño —dice Cabrerizo cariacontecido.

El aspecto dejado y sucio del detective contrasta con el oloroso perfume que lleva puesto. Por su potencia fragante debió de rociarse hace pocos minutos, tiene un frasco en la guantera y lo hizo antes de salir del viejo Ford en busca de Olga, acaso lo use cuando se nota sudado y con mala facha. A Cabrerizo, le gustaría tener tiempo para arreglarse, piensa que su aspecto es fruto del exceso de trabajo, pero se engaña a sí mismo de manera burda, disloca la realidad convertido en una mariposa sucia y pringosa, todo el día de acá para allá sin terminar ninguna tarea, sin concluir ningún caso, haciendo como que hace pero últimamente no hace nada. Duerme poco, come poco, las fuerzas que le faltan las intenta suplir con whisky, o con alguna droga vigoréxica de última generación, y eso le supone girar y girar en un círculo vicioso de vértigo. Pero, como él dice, va tirando de la piel a duras penas; y a veces, cuando se abre una ventana en su cerebro y la luz hace que vea de forma clara lo que llamamos realidad, entonces se acobarda y llora, llora amargamente sobre el sofá sudado del apartamento del distrito de Los Argentinos en el Barrio Rojo, lugar ideal para empuñar con rabia su treinta y ocho y frenético encañonarse la

cabeza. No tengo cojones, no tengo cojones dice entre sollozos y corre a asearse, salir a la calle, pasar antes por la oficina e intentar poner todo en orden; los papeles de su mesa, los asuntos pendientes con su jefe, los asuntos pendientes personales, los asuntos pendientes profesionales, los asuntos con su ex… pero cuando transcurre un breve tiempo desde que le florecieran las buenas intenciones, el Barrio Rojo lo atrapa y acaba tendido al final de la jornada sobre la cama, sudada y llena de chinches, de cualquier burdel asequible a su economía.

El perfume que se ha puesto, lejos de espantar a Olga atrae su libido por el arte de una marejada de feromonas y se deja llevar por la voz monótona y rota del detective. Olga, se introduce en el viejo Ford, ya sin pretensiones de explicación previa, pero sin bajar la guardia.

—Imagino que llevas encima el dinero que me prometiste —Cabrerizo, antes de continuar hablando se acomoda en su asiento y gira su cuerpo hacia Olga—, conseguiré que la tal Rolin se olvide de tu marido. No puedo asegurar que pueda apartarla de su trabajo, aunque lo intentaré. Pero hay algo más, tienes que confeccionarme un diario exacto de lo que hicieron el profesor y el japonés unas semanas antes del accidente; con todos los detalles, aunque te parezcan sin importancia. Creo que con tu marido ya no podré hablar amigablemente, la he fastidiado como tantas veces, pero mi olfato me habla y me dice que hay algo raro, algo que huele fatal, aunque por ahora las piezas encajen. Imagino que a ti todo esto te da igual, que lo que le pueda ocurrir a tu marido te la suda, voy notando que la piel de la que estás hecha es de plástico fino.

—Me pides demasiado. Yo, los favores los pago bien, tú Sergei ¿cómo pagarás el que me pides?

Cabrerizo se abalanza contra Olga empotrándola en su asiento.

—¡Aaaaaggggg! Me has mordido la lengua, zorra… y el labio. Eres una…

—¡Quieto! ¿Qué has pensado? ¿Crees que soy igual que una de tus amiguitas? No, Cabrerizo, aprende a respetar a una señora —Olga se mueve con intención de bajarse del vehículo—, ya te llamaré.

—¡Mierda!

El detective se mira en el espejo retrovisor y limpia con el dorso de la mano derecha un hilo de sangre que cuelga de la comisura de sus labios, mientras ella se baja con elegancia del viejo Ford. Se inclina lo justo para hablar hacia el interior antes de cerrar la puerta del vehículo.

—¡Ah, Cabrerizo! Ya sé quién puede hacerte ese diario con el máximo detalle, creo incluso que llevaba por entonces la agenda de mi marido.

—¡Eh! —exclama aturdido.

—Te acabo de hacer el favor que me has pedido. Ahora, cumple tú —saca del bolso un sobre grueso lleno de billetes y lo lanza contra el asiento del copiloto.

Casi de espaldas e iniciando la marcha en dirección a su descapotable, revela el nombre del sujeto.

—¡Lomas! Se llama Ernesto Lomas, trabaja en el Departamento.

Olga, piensa que ha caído muy bajo pero compensa esa sensación de asco hacia sí misma con otro sentimiento más fuerte, considera que tiene un cierto poder, o acaso un poder importante para manejar a su antojo a determinadas personas, no solo ayudándose del dinero, también con sus encantos, su posición, etcétera. Y ahora, mientras se encamina hacia el bonito auto y acaba de perder un poco más de vergüenza y de escrúpulos, se acuerda del día que fue presentada a Avelino Mornin, su gran conquista y el hacedor de todo lo que ahora es. Colisionaron dos trenes de mercancías en esta relación, dos caracteres fuertes, aunque Olga está convencida de que ha tragado bastante más mierda que su marido con tal de no perder el status, y justifica que si está vengándose de él es para resarcirse de un diálogo imposible y de la cobardía que no le permite abandonarlo. Se lo merece, dice, se merece que le engañe, pero lo quiero para mí sola.

Entonces, hace veinte años, fue un día maravilloso, Olga festejaba con sus compañeros la graduación de Inspectora Política, una carrera de moda antes de la Guerra Global, para la que se necesitaba carácter, sólida formación jurídica y financiera, además de las dotes de un sabueso sin grietas de ninguna índole. Hija de un militar y un ama de casa, animada por sus demostrados arrestos a estudiar esa carrera tan dura, y con tanto futuro después de que el planeta casi se desplomara por la profesionalización de una clase política, prácticamente hereditaria, de círculo cerrado y casi toda corrupta, sin criterio de actuación, obligada a moverse al dictado de los poderosos aduladores.

Olga nunca llegó a ejercer, a formar parte de ese nuevo elenco de chicos tipo Eliot Ness, inspirados en los Jóvenes Honestos que acudieron en masa a pulir el entonces podrido panorama político-social y presentarse a las elecciones de hace treinta años en los países más desarrollados. Elecciones que ganaron los jóvenes por distintos medios, pero que, como ya se sabe, a la postre no

solucionaron gran cosa. Es como si hubiera una fuerza superior, permanente, histórica e inevitable que ordenara la sociedad de una determinada manera, por la cual es difícil que las cosas cambien en este Universo. Después de la Guerra Global, ni esas aparentes ideas renovadoras sirvieron de algo, en un mundo tan mudado y distinto en valores y formas. Olga, se pasó al lado amable de los triunfadores, con los claroscuros que implicaba.

Al salir de aquella comida, en el hall del restaurante, su profesor de Nueva Ética hablaba con un hombre que se ponía el abrigo y presentó a la joven que los miraba embobada. Aquel flechazo amoroso dio paso a un sinfín de atenciones, de viajes, de proposiciones, y Olga sucumbió, dejando en el olvido la carrera que con tanto esfuerzo concluyera, para dedicarse de cuerpo y alma durante dieciséis largos años a empujar a un hombre hacia el Nobel; a pesar de los desaires, de los sinsabores que llegaron cuando concluyó la pasión, cuando se desvaneció el amor loco prolongado no más allá del tercer año. Olga se fue acomodando a un estilo de vida del cual está muy satisfecha, que le ha permitido y le permite codearse con las altas esferas planetarias, y hacer casi lo que le viene en gana.

Acelera el descapotable al salir del parking, un almuerzo delicioso le espera junto a la compañía de una amiga, que no ve desde hace tiempo.

UNA AVERÍA EN EL DEPARTAMENTO está ocasionando serios problemas a los empleados que se encargan de mantener en buen estado la obra civil. Las bombas de impulsión están en parada, se trata de los motores que elevan a la superficie el agua que emana del subsuelo, el agua sucia y otros elementos de desecho. Alguien ha sugerido que tiene pinta de sabotaje, pero ya se sabe que en este tipo de centros cualquier anomalía es sospechosa. El problema más grave que conlleva este inconveniente es el olor a inmundicia disperso por todas las dependencias. Esta mañana, los elevadores no encuentran un momento de respiro, los empleados que se alojan en el edificio subterráneo buscan constantemente los lavabos públicos y escusados de las plantas a pie de calle.

El desagradable olor no impide que Ilia Petrova contemple a Críspula Rolin en todo su esplendor, sentada en su despacho mientras pone en orden los asuntos del día. Pero, al aproximarse a la imponente Cris, observa una ligera demacración en el rostro del imago, que incluso brinca el maquillaje, a eso le suma un gesto que fuerza hacia el agrado, sin embargo, no engaña en la corta distancia el halo circunspecto que rodea su mirada. Ilia, superpone la singular y extraña belleza de la Rolin a esos pequeños detalles anómalos.

La rusa está contenta, radiante cuando Cris la invita a sentarse. El cutis es blanco ruso, entre la porcelana pálida y la mascarilla de polvos de arroz. Los ojos, destellan mil irisaciones esmeraldas y la justa sonrisa en sus labios rosáceos está envuelta por esa cabeza de redondez perfecta y limpia, como si fuera una luna bella y mágica. Parece una figura fulgente saliendo de una fotografía con bruma húmeda; tal es su luz que el fondo se recicla al gris por instantes. Fotografía que a Cris le parece un hito inalcanzable. Ambas se estudian, admiran de la otra los elementos más brillantes. Cris, cuando repara en mujeres del calibre de la Petrova, sufre un especial complejo, mezcla de culpabilidad e impotencia por no haber podido esculpir su cuerpo más allá, pero sabe que la línea donde arranca el exceso está cercana, su inteligencia y aplomo no la dejarán caer en la vulgaridad y la enfermedad. Ahora, Cris duda y se dice que tal vez hubiera sido mejor transformarse en un eterno y siempre bello efebo, una ninfa arropada por una sofisticación cercana al mito, acaso sin cirugía. Lo correcto en el tercer género, un poco de hombre y un poco de mujer en su justo equilibrio para ser otro, es el ideal del tercer tipo, el perfecto andrógino. Pero Cris sabe que siempre se tiende hacia un lado de la balanza y ella lo hace del lado de las hembras. Intenta espantar esos pensamientos

que no le llevarán a ningún lugar amable, pues sabe que retroceder en su metamorfosis sería un grave error, y desandar ese camino una cobardía, un suicidio…

—Qué agradecida y satisfecha estoy —Dice Ilia— por todo el trato que me han dispensado. Espero estar a la altura y poder corresponder a tanta amabilidad y muestras de cariño recibido. Y lo del apartamento… —se muerde con suavidad el labio inferior mientras sonríe— desde hace mucho tiempo no me había ocurrido algo que me pusiera tan contenta, bueno, miento, a excepción del día que me comunicaron mi traslado a esta ciudad.

—Este desagradable olor me volverá loca —sonríe Cris, nerviosa, e indaga con sutileza— ¿Qué apartamento?

—Déjese de bromas. El dueño… quiero decir su hermano, estuvo saludándome, me preguntó si todo estaba en orden, si me gustaba el inmueble. Al principio me llevé un buen susto al verle pero fue muy amable. Nunca conocí a nadie igual… tan distinto, tan…

—Ilia cariño, perdóname tengo tantas cosas en la cabeza, por supuesto —estira las últimas dos palabras, siente a la vez la punzada a distancia de Rosman— ¿sabes cómo se llama mi hermano? —Quiere confirmar lo que supone.

—Me dijo que se llamaba Ros ¿pero, no he metido la pata, en nada, verdad? Me está dando la impresión de que tenía que haberla llamado antes de ver el apartamento. Fue todo tan rápido… estaba cansada y…

—Querida Ilia, por supuesto que no tenías que haberme llamado. Me alegra que te guste tu nueva residencia. Y por favor, tutéame, somos compañeras.

Críspula Rolin, se está imaginando que la rusa acaba de instalarse en un recinto rodeado de multitud de cámaras ocultas, micrófonos ocultos, grabadoras automáticas, y un largo etcétera de artilugios invisibles con los que su jefe y amo Rosman podrá tener controlada a Ilia Petrova, y aún le duele más saber que se convertirá en el juguete de un perverso voyeur. Cómo no se le habrá pasado por la cabeza. Con el mejor de los pretextos, ese oscuro y siniestro hombre hizo una visita al apartamento para conocer en persona a la científica rusa. Rosman, el hombre de la cara de celofán “siempre dicta mis pasos,” se dice con amargura. Nadie sospechará que no fue Cris quien acomodó, como mejor se merece, a la recién llegada. No tiene opciones de aclarar nada si no quiere que peligre su vida y la de otras personas; y con certeza, la parte final de la cascada de afectados sería el propio experimento.

—Buenos días profesor —saludan las dos mujeres casi al

unísono.

—Hola, no se levanten. Llevo un buen rato intentando localizar a Ernesto Lomas ¿saben dónde se encuentra?

—Creo que está en el pozo con varios operarios, con el follón de las motobombas de impulsión supongo que aún estará allí metido ¿ha estado alguna vez en ese lugar, profesor? —Dice Cris con cierta sorna.

Avelino Mornin, niega con la cabeza. Cris, vuelve a la carga.

—Aquello está más abajo del infierno, debajo del Mutador —se miran—, le sugiero que no se acerque a ese lugar, si aquí estamos soportando este olor, imagínese como será lo que usted tendría que soportar en aquella oquedad pegajosa, oscura y húmeda.

—No se preocupe Cris, no tengo ninguna intención de entrar allí, después de haber conocido el cielo.

Cris, baja la cabeza, no contesta, desea que la jornada de trabajo acabe cuanto antes, tiene que estar con él, volver a sentirle cerca. Y a pesar de que el rubor no forma parte genética de su carcasa, una cierta rojez inyecta sus pómulos; cromatismo que pasa desapercibido a la rusa.

—Profesor —interviene Ilia—, si no tiene compromiso, me gustaría almorzar con usted para iniciar esa charla pendiente.

Cris, la mira sin malicia, cree que la nueva no pretende nada que pueda alterar su relación con el profesor Mornin.

—Vayamos por partes señoritas. Cris, si ve al profesor Lomas dígale que le espero en mi despacho, de cualquier forma ordene que le localicen, ahora comprendo por qué su teléfono no funciona si es cierto que está metido en ese agujero intentando colaborar en el arreglo de las motobombas. Y usted Ilia, ha tenido suerte, comeremos juntos en el restaurante del Departamento. ¡Ah! se me olvidaba Cris, se que tenemos pendiente una reunión, será después de comer en mi despacho. Y por favor, continúen con su trabajo. Tenemos el tiempo justo y parece que ahora todo son problemas.

Avelino Mornin, desea estar con Cris a solas, después de comer, para cruzar unas palabras y volver a concertar una cita fuera del gigantesco agujero donde se ven todos los días, lugar donde apenas pueden hablar de otra cosa que no sea asunto profesional o la agenda del profesor.

El mal olor comienza a ser insoportable, es como si el Departamento se hubiera convertido en la fosa séptica de la metrópoli. Una gran cloaca de donde en breve tal vez salgan los primeros bosquejos de una materia que nada tiene de fecal si no de creadora del universo. Esta antífrasis, al profesor Mornin le resulta

graciosa cuando la establece, y al instante recuerda que la mayoría tenemos asuntos sucios y oscuros en nuestras vidas, aunque brillemos como el Sol. Los suyos, la oscuridad que transporta, por ahora está recónditamente encerrada en su cerebro.

—Me tenías preocupado Lomas, precisamente desapareces el único día que te necesito con urgencia —baja la voz, y casi al oído, le dice—, subamos a la calle, aquí no podemos hablar de otros asuntos.

Salen del despacho en dirección a los ascensores. Ernesto Lomas, con la tranquilidad de un hombre tranquilo comienza a hablar.

—Comprenda el caos profesor, no he parado de resolver problemas ni un instante.

—Ya lo comprendo. Ordena de inmediato el desalojo… ¡¿qué cojones hace el jefe de seguridad?!... por hoy se terminó el trabajo, que todo el mundo se marche a almorzar y no vuelvan hasta mañana, no quiero ningún susto que pueda retrasar el experimento. Dime, ¿qué ha pasado realmente?

—No lo sabemos aún, lo que más me preocupa es que el foso final, el último estrato al estar lleno de agua pútrida a punto de rebosar, puede que entre en contacto con alguna pieza del mecanismo de desconexión de los generadores del campo electromagnético; los rotores están muy cerca y si se llegan a inundar nos quedaríamos una buena temporada sin poder operar el Mutador.

—¿Y las bobinas?

—Esas no tendrían problemas, se secan y ya está.

—¡Mierda! ¡¿Imagino que la situación ya está controlada?!

—Descolgamos desde la calle unas mangueras por las escaleras de emergencia, las conectamos a varias electrobombas auxiliares que trabajan sin parar, creo que en un par de horas nos devolverán la normalidad. No hay problemas Jefe, aunque este maldito olor a porquería tardará en desaparecer.

Ya en la calle, ambos hacen el mismo gesto de respiración profunda. Comienzan a caminar buscando el semáforo que les permita cruzar la calle y situarse en una zona de ángulo muerto de cámaras y micrófonos; y aunque son vigilados, creerán que están tomando el fresco, descontaminando sus pituitarias.

—Con olor o sin él —dice Mornin— no podemos parar ni un segundo, necesitamos resultados de inmediato, tenemos que ofrecer algo importante si no la financiación se evaporará, los de arriba tienen depositada toda la confianza en mí, comenzarán a entrar aquí personas extrañas, científicos que no conocemos y que

revolverán nuestra contabilidad, nuestros archivos, nuestras mentes… ¡¿Entiendes Lomas?! Todo eso me pone muy nervioso —frena las palabras para tomar aire, mientras Ernesto Lomas con intención de responder ve frenada su baza por la verborrea del profesor—, y lo que más nervioso me pone es un detective de última fila que se está inmiscuyendo en mi vida, lleva varios días entrando en mi casa, la otra noche me localizó en la calle, creo que me está siguiendo. A estas alturas, el Jefe de Seguridad ya estará al corriente y lo habrá puesto en conocimiento de los de arriba, espero una llamadita de un momento a otro. Imagino que no tardarán en apartarlo de mis talones Me jode dar explicaciones, me jode bastante que hurguen en mi pasado.

—¿De qué se trata?

—Imagínatelo… De la muerte de Takashi. Parece que se ha filtrado algo. ¡Joder, Lomas! Pensaba que lo habías borrado todo, archivos electrónicos, emails, todo, y cuando entonces dije todo era para la total tranquilidad tuya y mía. Me prometiste garantías ¿qué coño está pasando? ¡Soluciónalo!

—No se ponga así profesor. Hice un buen trabajo de limpieza.

—Pues no debió ser tan bueno. Tienen algo, averigua de qué se trata. Te hago responsable, Lomas, responsable. El policía está investigando el primer accidente del japonés.

—No se preocupe Jefe, ya me encargo.

—Eso…efectivamente, si los de arriba no lo hacen, hazlo tú. Aparta de mi cerebro la más mínima preocupación sobre este asunto, ya tengo otras en las que pensar y problemas que resolver. Eres la única persona que conoce mi vida, podrías hacer de mí lo que quisieras, chantajearme, anularme, pero tu lealtad, discreción y obediencia han sido la piedra angular de nuestra relación… —Lomas interrumpe al profesor.

—No siga, le debo todo, nunca pagaré suficientemente la deuda que tengo contraída con usted, profesor. Puede estar tranquilo, resolveré el asunto.

—Déjese de sentimentalismos y volvamos adentro, tengo un almuerzo con la rusa. ¡Ah, y no me llames Jefe!

EL NEW WORLD TRADE CENTER de la metrópoli, es el lugar de mayor cotilleo del país. Pero a Olga le gusta pavonearse por el ala de ocio, pasar delante de las pequeñas tiendas de lujo, taconear el mármol blanco con sus manolos de vértigo y dejarse mirar con un cierto regusto interior de puta cara. Tomar un brunch temprano con su amiga Carita Olson es de las cosas que hoy le seducen con fuerza, y más después de haber despachado con placer morboso al detective Cabrerizo. A la nórdica Carita, la ve solo de vez en cuando. Olga dice de ella que si tuviera que verla todos los días se acabaría cansando, además sabe que es una agente de inteligencia que lo mismo te da información que te la saca sin enterarte, o te pone en un compromiso difícil de eludir.

La bellísima y casi albina Carita ha tenido una vida de película, su actual marido es el embajador de Angola en la metrópoli, y con el poder económico que ahora ostenta el país africano, convertido en la quinta potencia del mundo, la Olson se sitúa en una posición importante en la cúpula de personas que interesan a Olga, sin contar lo agradecida que está, pues a través del marido de Carita, el Departamento, es decir Avelino Mornin, ha recibido cuantiosas sumas de dinero para la investigación y la construcción del Mutador de Partículas.

Carita vivía en Puerto de la Cruz espiando de aquí para allá lo que podía, vendiendo favores a todo importante que pululaba hace años por Tenerife, hasta que por azar, una loca noche de alcohol, su esbelto cuerpo acabó en la cama con un negro de ciento cuarenta quilos y atributos totémicos que dejaron predispuesta a la nórdica para volver a repetir experiencia sin igual. Cuando se enteró de quien era en realidad le investigó los metros cuadrados de rascacielos que poseía en Luanda y el saldo medio de las Feroe y Zurich; desde entonces se llama Carita Ngonda y vive en Monterosso disfrutando de los abultados beneficios que obtiene su marido Apolo Ngonda cuando chapotea por la metrópoli.

El brunch que tomará Cris con Olga consiste en infinitos huevos de caracol, acompañados de un vaporizado vinagre de VCP con su burbuja. Champagne carísimo y conversación entre cotilla y conspiradora. La delicatesen es solo accesible a una minoría, puesta de moda por los franceses más refinados a principios de siglo, alcanza precios inimaginables por el solo hecho de sentir como explotan en la boca las transparentes bolitas y paladear lo que dicen es el mejor sabor para reencontrarse con la pradera de antaño, hierba fresca, ¡uuumm! Como si nuestros genes de rumiante

necesitaran reafirmarse, pero tal vez lo que provoca ese placer sea la necesidad de olvidar por unos instantes la artificialidad del entorno.

—No mires Carita, pero el tipo de la mesa que está al fondo a tu derecha es mi ex profesor de yoga.

—¡Barrado!

—Calla, no alborotes, aunque la verdad es que hoy está este sitio de un vulgar que tumba, parece como si hubiera personas distintas de las acostumbradas, pero de dónde ha salido tanto cutre, por favor que mal gusto. Ese maricón me ha estado siguiendo, lo sé, encima el imbécil levanta las cejas cada vez que giro la cabeza hacia ese lado. Ya te dije que lo he plantado definitivamente, estaba harta de ponerme el arnés cada vez que nos veíamos en ese lóbrego hotelito, y aunque tenía su cosa acabé cansada.

—¡Ja! Que nos conocemos Olga. Si un día te da el punto, lo llamas y lo torturas a placer, es tu estilo. Un día se te va a ir la mano y vas a tener un disgusto.

—¿Quién se iba a acordar de semejante espécimen? En fin, dejémonos de bobadas y a lo nuestro. Tengo un problema Carita.

—¿Por qué será que me lo imaginaba? Mal, muy mal cariño. Últimamente solo almorzamos cuando necesitas algo de mí.

—Precisamente porque eres mi mejor amiga —dice Olga con pose zalamera.

—Mentirosa. Tú no tienes amigas, pero te queremos, todos te queremos —se ríe mientras eleva su copa e invita al brindis.

—Por ti Carita. Qué haría sin ti.

—Por nosotras —suenan los vidrios y después Carita añade—, suéltalo ya Olga, que ahora me tienes intrigada.

—Avelino tiene problemas serios. Lo sé con certeza por la sensibilidad que tenemos las mujeres para adivinar que se aproximan momentos malos… ¡No quiero que se desmorone mi vida!

—No será para tanto —intenta animar a Olga con un pellizco cariñoso en el brazo, como una apostilla a su privilegiada situación —, y vuestra relación ¿qué tal va?

—Ya sabes, somos como dos baúles viajando en el mismo tren que desconocen cuál será su estación de destino, pero no deseo por nada del mundo que pare el tren. Lo importante es que a la problemática diaria de su trabajo, que ahora se acentúa porque está en algo de mucha envergadura, hay que añadir que esa Cris Rolin lo tiene descentrado, y encima, por si fuera poco, un detective que investiga el accidente de Takashi le atosiga sin parar ¿Sabes quién

era Takashi verdad?... Bien, pues todo eso que en apariencia se puede solucionar, sin embargo, abulta mucho y lo veo inabarcable… Me da muy mala espina, Carita. Al poli creo que lo tengo controlado, y aunque lo he convencido para que se ocupe de la Rolin, no me fío. Prefiero que seas tú, con la experiencia y contactos que tienes, quién además pueda encontrar una fisura en esa tipa que me permita lanzarla lejos de mi marido. Hasta ahora, no me preocupaban los escarceos amorosos de Avelino, y creía que la aventura con Cris Rolín había terminado, pero estaba equivocada, intuyo cosas raras… pienso que esa mujer puede influir en Avelino para apartarlo de mi lado, quieren dejarme tirada, Carita, lo sé, dejarme tirada.

—¿Cómo es el policía? —mueve la cabeza con cierta picardía.

—Eres idiota, solo te interesa saber si me lo hice con él. Pues no, y no creo que lo haga, aunque tiene su punto. Lo tengo engolosinado, está convencido de que acabaremos en la cama.

—A ti, te gustan gais —intenta disimular la risa—. Lo de Cris Rolin déjalo de mi cuenta, lo que quiero ahora es que me cuentes lo del detective ese ¿Cómo es?

Las dos amigas conversan, Olga aporta datos tanto de Cabrerizo como de Cris, se las ve alegres gracias al buen humor de Carita Ngonda. Cuando las bolitas explosionan entre la lengua y el paladar, ríen con suavidad y brindan, vuelven a levantar la cucharilla, cargada desde la montaña de huevos que rebosan en la fuente con hielo que tienen delante, y vuelven a brindar.

En la mesa de Barrado hay novedades, no está solo. En un giro casual de cabeza, Olga se percata de que le acompaña una mujer. No puede ver su rostro, está de espaldas, interrumpe a Carita que está hablando de su última conquista.

—Mira con disimulo, Carita, hacia la mesa de Barrado. Está con una mujer ¿puedes ver su rostro? ¿La conoces?

Explota una risa en Carita sin estridencia. Cuando se repone dice a la estupefacta Olga.

—Es un hombre, y aunque gay como tu querido Barrado, lleva ese atuendo porque es un divo de la batuta. Barrado gusta de todos los manjares, pero en el fondo creo que solo le enamoran los hombrecitos. Te ha confundido su vestimenta, es el gran Eliacer Malinas, el famoso compositor y director de orquesta.

—Claro, que tonta soy —obliga la figura con disimulo a una postura que permite ver parte del perfil del compositor— ahora lo reconozco.

—Le hacía en New York —dice Carita Ngonda.

—¿Qué hará con Barrado?

—Como tu amiguito haya puesto la mira en ese hombre y acierte el disparo se va a llevar un buen pellizco. A parte de multimillonario tiene fama de espléndido.

—No entiendo cómo una persona de la altura intelectual de Eliacer Malinas, y con su clase, ha puesto los ojos en Barrado.

—El amor Olguita ¿y tú, por qué pusiste los ojos en Barrado? —se ríe.

—El yogui tiene su aquel… Es verdad, tenemos comportamientos a veces inexplicables, pero así somos las personas ¿Te han presentado al músico? —dice Olga.

—Siii. Coincidimos en varios lugares; dirigió un macro concierto en Luanda, después asistimos a una cena ofrecida por el Presidente de la República, en el cóctel hablamos bastante tiempo… de música exclusivamente, no vayas a pensar mal, a mí no me gustan gais.

—Tienes que presentármelo.

—Pero no hoy, romperíamos la conversación tan amigable que mantienen. Además, no te gustará acercarte al yogui después de lo que pasó. No he oído que tenga programado un concierto en la metrópoli, y desconfío que sea persona que se desplace desde New York solo para pasar una velada con Barrado ¿Se conocerán de antes? —Piensa Carita en voz alta—, no sé…pero ya me enteraré —lo dice, con la seguridad de alguien que acaba siempre por enterarse de todo.

—Tengo que reconocer que Barrado está muy bien relacionado. Es un poco víbora, también tienes que ayudarme con él, no quiero que me pique, dale un toque de atención para que no hable de mí y me deje en paz. Y ¿Sabes lo que más me fastidia? —Dice Olga— Que ese hombre esté precisamente con el baboso de Barrado.

—Mujer, hace unos días te divertías con él, ahora lo odias. Que disfrute, Olga, que sea feliz. Creo que eres en extremo posesiva y rencorosa. Algo te ha hecho Barrado. Pero déjalo de mi cuenta, encontraré la ocasión para hablar con él.

—No me ha hecho nada.

—Mientes, pero me enteraré. Tal vez no lo dejaste solamente por cansancio, porque te aburrieras de ese raterillo de alcurnia.

—Si no me hubiera enterado de quien es la persona que lo acompaña, pero así, me está dejando un mal cuerpo…

—Cómo somos las mujeres ¡Corre a arrebatárselo! Ve a por esa jugosa presa con el pretexto de saludar al yogui, anda…

—Estúpida. Además ¿acaso no es gay?

—A ti eso te da igual, invítale a lo que sea, róbaselo… —se ríe a

carcajadas intentando no llamar la atención de otras bocas, que están a lo suyo.

—Reconozco mis miserias. Tienes razón, lo haría de buena gana ¡Sí! Lo haría.

—No es una persona difícil, es de trato fácil y extremadamente educado y amable; un encanto. Me contó una fuente muy fiable que Malinas se marchó a New York por un desengaño amoroso, algo raro pasó con el chico que estaba con él. Dicen, que hacían una pareja maravillosa, tal para cual. Aunque ya sabes que la gente habla demasiado.

A través de los grandes ventanales del restaurante, entra una luz que se torna hacia el añil y en la calle livianos remolinos de polvo se ven ascender despacio hasta apagarse como en pequeñas explosiones de talco dorado. La tarde parece presentarse inquietante al sentir los efectos de un viento de angostura que comienza a envolver de tristeza y languidez a las gentes de este sector. Y como por arte de alguna rara fuerza, por mutación espontánea, aceleran la despedida Olga Mornin y Carita Ngonda. Se besan y manifiestan lo bien que se lo pasan cuando están juntas, en esta ocasión explotando huevos, de caracol.

EN EL RESTAURANTE DEL DEPARTAMENTO, ubicado a pie de calle, el reservado ofrece la suficiente calidez y tranquilidad para animar a una conversación en cámara lenta, las que le gustan al profesor Mornin cuando logra desconectar de los problemas que le acompañan, y más si está delante de una buena comida y mejor vino. En esta ocasión, además del ambiente agradable, de la iluminación ambarina, de la temperatura justa, del trato afable del personal sin llegar a ser empalagoso; se encuentra frente al rostro de Ilia Ivanovna Petrova, con quien Avelino Mornin se marcharía a cualquier lugar del Cosmos, es la representación viva del ángel de la guarda que imaginó cuando era niño, el ser alado y blanco del que su madre contaba que protegería al pequeño Avelino, pero solo mientras guardara para sí algunos gramos de inocencia, y en esta época de su vida a veces pesa su alma para ver si le queda de eso, lo duda sinceramente. La única diferencia física entre el ángel imaginado en su niñez e Ilia es la falta de pelo, quizá los nuevos ángeles que acompañan los pensamientos de los niños actuales sean bellos calvos alados.

En los ojos de Ilia, encuentra la mirada de la paz, de la bondad, y a su vez de la viveza, de la chispa. Piensa, que el alma de la Petrova al contrario que la suya es limpia; hay verdad, sinceridad y buena disposición en sus gestos. La joven rusa transmite confort espiritual a un hombre que no atraviesa su mejor momento.

—…ya es tarde para eso, debo reconocer que soy el único culpable de no tener un hijo a mi lado.

—Entonces, es verdad que no vamos a hablar de trabajo.

—Claro que no Ilia. Te dije que me gustaría conocer un poco mejor a la persona que dentro de unos días levitará en ese ingenio que puede revolucionarlo todo y hacernos cambiar para siempre. Convertirnos en seres mejorados, lo que no han conseguido nunca ni nuestros dirigentes políticos ni nuestros guías espirituales.

—Me ilusiona pensar que el cambio pueda ser positivo —dice Ilia suspirando ensimismada—, que lo que estoy haciendo servirá para que la humanidad mejore; que se acaben las guerras, que nos entendamos mejor, que al conocer toda la verdad seamos comprensivos con nuestro entorno en toda su extensión, que el respeto sea la base de toda relación, que se acaben las religiones opresoras y manipuladoras, que todos cultivemos libres nuestra espiritualidad. ¿Ocurrirá eso profesor?

—No lo sé Ilia, pero me gusta que lo creas, escucho tanta nobleza en tus palabras…

—Noto en usted cierta melancolía.

—Acaso la edad que acumulo me conduce a pensar con cierto escepticismo. He visto tantas cosas…

—Se refiere a cosas… ¿Malas?

—De todo, pero en mi mundo abundan las malas sobre las buenas. Dejé hace muchos años de creer, de ver el lado bondadoso del hombre, tal vez por eso me pasé al otro lado sin apenas darme cuenta —absorto en ella, mira sus ojos—. Escuchar tus palabras virginales me llenan de emoción.

—No me asuste profesor ¿a qué otro lado se refiere?

—Tonterías —eufórico, como si despertara de una ensoñación—, no me hagas caso, bobadas; lo digo porque la verdad está tan oculta, cuesta tanto desvelar lo que nos rodea, es todo tan hermético.

—Es cierto, para eso estamos los científicos, tenemos una suerte de curiosidad que nos hace ir siempre hacia adelante, sin parar, buscando la respuesta, intentando desvelar lo insondable.

—Me refería en general, Ilia. ¿Qué conocemos del interior de las personas? ¿Qué pasa por su mente? No conocemos nada, no sabemos lo que se cuece dentro de su cerebro. Su mundo interior es enigmático. ¿Qué porcentaje de pensamientos dirías que trasmites al exterior? Quizá un uno por ciento, un dos. Tenemos tantas cosas dentro de nosotros que no conoce nadie, ciertamente somos extraños unos de los otros. Por eso, a pesar de los signos externos, solo se nos ofrece una imagen sesgada de lo que llamamos realidad, es como si viviéramos en un eterno y gigantesco mito de la caverna y ahora estuviéramos a punto de salir al exterior, conocer el cosmos y a nosotros mismos, no solamente por las sombras que se proyectan y las voces que se escuchan.

—Qué casualidad, cuando era jovencita fantaseaba sobre eso mismo con otro símil cercano a mí. En invierno, cuando el frío en mi amada Rusia secuestra la luz y prepara el horizonte como si fuera un lienzo gris perlado, el humo de las chimeneas adquiere una pastosidad blanca algodonada, con cientos de matices. Pasear por las calles de Moscú al mediodía y observar las chimeneas era uno de mis placeres favoritos, sumida en aquel mundo fantástico. Cada una emite el reflejo de su interior, y por ese reflejo, el humo, creía conocer lo que había dentro, sus moradores, el lujo o la pobreza. Ese era el signo externo en el que basaba la ficción de la vida cotidiana. Más tarde, se incendió todo, los alrededores de Moscú ardieron sin parar devorando los bosques, las dachas y las granjas. Fue el décimo año del siglo, cuando en mi mente casi de niña se

esfumaron todas las buenas sensaciones que el humo me provocaba, estábamos ahogados noche y día y durante tanto tiempo, hasta que sofocaron los alrededores, y pensé que esa era la verdad de Rusia, era el humo al mundo para que conocieran solo en apariencia el interior de nuestras almas. Y todo se calentó y continuaron año tras año los incendios como si hubiéramos quedado desnudos.

—Cuando salgas de esa bola mágica, habrás sentado las bases para que podamos conocerlo todo sin necesidad de signos, conoceremos las causas sin necesidad de estudiar los efectos…

—Sí —interrumpe Ilia— lo veo, lo veo cada vez más claro, será como si se abrieran las ventanas y las puertas de todas las casas, entonces no solo veremos el humo de Moscú, observaremos lo que ocurre dentro… Profesor, usted me hace ver más allá, me da alas para volar con la imaginación a mi tierra, para contemplar cómo hablan las chimeneas de Moscú, entender su lenguaje verdadero, porque los muros de los edificios han caído, os conozco, lo sé todo de vosotros… Cuando era jovencita, balbuceaba un idioma que me ofrecía conocer a cada familia por el humo que emitían sus calefacciones, sus cocinas, si su comida era sabrosa, si pasaban más frío que el vecino. Es cierto que era la fantasía de un cuento infantil que se fraguaba en mi cabeza, donde las chimeneas escupían historias en forma de ecuaciones, letras y números escritos en el aire pesado e invernal. Lo entiendo profesor, atravesar los muros de las casas es también penetrar dentro del cerebro de otro. Y este experimento derribará los muros… —se queda pensativa y en silencio unos instante, para añadir— pero, me asalta una duda profesor Mornin, después ¿se nos acabará la fantasía?

—No lo sé Ilia, supongo que para quien lo desee, siempre quedarán las chimeneas de Moscú.

Ahora, Ilia se entristece, y dice:

—Sí…cuando conozcamos la verdad, cuando eso ocurra, nada volverá a ser igual. Nada. Tengo miedo profesor Mornin. Mucho miedo, a pesar de la ilusión.

—Me ocurre igual, pero eres fuerte, más fuerte que ninguno de nosotros.

—Otra casualidad, eso mismo decía mi madre. ¿Qué estará haciendo ahora mi madre? Mámoschka.

A los postres, mientras Ilia piensa en la amada y lejana Rusia, Avelino Mornin, cada vez está más convencido del éxito que tendrá el experimento. Mira a Ilia que tiene los ojos apuntando a la mesa, parece una niña, una niña mujer a pesar de su edad, la ve como un ser infantil y tierno.

Le provoca un ligero sobresalto el sonido del teléfono móvil en el interior de su chaqueta, toma el aparatito y visualiza la pantalla. Estaban tardando mucho en llamarle, y aunque no deseaba por nada del mundo esta llamada, ya estaba extrañado de no haberla recibido antes, sabe de sobra que los trajines del policía llegarían a incomodar a los de arriba. Se levanta pidiendo disculpas a Ilia y se aleja para que ella no pueda escucharlo. Cuando termina la conversación telefónica, el semblante se vuelve más apagado, siempre ofreciendo escusas, justificaciones, a pesar de su posición, aunque piensa que eso va a cambiar, "cuando todo esto concluya tomaré las riendas," ese es su objetivo profundo.

Se alegra cuando ve entrar por la puerta del restaurante a Cris que se queda en la entrada esperando una señal del profesor; éste, mitiga su apagamiento al verla y hace un discreto movimiento para que espere ahí durante un instante, lo justo para despedir a la rusa.

—Tienes que perdonarme Ilia, continuaremos la conversación en otro momento, sabes que tengo que despachar asuntos pendientes con Cris.

—No se preocupe profesor; gracias, ha sido una comida muy agradable.

A Avelino Mornin, después de despedirse de la Petrova, le gustaría dar un beso allí mismo a Cris Rolin, aunque fuera uno solo de recibimiento, en la mejilla, pero las formas… A pesar de la extrañeza del equipo de seguridad y de las advertencias de que no era buena idea volver a entrar en el Departamento hasta que no estuviera reparada la avería, sin embargo, el profesor y Cris se sumergen en las profundidades de la metrópoli por las escaleras de servicio. Bajan peldaño a peldaño envueltos en un falso silencio roto por un ligero zumbido de fondo, el taconeo de Cris y el ruido que emite el movimiento y roce de sus ropas.

EN EL INTERIOR DE UN DESPACHO, en lo más recóndito del Centro de Investigación Criminal de la metrópoli, un hombre mayor de aspecto tosco y cabeza pálida, los ojos pequeños, hundidos en un rostro huesudo, aunque no es una persona delgada, labios finos y mirada inquisitiva, demuestra conocer su oficio y con cierta mano izquierda pero severa y los imperativos verbales de un personaje que conoce su posición, mantiene por fin unas palabras con un subalterno al que tenía ganas de sentar en el confidente. Detective Jefe Lombardo, se apellida quien observa a un Sergei Cabrerizo que no le baja los ojos pero mantiene la vista en no se sabe dónde, con cara de bobo; tal vez contempla ensimismado la colección de burritos de todos los tamaños y colores que atesora el Jefe Lombardo en una repisa, recuerdo de los países que visitó con su mujer antes de que la infeliz muriera de atragantamiento, en un restaurante de comida rápida, cuando visitaban México D.F. En el estante que hay tras el Jefe Lombardo, falta el burrito de aquel viaje, que posiblemente sea el más gracioso de la colección; las alforjas con los colores de la bandera mejicana, un sombrerito charro colgando del pescuezo y una pequeña llave que cuando se acciona se escucha ese lunar que tienes cielito lindo junto a tu boca. Desde aquel acontecimiento el Jefe Lombardo tiene un carácter agrio que espanta, es insoportable, según palabras de Cabrerizo, que también dice a menudo que tendrían que haberle jubilado, pero tiene peso en el CIC y las altas esferas piensan que todavía es aprovechable.

—… y ahora dime, Cabrerizo ¿estás lo suficientemente despierto para mantener una conversación conmigo?

—Sí, Jefe.

—Bien, no sé si tienes cara de tonto o te lo haces para que te deje en paz, o es verdad que el divorcio te ha vuelto imbécil.

—Lo último, Jefe.

—¡Joder! Para qué te asignaría este caso, pero sigo confiando en ti, en tu olfato de perro pacho, aunque no sé si no acabaré poniéndote a conducir el autobús que traslada al aeropuerto a los chinos deportados —hace una pausa expresando con gestos y mirada al techo: vaya, la que me ha caído encima. Luego continúa —. Por fin, acabamos de casar las fechas de las diecisiete muertes con las estancias del profesor Mornin en esas ciudades. Y ahora pregunto, Cabrerizo ¿cómo y por qué alguien desde Japón nos envía tal información sobre Mornin y tan precisa? ¿Cómo podemos relacionar muertes fortuitas, suicidios, y desapariciones, con el

profesor Mornin, aunque estuviera ese mismo día en la ciudad donde ocurrieron? ¿Qué tenemos, Cabrerizo? Nada. Ni una de esas muertes se ha investigado como caso de homicidio. Ninguna de las víctimas tenía el más mínimo nexo en común con el profesor Mornin. Ninguna de las víctimas tenía un nexo que pudiera relacionarlas entre ellas. Ninguna de las víctimas tenía relación con cualquiera de las personas que acompañó al profesor Mornin en sus viajes, que por cierto no eran siempre las mismas. Por tanto, Cabrerizo ¿Qué nos queda?

—No le entiendo, Jefe.

—¡Joder, Cabrerizo! ¡¿Estás o no estás?! Solamente nos queda investigar la muerte del tal Matsumoto, y ¿qué es lo que has encontrado? Nada de nada de nada. Y encima me dices que el tío no quiere colaborar… un premio Nobel… cómo cojones va a colaborar… yo tampoco colaboraría… ¿o sí?... —parece que pensara en voz alta—. Creo que daremos carpetazo a este asunto como no encontremos algo en dos días. Tienes que saber que ya me están presionando desde arriba para que no moleste a nadie de su entorno, y menos a él.

—Hay un tipo, un ayudante suyo que puede saber algo, se llama Lomas, es la única oportunidad que me queda para encontrar la pieza que enderece la investigación ¿Cree que alguien provocó el accidente del japonés?

—No sé nada Cabrerizo, no sé nada. Dos días, ni uno más. ¡Ah! con discreción Cabrerizo, discreción. Si hay algo, quiero que lo descubras. Tienes que tenerme al corriente ¿Entendido? ¡Y después el puto informe! Por esta vez pase, ya veo que te han dado duro, te han dejado grogui ¡Cambia esa cara joder!

—Sí, Jefe.

El detective Sergei Cabrerizo se marcha del Centro de Investigación Criminal con la sensación de haberse quitado una enorme losa que aplastaba su cabeza. Parece, que con el Jefe Lombardo todo vuelve al cauce normal, lo que permite a su vida desarrollarse con una preocupación menos. Mañana, irá a visitar a ese Lomas, se ha hecho tarde y seguramente no habrá nadie en el Departamento, pero esto es una mera justificación pues lo que prima y continúa en su cabeza dando vueltas es la idea obsesiva de encontrar a Marcela, la tal Rolin puede esperar, “un caprichito de una bruja rica, que se joda” se dice con rabia, “tengo que sacarle más pasta,” lucubrando que tal vez en Olga esté el filón donde obtener el dinero que necesita para solucionar de una puñetera vez sus problemas económicos y poder mejorar su asquerosa vida,

largarse del distrito de Los Argentinos donde solo deambulan y malviven putas chorizas y chorizos de putas.

El Barrio Rojo, cada día es más bullicioso e imponente, imán de las pasiones y la economía sumergida, refugio de maleantes y escondrijo ocasional de gentes de buen vivir, sumidero de inmigrantes y cloaca por donde se escapan los delitos impunes, icono turístico para la tercera edad de la periferia, residencia de perdedores y de los magnates de la cochambre; pero sobre todo es la gran fábrica, el gran mercado que emplea a la mayoría de las personas, y ejerce tanta gravedad sobre ellas que casi todos los nacidos en este núcleo fulgente nunca salieron de él, aunque solo fuera para conocer el mar y respirar un aire más puro en algún momento de sus vidas.

El detective Cabrerizo se deshace del viejo Ford, hoy tiene pasta fresca en el bolsillo y tomará el mejor whisky que encuentre, camina en dirección al garito donde conoció a Marcela, “Mano Lenta”, sabe que más temprano que tarde aparecerá por allí. Reconoce que en el fondo ella le gusta, aunque quitaría de su cuerpo la chatarra que lleva a cuestas en labios, lengua, cejas, labios mayores, ombligo, pezones y algún otro sitio que se le olvida; los tatuajes no le incomodan, y la chica está bien, es delgada de pechos naturales enormes y labios carnosos. Se dice que no pudo disfrutarla, que eso llegará después de ajustarle las cuentas. Cabrerizo se está poniendo un punto salvaje, posesivo y dominador, quiere humillar a Marcela, “soy un cabrón, un puto cabrón” se repite una y otra vez, pero en el fondo de su alma embarbascada hay una ínfima beta romántica por tapar, aunque la niegue.

Dobla la esquina y penetra en el estrecho callejón que lo conduce a la puerta trasera del bar. Después de sortear las piernas de varios cuerpos sentados en el suelo y apoyados contra la pared, de zigzaguear bolsas de basura y rebasar un gran contenedor de plástico, se sitúa cerca del final de una calleja casi convertida en túnel. Divisa una bombilla en el lateral derecho que emite una escasa y chisporroteante luz de color escarlata, incrustada en el muro señala el acceso al lugar que busca. Cuando está a punto de entrar se frena, frente al detective una joven vestida de cueros y entorchados acaba de doblar la esquina contraria, las mismas trazas no ofrecen dudas, es ella, se la ve contenta, parece que diera pequeños brincos al andar. Cabrerizo abre la puerta y espera haciendo ademán de caballerosidad, para que la alegre Marcela, que se acerca sonriente, penetre primero en la oscuridad, donde escucharán jazz a ritmo de bronca. De repente, un disparo. Un

chillido se antepone a la detonación. Se agachan. El enorme escozor del hombro derecho le impide sacar con celeridad su treinta y ocho. Mano lenta. El estampido continúa en el cerebro de los presentes, como si el escenario de lo que está ocurriendo fuera una caja de resonancia, mejor dicho, un diapasón que parece reventar sus tímpanos. Marcela sujeta la puerta con la pierna derecha e intenta entrar en el bar reptando. Cabrerizo, al voltearse no pudo ver nada después del estruendo, está en cuclillas empuñando el revólver con los brazos estirados a pesar del dolor del hombro, sus pulsaciones se desbocan, sus ojos buscan en todas direcciones, le duele, se palpa, apenas sangra. El sujeto que efectuó el disparo debe estar oculto tras el mobiliario urbano de inmundicias, pero no está seguro. Otra detonación. Esta vez la bala rebota en la pared. El silbido del plomo y pequeñas esquirlas de cemento contra su rostro le demuestran que estuvo cerca. El sujeto corre, Cabrerizo escucha los pasos, se incorpora sin dejar de encañonar, ha visto parte de su rostro, es tarde para abatirlo, dobló la esquina. No olvidará el perfil del sujeto. Ahora, una mujer grita desde el otro lado del callejón, como un amplificado estertor de desahogo. Se escuchan murmullos. Vuela una paloma en vertical, salida de entre las bolsas de basura; si no se espantó con la primera detonación acaso no sea una paloma verdadera, nunca se sabe. El aleteo provoca más terror en la isla de silencio del Barrio Rojo, donde se ha violado el silencio. Marcela lo arrastra al interior del local, está mareado.

—¡Eh! No quiero problemas tía ¡sácalo de aquí! —Dice el obeso que está detrás de la barra.

—Es un madero, hijo puta —no hace caso al Barman—. Vamos, colabora tío que no puedo contigo.

Intenta incorporarlo, lo ayuda, camina con dificultad más por el mareo, le obliga a tumbarse en uno de los divanes después de apartar el velador con los pies.

—Whisky Charly, trae una botella y ¡llama a una ambulancia! —dice Marcela con resolución.

—¡No llames a nadie! Es un ligero rozón, ya estoy mejor, la bala me ha quemado la piel, eso es todo. Lo más aparatoso es la ropa rota y la mancha de sangre, pero estoy bien… llénala hasta arriba.

—Bestia, ya vi la otra noche cómo le pegabas al whisky, lo pedí con la única intención de vaciarlo contra la herida.

—Que desperdicio… Alguien se está poniendo nervioso, Marcela. Me encuentro en mi salsa, hacía tiempo que no tenía tan buenas sensaciones.

—¡¿Te acaban de pegar un tiro y te pones contento?! No lo

entiendo, no entiendo nada… puto madero. Estoy nerviosísima…

Tumbado en el diván, con el brazo sano atrae hacia su pecho a Marcela que está sentada junto al detective, la abraza, besa sus labios con fuerza, intenta morrear. Se sueltan, ella toma aire.

—Eres una jodida drogata hija de puta, pero me gustas, no imaginé que tuvieras sentimientos —dice Cabrerizo con una sonrisa diabólica— ¿Quién estaba con nosotros en mi casa el otro día? ¿Quién nos siguió? El tipo que entró en mi casa te conoce, ¿qué queríais de mí? Tomé algo raro y me dejó jodidamente jodido ¡Habla!

—Suéltame, apestas. Ve detrás del que te ha disparado… ¿a qué esperas?

—A ese ya lo cogeré, no es un profesional.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque me hubiera dejado seco. Es a ti a quien quiero ahora.

EN EL INTERIOR DEL DEPARTAMENTO, la tarde muere mientras triunfa la palabra, superpuesta al paso del tiempo. Prácticamente solos, sin percatarse de la hora, en la gigantesca madriguera, a excepción de los pocos hombres de seguridad y técnicos que continúan poniendo a punto las electrobombas, personal casi perdido en enorme y singular entorno.

Para el profesor Mornin y su ayudante Cris, el nauseabundo olor pasa desapercibido después de tantas horas concentrados en la conversación. Y a pesar de despachada la tarde, las horas transcurridas no le dan a Cris la fuerza suficiente para decirle a Mornin la verdad que tanto desea que conozca, el plan urdido contra él y su proyecto. Sopesa que podría perder al profesor si se enterara del verdadero cometido que le llevó a trabajar a su lado, flaquean sus piernas solo de especular con esa idea. Cuando piensa que una organización no se sabe con qué aviesas intenciones, representada por Rosman el cara de celofán, está dispuesta a todo con tal de conocer lo que se cuece en el Departamento, y que está al corriente de los resultados de cada experimento y de las investigaciones en general, entonces a Cris se le hace un vacío en el estómago, a punto de vomitar. Si Avelino Mornin supiera todo eso, podría perderlo y verse en un verdadero lío, no cree que el amor que dice sentir el profesor hacia ella sea suficiente para tolerar el engaño y la traición. Avelino pensará que Cris pergeñó toda la escena del Barrio Rojo para salir victoriosa de un fracaso irremediable, de una situación que se acabará descubriendo y ella como cómplice tiene todas las de perder. Estas cavilaciones aturden su mente mientras escucha sin escuchar al profesor.

—Volaremos a un lugar donde la soledad estará a nuestro alrededor, un paraíso de luz y mar en la inmensidad de lo desconocido. Por fin, ya conoces cuales son todos mis planes para nosotros, aunque se me amontonan en la cabeza tantas cosas que necesitaría días enteros para expresarlas. Nos iremos cuando termine el experimento, todo lo bueno nos ocurrirá después, Cris, después, ¿te das cuenta? tú y yo solos —dice con la sonrisa y el entusiasmo histriónico de un hombre en una ensoñación—. Estoy convencido de que sufriste mucho, pero el mundo es nuestro. Más tarde, cuando dominemos la Materia Fascinata atravesaremos la puerta que conduce a Venus y nos quedaremos cerca de las estrellas.

El profesor Mornin se recuesta sobre el sillón con los ojos encendidos mirando al techo, habla y habla sin parar, dando vueltas

al mismo asunto del futuro, sus palabras dirigidas a nadie, con la boca entreabierta y la mandíbula inferior descolgada de entusiasmo.

Mientras, a Cris le faltan más y más fuerzas para ser sincera y sus vísceras están sufriendo la transformación de una persona que no quiere continuar por esa senda, que quiere salir despedida a la velocidad de la luz de un mundo que se le antoja irreal, la fantasía amorosa de un hombre que ha demostrado hasta ahora, que lo único que le importa es el resultado del experimento y controlar las consecuencias futuras, que por lo único que ha luchado es por amasar poder y ego. Y ahora, lo ve… demente. Aunque, tal vez sea un diagnóstico forzado para no adquirir un compromiso que le aterra. En un análisis que apenas ha durado un segundo se da por satisfecha, al haber conseguido tener a sus pies a un hombre como Mornin, y encima habiéndole dado a conocer su verdadera naturaleza física. Pero, ¿es verdadero ese amor o cada uno en su inconsciente busca un escape, una puerta para huir en busca del aire fresco?

—Vayamos a cenar a algún lugar apartado, lejos de la metrópoli. El chofer nos espera en el garaje. Esta noche debe ser importante para los dos, tiene que ser el comienzo de algo grande y duradero.

Cris se levanta de la butaca, como si un fogonazo hubiera despostillado su cerebro, ve la realidad de manera límpida y fría.

—¡Esto es una locura! Profesor, es un error, un grave error. Despierte.

—¡¿Cris?!

—Cuando acabe el experimento me marcharé, no sé aún a qué lugar del planeta, pero me iré lejos de todo esto. Estoy segura de que para ti es una gran decepción, pero será mejor así, nunca podremos estar juntos de verdad, tú tienes tu mundo y cuando pongas los pies en el suelo no vas a renunciar a él, y encima yo tengo muchas verdades ocultas que no te iban a gustar y que harían pedazos nuestra relación. Y las que ya conoces, cuando algún día salgan de la oscuridad si continuamos juntos abochornarán al Premio Nobel y a la comunidad que ha seguido su carrera.

—También oculto cosas no muy agradables, pero es mejor dejarlas en el olvido y la intimidad de cada uno ¿Para qué lanzar las verdades al espacio si nos harán infelices? —dice Mornin con severidad.

—¿Qué sabes de mi? —Dice Cris con los ojos vidriosos— perdóname. Me he dado cuenta de que ves en mí una tabla de salvación porque lo que encuentras en tu mundo no te satisface, o acaso lo que hay dentro de ti tampoco te guste, por eso dices que

me quieres, no lo dudo, pero nos destruiremos, ahora lo veo claro, nos aniquilaremos, profesor.

—¡Cris! ¿Adónde vas? Cris, espera, Cris… te necesito Cris.

Avelino Mornin, sin fuerzas para levantarse y correr detrás de su ayudante, siente en su estómago como si muriera parte de él, y no es una angustia cualquiera, es una desazón profunda que lo clava a la butaca sin mover un músculo, con los ojos proyectados hacia la claridad azulada que penetra por la puerta, desde la estancia contigua, por donde despareció Críspula Rolin.

—¿Ocurre algo Señor? —Dice desde la entrada un guarda de seguridad— escuché voces.

—No…, no ocurre nada, gracias, ya me marcho.

Pasados unos minutos, se dirige hacia los ascensores, se encuentra raro, tiene los pensamientos turbios, hacía mucho tiempo que no padecía este tipo de sensación, es como una especie de bombilla opaca situada en su cabeza que crece sin parar, al pensar cualquier cosa crece, al intentar dibujar una imagen, crece; parece volverse loco. De manera espontánea recuerda el sueño que tuvo en su casa hace unos días; tan vívido quedó grabado en sus neuronas que los mínimos detalles le desasosiegan. En aquel maldito sueño Cris huía de mí, advirtiendo lo que me ocurriría, dice en voz alta, y luego estaba aquella carretera pringosa que me atrapaba las piernas, como el foso profundo del Departamento, fétido y aferrador. Algo malo se avecina, son sus palabras crecidas y repetidas, presagio, superstición contra natura científica, la irracionalidad incrustándose en cada circunvolución de su materia blanda. Se agarra la cabeza y grita dentro del ascensor.

—¡Nooooo!

El sonido, como serpiente que tuviera que encontrar una salida a la tierra de la luz, trepa por entre las oquedades del Departamento y encuentra el escape en una chimenea de ventilación. Ahora, el mundo ha escuchado surgiendo desde las tinieblas el lamento de un hombre solo, de alguien que acaba de hurgar en la herida callada, de una persona que como un vampiro dormido acaba de despertarse de nuevo, buscando desesperado el verdadero alimento de su alma, lo que le ha mantenido siempre vivo, lo que le da fuerzas para saberse poderoso, dominador del azar, y muy pronto imagina, que dominará el Universo.

Avelino Mornin es el otro Avelino Mornin, quería restituirse, inconscientemente deseaba afrontar una nueva vida con Cris, que sería la fuente que sanaría sus heridas, pero en estos momentos se ha mudado a la gran bestia, una mutación evolutiva con la que ha

convivido siempre la humanidad. Y lo que menos desea el profesor Mornin en estos momentos es, que se cumpla el sueño y no pueda avanzar por el camino que le conducirá al gran templo de la verdad.

—¿Le ocurre algo profesor? —dice el chofer extrañado por su aspecto sanguino.

—¡Llévame al Barrio Rojo!

Desencajado, y con la faz cubierta de sombras, se miran por el retrovisor, esta vez el chófer aparta urgente la mirada, asustado, y conduce intentando no dejar rastro visual de su presencia. Avelino está clavado en el asiento trasero perdido entre los deseos más poderosos y los recuerdos surgidos de lo más recóndito del almacén de su memoria.

—Déjame en la avenida Andrómeda y márchate.

—Pero, señor, es muy tarde y…

—¡Obedece!

Prudencio, con la preocupación normal de una persona normal, intenta colaborar, acaso ayudar a un hombre del que nunca recuerda que trasmitiera una imagen como la que observa de soslayo en el espejo retrovisor, luego piensa que allá su jefe, que ya es mayorcito, que si tiene problemas será mejor que no se los transmita, que cumple su trabajo y punto. Gracias a la relación secreta que mantiene con Apolonia, se entera de cosas, sabe más de lo que nadie imagina, pero allá ellos con su vida. Aunque luego, se da cuenta que él no es así de despegado, que en ocasiones le gustaría ayudar, pero hoy, precisamente en este instante, lo mejor será cerrar la boca.

El Barrio Rojo está más iluminado que de costumbre, como si una linterna gigantesca le estuviera insuflando neones. Avelino Mornin se baja del vehículo sin despedirse del chófer, comienza a caminar entre el gentío, se gira por instinto desde la acera y observa que su coche aún continúa aparcado.

—¡Márchate!

El grito se difumina entre los elevados decibelios, provocados por el espeso murmullo y las músicas de los locales y puestos callejeros. El chofer lee los labios del profesor y decide arrancar el auto con una cierta preocupación, piensa que no hace bien pero obedece.

A pocos metros de donde le dejó el coche, en este infierno alegre, entra en un callejón, no le convence el sitio y sale de nuevo a la avenida, después penetra en otro, luego, encuentra en uno verdaderamente solitario, silencioso y oscuro, de escasa luz verdosa y olor repugnante. Hace un borujo a la chaqueta, se guarda la

corbata en el bolsillo del pantalón, se recuesta tras unas bolsas y unos restos de maderas, parecen muebles rotos. Se sienta en el suelo, su espalda contra el muro, sus piernas estiradas casi rozan la pared de enfrente. Además del desagradable olor siente un tantán de músicas y ruidos en lejanía, como si en este tétrico lugar un terciopelo enorme amortiguara la voz del Barrio Rojo. Húmedas las piernas, mojado el trasero, acaso el orín de un perro, o la meada de un borracho, pero le da igual, tiene que bajar al inframundo, caer lo más bajo posible para luego elevarse como águila cetrera.

Espera su oportunidad, agazapado, mimético como pantera negra en la selva. El cansancio le obliga a dormir, pero el canturreo de un sujeto lo pone en guardia, el tipo se mueve de una parte a otra del angosto callejón, rebotando en las paredes con lentitud. Se agacha a husmear en unas bolsas, intenta incorporarse, se cae; queda medio tumbado con un codo apoyado en el suelo, con el brazo libre extrae de un bolsillo una pequeña botella de licor, bebe el contenido y la lanza detrás de él sin miramientos. Después de la explosión del vidrio, vuelve a canturrear la misma canción, se incorpora con dificultad. Al profesor Mornin, el sujeto le trasmite candidez, tal vez por el rostro redondo, limpio, con una sonrisa permanente e ingenua. El borracho, parece que descolgara la cabeza de los hombros mientras mira al profesor Mornin, en su boca se retuerce la lengua para pronunciar palabras incomprensibles y se sienta a su lado imitando la postura. Avelino Mornin, como un resorte se levanta, no por el asco de haber sentido el roce y el olor apestoso de ese cuerpo desconocido, es porque necesita algo, se dirige al montón de maderas viejas, rebusca una estrecha y fuerte, el hombre ebrio le mira desde el suelo sonriendo sin percatarse de que puede recibir una tunda; sin embargo, Avelino Mornin al aproximarse al desconocido no eleva el brazo, todo lo contrario, sujeta con las dos manos el pequeño tablón y lo apoya con fuerza sobre el cuello del borracho, este intenta librarse de la presión asiendo la madera, vano intento cuando Avelino pisa con saña la tabla y quiebra, como si fuera una nuez, el cuello de la víctima. Un sonido gutural apagado y sucio se escucha en el callejón silente.

Intenta componer la figura de la mejor manera posible. Fuera de sí, enrojecido, con grandes manchas y desdibujado, el profesor Mornin parece otra persona, toma resuello, y decide escapar de allí. Cerca de la salida, la que limita con la Avenida Andrómeda, unos ojos destacan en la oscuridad del muro. Sabe quiénes son, los que no dirán nada cuando pase delante de ellos, los que se limitan a observar su vida, los que visten con elegancia y nunca sonríen, los

que informarán a quien nunca le delatará porque son más importantes otros asuntos y Avelino Mornin es el clavo ardiendo al que se agarra como última oportunidad una sociedad enferma, necesitada de cirujanos como el profesor que la curen de una vez por todas. Un borracho más o menos qué más da, piensa el profesor, piensan ellos. Pero, esta noche Avelino los mira con descaro, le gustaría que le dijeran algo, que le dijeran qué cojones has hecho tío, o qué ha hecho usted señor Mornin, o está usted loco Mornin, o eres un psicópata hijo de puta Mornin, o lo que sea; y él replicar cualquier cosa, ha sido en defensa propia, ya lo habéis visto, quería robarme, atacarme; aunque le gustaría mejor decirles: puedo hacer lo que me dé la gana. Además, vuestro jefe ¿acaso no tiene en proyecto un pogromo contra los lánguidos del Barrio Rojo? soy Avelino Mornin… ¡Avelino Mornin!

EL CHÓFER, PASEA POR LOS JARDINES junto a la verja de entrada, la inquietud lo mantiene despierto porque sabe que a su jefe le puede ocurrir algo malo. Se siente responsable por haberlo dejado sin suficiente protección en el Barrio Rojo, sabe que los hombres invisibles que lo siguen a todas partes, no suelen actuar ante determinados problemas, y eso intranquiliza su cuerpo. Es la primera vez que fuma compulsivamente al lado de la gran puerta metálica en espera de alguien. Se asoma una vez más a la calle. La noche es templada y nebulosa, un cierto viento comienza con suavidad y acaricia el rostro de Prudencio, presagio del acercamiento de quien domina las ventoleras, los huracanes enanos como tornados chatos que hacen estragos en las almas de algunos hombres.

A lo lejos, donde la curva empina la bajada, unas diminutas luces rojas se escapan de la escena. Es un taxi que dobla la carretera cuesta abajo, alguien se apea con la intención de evitar que se conozca su domicilio. Diminuto por la distancia, se acerca, cansado, con un caminar agachadizo e inestable. Por momentos, parece desaparecer entre la bruma otoñal. Los grandes árboles, a uno y otro lado de la húmeda calzada, arropan al insignificante peatón y se agitan a su paso, como si esa todavía silueta trajera consigo el viento.

Próximo a la puerta de la finca, donde se ubica la Mansión Mornin, la figura adquiere nombre. El chófer respira aliviado al reconocer a la trastabillada persona que se aproxima, pisa la colilla y pregunta mientras abre la puerta peatonal.

—¿Qué le ha pasado?... venga conmigo…

—Déjeme en paz, solo quiero dormir.

—Será mejor que lo haga en mi apartamento, le traeré ropa limpia… apesta. No sería bueno que lo vieran así.

Se dirigen hacia las cocheras, el ruido de los pasos sobre la gravilla es interrumpido por los inesperados silbidos del aire, se levantan remolinos de hojas. Es el de angostura que se imanta a la cumbre de Monterosso, como si la montaña quisiera sujetarlo allí, como la cueva de Tracia para el Céfiro, precisamente en los alrededores de la Mansión Mornin, parece que pretendiera algo desde que el profesor y su familia se trasladaron a la metrópoli, antes era viento ocasional y raro, pero ahora cada vez es más frecuente destapando las pasiones más escondidas y oscuras. Un viento que a juicio de los que lo observan tiene inteligencia, como si se tratara de un ente con vida propia, con impulso autónomo.

—Me ha llamado un policía, un tal… Cabrerizo creo. Parece que anda molestando a todo el mundo.

—¿Quién es todo el mundo?

—Quiero decir, a todas las personas que trabajamos para usted.

—Hijo de puta.

—¿Ocurre algo que desee contarme, Señor? Si puedo ayudar en alguna cosa lo haré con agrado.

—¿Quién eres tú, para que tenga que contarte algo?

—Perdón, no tenga en cuenta lo que acabo de decir.

—Investiga la muerte de Takashi —lo dice con ese aire circunspecto que tienen los que se consideran superiores después de haber echado una bronca, aceptando al final el envite del débil, acaso por necesidad de cariño sin perder su orgullo.

Prudencio calla, no quiere continuar la conversación por esos derroteros, barrunta algún acontecimiento inesperadamente anómalo en ese asunto y no está tranquilo con el estado en el que ha llegado el profesor Mornin, se dice que será mejor colaborar y tener la boca cerrada. Después de tantos años juntos, nunca lo vio transformado de esa manera, las protuberancias del rostro ofrecen una sombra permanente que no tiene nada que ver con la incisión o la posición de la fuente de luz al iluminar el extraño semblante. A eso, añade que la cabeza aparenta haber oscurecido virando al caoba pálido, y tan manchada que muestra un aspecto repulsivo y olvidado se sí mismo. Los lamparones y el mal olor que despide el traje le imponen menos que sus palabras en apariencia desconectadas de la mente; pero, es su voz la que provoca en Prudencio una intranquilidad amplificada, se ha convertido por momentos en un hilo de aflautadas gallerías melosas.

Avelino Mornin, después de ducharse en el apartamento del chófer, se viste con un sencillo chándal. Prudencio introduce las ropas en una bolsa de plástico después de entregarle todos sus efectos personales y se queda pensativo mirando cómo se marcha a sus aposentos. Es todo muy insólito, no huele a alcohol, será otra droga, está como ido se dice con la curiosidad de saber dónde estuvo.

El profesor, entra en la mansión por la puerta de servicio después de atravesar las cocheras y las dependencias de jardinería, luego deja atrás varias salas antes de situarse en el hall principal. Decide subir a su habitación, al pasar junto al secreter que está adosado al vano de la escalera, se percata que tiene correo personal acumulado. Llama su atención un gran sobre elegante, blanco y dorado, lo abre, son las invitaciones para el concierto

conmemorativo del dieciséis aniversario de la Fundación Hombre y Cosmos, a la cual pertenece como miembro de honor; se celebrará en el Auditorio General a cargo de la Orquesta Filarmónica de Moscú que interpretará entre otras piezas la Sinfonía de la Nueva Era de Eliacer Malinas. El concierto estará dirigido por el propio compositor. Con las cartas en la mano, comienza a subir la gran escalera circular con destino a su dormitorio. El silencio es absoluto, la insignificante luz es de luna, penetra en la vivienda por los altos ventanales y el lucernario de vidrieras que conforma la cúpula del hueco de las escaleras, suficiente claridad para que Avelino Mornin se mueva con soltura por todas las dependencias. En estos momentos, se ensimisma por algo sumamente anormal, las cortinas y otros objetos livianos se mueven. A qué se debe la agitación si todas las ventanas y puertas al exterior están cerradas. Lo persigue el viento de angostura que traspasa muros, lo sigue como si fuera su amo, el ser que puede elevarlo a categoría más alta, y le inyecta una sensación ya dentro de su cuarto, tiene un hambre atroz, como si el viento le insinuara toma fuerzas, te necesito poderoso para que me hagas grande.

Baja de nuevo la escalera a zancadas con dirección a la cocina. Sangre, ese es su pensamiento. Nunca antes contempló la sangre de sus víctimas, fueron muertes asépticas; despeñados, arrojados desde viaductos, balcones o empujados al mar. La imagen del infeliz vagabundo borracho acude a su cabeza, recuerda el instante después del fatal golpe con la tabla, y visualiza un hilillo de sangre que le corría desde la garganta al suelo, efecto sin duda de la percusión con la madera. Este flash mental acelera su metabolismo y vuelve a sentir una punzada de deseo en el estómago. Comer. Relaciona la sangre con la comida y obtiene un doble sentimiento placentero. Abre el frigorífico y la tarta que aparece delante de sus ojos se convierte en objetivo. Con ella encima de la mesa comienza a revolotear alrededor por toda la cocina mientras tararea una danza húngara de Brahms, el compositor que más se parece a la música de moda, la del íbero Malinas. Definitivamente, mañana acudirá al concierto, de la mano de Olga, su bella Olga. Una etapa se está abriendo en su vida, tendrá que ver seguramente con la previsión de resultados óptimos en el experimento que tendrá lugar dentro de dos días. Come con especial fruición el gran pastel de nata, engulle. Azúcar. Necesita grandes cantidades de azúcar para reponer su cuerpo del fatigoso esfuerzo. Quizá sea el alimento necesario para volver a ser el otro Mornin.

—LAS VERSIONES DE LOS TESTIGOS coinciden, el tipo chamuscado salió por la puerta del copiloto y al instante se convirtió en una bola de fuego que corría por mitad de la calle, ante la mirada atónita y el griterío de los presentes. El vehículo salió quemando goma, pero ninguno de los que allí estaban logró ver el rostro del conductor o tomar nota de la matrícula. Fue un efecto de prestidigitador, mirad al bonzo mientras me disipo. No creo que fuera un suicidio, el tipo chamuscado estaba hasta arriba de queroseno, puso los pies sobre el asfalto pensando que aún tenía una oportunidad de huir, pero se produjo lo que más temía. Se llamaba Lomas, Ernesto Lomas, ha muerto achicharrado a primera hora de la mañana, a la puerta de su casa. Cuando visualicé el resultado de la única cámara que lo grabó, fue suficiente para reconocer al hombre que quiso acabar con mi vida la noche pasada. La grabación ha confirmado que el vehículo era un Adamastor-Z3 propiedad del fallecido, pero al conductor lo ha filmado por el lado contrario y no se ve su rostro, tampoco ningún otro detalle que pueda ayudarnos, aparece una sombra marrón incompleta. Al tratarse de un barrio residencial apenas hay cámaras, y las que vigilan están muy dispersas… ¿El vehículo? Lo dejó tirado a pocas manzanas del suceso, lo están examinando.

—¿Estás seguro de que fue quien intentó matarte? —Preguntó con inquietud el Jefe Lombardo.

—Segurísimo —dijo el detective Cabrerizo—, la misma cara de pánico que cuando sintió el brillo de mi revolver, corría como un antílope. Alguien más se está poniendo nervioso, la única persona que sabe que hablaría con Lomas es la mujer del profesor Mornin. Y qué casualidad que me encuentro esta mañana todo el fregao cuando precisamente me dirigía a casa del muerto, para entrevistarlo. ¿Qué hago jefe? Esto se está poniendo de periodistas y curiosos hasta arriba.

—No hables con nadie de este asunto, espera instrucciones.

—Se me olvidaba. Ya comprobé que a la hora de la muerte Mornin estaba en su despacho y su mujer aún no había salido de su casa, el incendiario es otro aunque siga sospechando de ellos, pienso que encargaron a Lomas que se deshiciera de mi, y como no lo consiguió se lo han cargado para que yo no pudiera hablar con él.

—Pero… si fue su mujer quien te dio el nombre de Lomas...

—Entonces es el marido, que no quiere verse involucrado en un caso de asesinato, y con su posición…

—No se te ocurra dar un paso sin informarme, y no saques conclusiones sin más. No me encaja nada de lo que dices.

—Jefe, creo que al japonés lo mataron, aunque no tengamos pruebas, el móvil lo intuyo y por eso me asesoraré de una persona cercana al mundo científico para que me aclare varias cosas. A lo mejor estaban metidos en algo gordo y lo desconocemos.

—¡Joder, espera instrucciones! —exasperado el Jefe Lombardo.

—¿Por qué matarlo a la puerta de su casa? precisamente ahí. Eso tiene que significar algo, el asesino deseaba que todo el mundo lo viera… jefe… ¡jefe!...

El detective Cabrerizo guarda el pequeño teléfono en el bolsillo interior de la arrugada chaqueta de lino y se encamina hacia el bar que está al otro lado de la calle, a esperar las instrucciones precisas del Jefe Lombardo. Nota un olor desagradable al entrar en el establecimiento, a esas horas de la mañana está lleno de gente, el olor es a pelo quemado y piensa que debe tratarse aún de los efectos de la quemazón de Lomas, como si una parte del muerto se hubiera quedado a vivir entre la cerveza, piensa que acaso el muerto le tiene apego al bar que frecuentaba a diario y su alma se quedará todo el día a oler los cruasanes calentitos con mantequilla y el humeante café mañanero, la cerveza tostada, el vino peleón y las grasientas frituras en aceite de maíz. Luego virará y virará entre la parroquia de bebedores en inverosímiles piruetas disfrutando de la vacuidad, y si le toma gusto al asunto, el bar olerá por los siglos de los siglos a incineradora.

Veintidós. Vuelve a contar de manera histérica, incluyendo al barman veintidós.

—Solo, doble, bien cargado ¡ah! y una bola de esas —señala con su mano derecha y nota un escozor muy desagradable en el hombro, ya no se acordaba de la firma que le dejó Lomas—, dámela bien frita y un chupito de whisky.

—Veo que por la mañana se nutre bien, sin combustible de alto octanaje no podremos emplearnos en cualquier cosa —dice el viejo que está a su derecha, sin levantar la cabeza de la barra.

—El whisky es para limpiarme los zapatos.

—Pues ha tenido suerte, el de aquí es el peor del mundo.

—Entonces lo probaré para comprobarlo.

El detective Cabrerizo se nota un punto encorsetado, le gustaría que hubiera menos gente, tener más espacio para arrellanarse sobre el taburete y poner cómodamente los antebrazos sobre la barra de acero inoxidable. Tiene controlado a todo el personal del bar, hace deducciones intentando adivinar su profesión, si están solteros o

casados, su clase social, etcétera, lo hace más por entretenimiento que por deformación profesional. Cabrerizo se cree muy listo, dice que siempre acierta, pero quién lo sabe, después de los ejercicios deductivos es evidente que nunca se comprueba el resultado. De uno de los presentes no logra averiguar gran cosa, lo tiene descolocado, se dice que es un tipo raro, está de frente en la curva opuesta de la barra y se miran, Cabrerizo con el descaro de un detective que se parapeta tras sus gafas oscuras y el tipo raro con una cierta suficiencia que no encaja, por arrastrar unas facciones dignas del hombre más acomplejado y fatal que pueda existir. Las miradas cambian de rumbos cuando les sirven las consumiciones, el tipo raro bebe té con limón. Le brilla la cabeza, parece envuelta en grasa.

Esperar la llamada que tiene que recibir del CIC le desespera, le gustaría que le autorizaran de inmediato a rebuscar en la casa del muerto; no era un profesional quien le disparó, tal vez no se deshizo del arma, seguro que la encuentra para que la puedan disparar en balística y comprobar si coincide con la bala encontrada en el callejón del antro llamado “Mano lenta”, tiene gracia la cosa, mano lenta al desenfundar el revólver, está perdiendo facultades. También desea revolver la casa de Lomas porque le atrae sobre manera comprobar qué podría guardar un científico solitario, son gente distinta se dice mientras engulle la fritura entre sorbo y sorbo de café.

El viejo de su derecha bebe de una taza emitiendo una pedorreta insufrible, parece que tiene labios de goma, descolgados y lacios. Cabrerizo se aparta al girarse hacia él, no quiere que le salpique nada.

—Imagino que todos son asiduos menos yo —dice sin dejar de masticar.

—Desde que se quemó el tío ese no ha dejado de entrar gente rara —asevera algo molesto el anciano.

Al escuchar la última palabra, dirige su mirada al otro lado de la barra buscando instintivamente al hombre del té con limón, pero ya no está, sus ojos escudriñan entre la gente, una milésima de segundo y se esfumó. Parece que fuera un detective novato, aunque Cabrerizo para no dejar de ser él mismo, piensa que la culpa de su falta de reflejos la tiene Marcela, después de curar su hombro estuvieron buena parte de la noche dándole, reconoce que casi todo el trabajito sexual lo hacía ella pero fueron muchas sensaciones para un solo día las que le dejaron exhausto. Esta mañana se nota más que cansado, con un cierto bajonazo por todo lo ocurrido ayer.

Marcela se comportó como una madre, y él, que parecía que se iba a comer el mundo, se dejó llevar, Marcela es una tipa dura, pocas bromas con Marcela, ha tenido mala suerte en su corta vida, es de esas que no tienen punto medio, saldrá adelante o aparecerá muerta cualquier día en el callejón del "Mano lenta", no por las drogas más bien por no cerrar la boca. Lo de la visión fantasmal en el apartamento se da cuenta que no quedó muy claro, fue tal vez fruto de la nueva sustancia china o que Marcela estuvo a propósito tan cariñosa para cuidarse de Cabrerizo y que no sospeche; pero no lo cree después de escuchar las últimas palabras de la punki, recuerda que dijo que con él estaba segura, que hay tanta mierda suelta que se estaba cansando de cubrirse las espaldas a cada minuto, que nunca había conocido a un madero tan enrollao como él, y esas tonterías que dicen las mujeres cuando se ponen melosas aunque sean punkis. Esa idea que tiene Cabrerizo de la mujer le ha traído no pocos problemas, cada vez se encuentra más aislado emocionalmente en un mundo tan cambiante, donde la ambigüedad acaso sea el mayor revulsivo contra el machismo. El olor a cuerno quemado, ahora se hace insoportable.

—Cabrerizo… supongo.

Tiene al hombre del té con limón a su izquierda, ligeramente retrasado, se obliga a girar sobre el taburete, se miran, El detective se quita las gafas, el sujeto le provoca una intranquilidad a la que no está acostumbrado. La cara parece de plástico y con la luz cenital del bar su piel ofrece sombras de brillos acerados, como si fuera la cabeza de un muñeco. Los ojos hundidos y pequeños parecen lejanos entre las órbitas, apenas sin nariz y una sonrisa torva en labios que parecen dibujados con un fino tiralíneas. Su voz le suena, su cara tampoco le resulta desconocida. Cabrerizo está aturdido, por eso continúa mirándolo sin levantarse del taburete con más cara de bobo que de sorpresa. Ahora consigue describirlo con precisión, parece un rostro embalado en papel de celofán.

—¿Nos conocemos? —dice el detective dejando la boca abierta.

—¡Acompáñeme!

El detective Sergei Cabrerizo, como si fuera un zombi con amo, se levanta sin rechistar, el fiel escudero sigue la voz de su señor. En estos instantes ha quedado atrapado por alguna suerte de hipnosis con final incierto. El teléfono móvil no para de sonar en el bolsillo de su chaqueta, pero vano intento del Jefe Lombardo cuando su acólito está ensimismado en otros asuntos.

—¡Eh, oiga! ¿No va a usar el limpiador de zapatos? —dice el viejo al verlos marchar. No espera a que desaparezcan entre la

gente para beberse de un trago el líquido del pequeño vaso.

“Gente rara”, se le escucha decir al viejo mientras se sacude el escalofrío que le provoca el bebedizo.

AL ANCIANO ARQUITECTO Martín Misa le encargaron el proyecto del Auditorio General. No hubo concurso de arquitectos, el Presidente le dijo en persona que quería algo parecido a la Casa de la Música de Oporto, proyectado hacía muchos años por su maestro el holandés Rem Koolhaas. El edificio luso debería de parecer un juguete comparado con el futuro Auditorio General de la metrópoli. Martín Misa, aunque con pocas fuerzas para proyectos megalómanos, aceptó el reto. El Presidente, deseaba que la sala principal del auditórium sostuviera una bóveda donde proyectar el firmamento, como si se tratara de un grandioso planetario, y poder escuchar toda la música de la Nueva Era, la que compuso Eliacer Malinas cuando China firmó la paz. Dentro de unos minutos, mientras suenen las notas de la sinfonía, se proyectarán las constelaciones de Orión, Géminis, Tauro y el Auriga, con un nivel de detalle y colores que harán las delicias de los privilegiados asistentes, parecerá que navegan por esos lares del infinito Universo acompañados de la que dicen es la más bella música compuesta por el hombre.

Dos personas principales no asistirán, se esperaba su inexcusable presencia pero están consternadas por la muerte de un compañero y amigo, Ernesto Lomas, profesor y científico que ha dejado honda huella primero en la Universidad Estatal de Luanda y más tarde en la Metrópoli. Lomas, ha sido pieza clave en el desarrollo y posterior construcción del Mutador de Partículas y miembro, al igual que el profesor Mornin, de la Fundación Hombre y Cosmos. Por todo esto, y después de hacerse eco la noticia de su fallecimiento en extrañas circunstancias, está previsto que se mantenga un minuto de silencio en su memoria. Además, dirigirá al público unas palabras el secretario general de la Fundación, panegírico breve que relatará la figura humana del fallecido, sus logros, aportaciones y colaboraciones en el campo de la física, especialmente su relación con el Premio Nobel Avelino Mornin.

Esta noche, El Auditorio General y aledaños lucirán tanto como el día de su inauguración, cuando al profesor Mornin le acababan de conceder el Nobel. Aún perdura en el recuerdo de los asistentes la elegante y espectacular gala de música en honor a Avelino Mornin y al difunto Takashi Matsumoto. En aquella ocasión, la Orquesta Estatal Ibérica interpretó la Sinfonía del Nuevo Mundo de Antonín Dvorák y una obra extensa de Eliacer Malinas titulada El triunfo de Júpiter corresponde a los Titanes. Malinas no pudo asistir porque se encontraba por aquellos días con una fuerte depresión,

acaso melancolía amorosa.

El concierto de hoy, aunque de dominio público, es un homenaje secreto a la prueba experimental que se culminará mañana en el Departamento, y a pesar de la muerte de Lomas no se suspenderá, por orden taxativa de su máximo responsable, quien expresó a sus directos colaboradores que la muerte de su mejor amigo no será óbice para adentrarnos en una Nueva Era, está todo preparado.

Se prevé cubrir las cinco mil localidades de asiento y las mil de pie en los palcos. En el inmenso recibidor, llamado Sala Babel, lugar de llegada y despedida donde la gente habla sin parar en distintas lenguas, surgen los elevadores transparentes en un frenético sube y baja, de donde salen numerosas personas luciendo sus cabezas sin pelo, a la moda de estos tiempos. Al principio, las mujeres se rasuraban sin parar, siendo un inconveniente tener que estar a diario pendientes del afeitado, hasta que apareció el Zeropil, esas pastillitas de color verde se han hecho tan famosas que casi todas las personas las toman durante una buena temporada hasta que desaparece cualquier resto de cabello en el cuerpo, y es que hasta la pelusilla es considerada primitiva y soez. Suerte tienen las nuevas generaciones de humanos, una preocupación menos al nacer carentes de vello por modificación genética. Todos recuerdan que al principio era visualmente raro contemplar a las personas sin pelo, lo que más extrañaba eran las nuevas expresiones de rostros sin cejas ni pestañas, al final mudó la idea estética de “el otro”, y aunque en Argentina quedan comunidades aisladas con pelo en el cuerpo, se cree que están a punto de la extinción. A la rara sensación del sin pelo, se sumó la ambigüedad. La sociedad global es ambigua, extremadamente ambigua cuando en infinitas ocasiones es difícil distinguir a un hombre de una mujer. En otros aspectos de la vida también se está construyendo una imagen de uniformidad, sobre todo cuando no se puede distinguir entre dictaduras, democracias, partidocracias, y cualquier otro modelo confuso de opresión; constituyendo un orden de embarazosa definición.

Las damas que acceden al recibidor están elegantísimas, el colorido es espectacular, algunos tatuajes en las cabezas son de magnífico efecto tridimensional. Críspula Rolin hace entrada en estos momentos, provoca un ligero murmullo cuando los presentes observan su altura, belleza y distinción. Puede observarse también a Carita Olson de la mano de su gigante Apolo Ngonda quien le advirtió del concierto, raro que a una mujer tan informada se le hubiera olvidado semejante evento; también están el Detective Jefe Lombardo y su hija Lubina Lombardo, asoma el amanerado

discípulo de Indra Devi maestro Barrado, varios ministros, compañeros del Departamento y varios prestigiosos matemáticos y físicos venidos de otros países, embajadores y demás personalidades llenan poco a poco la Sala Babel. Falta un puñado de minutos para que haga acto de presencia el director de orquesta y el Presidente.

Cris, está nerviosa porque Ilia Petrova aún no ha llegado. Avelino Mornin encargó encarecidamente a Cris por teléfono que invitara a la rusa, adujo como principal motivo que actuaba la Orquesta Filarmónica de Moscú y que seguramente le gustaría asistir y añadió que también podría servirle de relax para que al día siguiente estuviera en condiciones óptimas de afrontar el experimento. Cris cumplió la orden de su jefe y a Ilia Petrova le hizo una ilusión enorme, por eso no comprende como aún no ha llegado. La llama por teléfono pero continúa desconectada.

Estalla una fuerte ovación. Todos se apartan para abrir un pasillo y recibir con admiración al maestro, al genial magister ludi, al más grande músico, al genio que supo pulsar con sus notas el corazón de los guerreros y acelerar la paz repartiendo por el mundo conciertos y bellas palabras, al hombre que logró ganarse a los irreflexivos políticos con la música y su bondad. Suena en su honor j'ai perdu mon Eurydice, de la ópera Orfeo y Eurídice de Gluck, en la voz de la Callas, más de cuatro minutos de placer intenso fruto de la grabación histórica de mil novecientos sesenta y uno; después de casi cien años, a los presentes se les erizaría el vello si lo tuvieran. Ahora, entra el Presidente mientras suenan las notas del Himno Estatal Ibérico. Todos los que asisten, bajan las cabezas demostrando sumisión y respeto al líder. Cuando termina el himno reverberan los murmullos y los aplausos en la gran sala, lo saludan los regidores de Metrópolis y Moscú; el líder, con un gesto solemne se hace acompañar por ellos. Se acerca Malinas, se abrazan y hablan, la gente vitorea, algunos incluso lloran, otros ríen nerviosos, el ataque de neurosis colectiva es casi pleno. El Presidente se dirige con su séquito a la puerta general que da acceso a los palcos, se acaban de abrir el resto de puertas de entrada al auditórium.

El Presidente, para estas ocasiones, además del séquito normal, siempre se hace acompañar de una mujer barbuda, en señal y demostración del horror grosero que supondría retroceder a los limpios y puros principios de la uniformidad. La barbuda, provoca siempre exclamaciones de asco y comidillas entre los asistentes cuando la ven de cerca. Junto a esa mujer de luengo cabello, avanza con paso raro y torpe de cadera, un robot humanoide que hace

siempre las delicias de los presentes por su simpatía y gesto, amén de la voz pituda y vibrante; el mandatario lo lleva consigo para que las gentes de la metrópoli sepan que la Nueva Era ha llegado y no hay vuelta atrás.

Eliacer Malinas, se despide del Presidente para encaminarse a la sala contigua al escenario donde le recibirá el concertino Pedro Mijailov que está junto a la orquesta, donde se ultima la afinación. Tiene que caminar por un pasillo en bajada y paralelo al graderío. Antes de penetrar boca adentro del túnel levanta la mirada y reconoce a Cris que destaca por su altura, se queda petrificado, ambos se hacen un discreto gesto con la mirada, está tan bella, pero hay tantas personas entre medias y tiene tanta prisa el músico que reacciona y continúa sus pasos con brillo en los ojos, un fogonazo de luz ha inundado sus neuronas y se dice que la música escogida para su recibimiento no puede ser casual, es un signo llovido de algún lugar que se escapa de nuestro intelecto, él, como Orfeo, es músico y con sus notas desvió la atención a sus compañeros de viaje del canto de las sirenas y durmió a la serpiente que nunca dormía.

A Eurídice, una ninfa como Cris, la convierte en su mujer que muere por la picadura de una serpiente y tiene que rescatarla del infierno y traerla de vuelta al mundo de los vivos ¿Entonces? ¿En qué infierno está su amor? ¿Qué serpiente la trasladó a ese mundo oscuro? Eliacer Malinas, sabe que el final de la historia mitológica no sale bien y Orfeo pierde para siempre y en el último momento a su amada, pero eso ocurre en la mitología, a Cris tiene que rescatarla y salvarla de algo que desconoce, pero ¿de qué? y si no ¿por qué está ella aquí, en este preciso momento, mirándole con fijeza? Que sincronía, ¿qué efecto azaroso del Cosmos provoca esta situación? Se pregunta sin cesar.

Hace tantos años que no se veían, al bello andrógino le apetecía muchísimo volver a encontrarlo, por eso cuando recibió la llamada de teléfono del profesor Mornin descargó un gran peso de su mente, pensaba cuando sonó el aparato que sería para hablar de lo sucedido en el Departamento, para retomar aquella charla que más fue una declaración de intenciones unilateral del profesor hacia ella, donde le planificaba su futuro y su vida. Al aparato, los nervios la ofuscaban, dejó que hablara Avelino Mornin y ni una palabra del asunto, solo la invitación para el concierto y la recomendación para que Ilia Petrova asistiera, acaso estaba tan triste por la muerte de Lomas que no se acordó, o efecto de estar concentrado en los últimos detalles del experimento, pero la voz de Mornin era distinta parecía otra persona a pesar de reconocerlo. Cuando escuchó que

Eliacer Malinas estaba en la metrópoli su corazón vibró en armónicos, nunca pensó, aunque preveía que lo tendría cerca en el escenario, que podrían cruzar las miradas.

Críspula Rolin, a pesar de la emoción, se acuerda de Ilia Petrova, intenta identificarla entre las pocas personas que quedan en el recibidor. No ha llegado, llama de nuevo, el teléfono de la rusa continúa fuera de onda. Casi todo el público está acomodado y Cris continúa sin saber qué hacer, si ocupar su localidad o seguir esperando fuera. Se escucha un gran murmullo de fondo y la afinación en el escenario, los músicos sentados. Se abre la inmensa bóveda dispuesta a mostrar el firmamento. Aparece Malinas. Aplausos… Comienza el concierto.

DESPUÉS DE LA IRRACIONALIDAD de la situación, Ilia puede preguntar qué está pasando, o espetar de manera imperativa un suélteme se ha confundido de persona, o un esto no me puede estar ocurriendo; sin embargo, la Petrova sabe que cuando suceden estas cosas alguien quiere algo y ella comienza a perder la paciencia.

—¿Qué quiere de mi? Esto no son las instalaciones de la policía ¿Adónde me lleva?

Sergei Cabrerizo, convertido en autómata continúa mudo desde que esposara a Ilia cuando entraron en el viejo Ford. Ahora, se disponen a subir las tres plantas que separan de la calle el pisito del detective. Literalmente, cazó a Ilia a la salida, cuando se disponía a tomar un taxi junto al Departamento, estaba impresionantemente bella arreglada para el concierto —en estos turbios momentos algo despeinada—, con un ceñido vestido de seda y látex del color de la fresa madura dispuesta a disfrutar de su amada orquesta rusa, y con ganas de llegar al Auditorio General pues ya iba tarde. Cabrerizo mostró la identificación y la rusa sorprendida no opuso resistencia al escuchar el argumento típico de regularizar unos documentos. Tantas molestias le dieron los de Inteligencia que una más de la policía parecía normal, pero observó algo extraño en el detective y cuando quiso reaccionar ya estaba esposada en el auto. Un par de ojos con traje siguieron al viejo Ford, torpes para no perder de vista a un detective dominador del Barrio Rojo, y dio esquinazo a esos tipos en el distrito de Los Argentinos, su morada. El azar quiso que Ilia se entretuviera en ultimar algunos pequeños detalles sobre la viscosidad del suero que se empleará mañana en el experimento, por esa razón quedó rezagada de los compañeros que acudieron al concierto y sobre todo de Cris, que fue la primera en partir.

—¡Eh! Una nueva… ¡Chicas! ¡Una nueva!

Vocea una puta, alertando a otras tres que están en la esquina opuesta. Gentes en las ventanas, ojos tras los vidrios.

—¡Vaya cuerpo! ¡Pronto te lo van a modelar! —grita otra.

Ilia Petrova desboca su corazón aunque demuestre entereza. Se acuerda de las advertencias narradas por su madre, en una época no muy lejana secuestraban con engaños a multitud de jovencitas ucranianas para después explotarlas sexualmente en cualquier parte del globo. “Cuídate Ilia Ivanovna Petrova, cuídate mucho pequeña”. Mámoschka.

El teléfono móvil de Cabrerizo suena sin parar. Ascienden con lentitud peldaño a peldaño, Ilia se frena porque no sabe lo que va a encontrar más arriba, Cabrerizo está ralentizado por una suerte de

hipnosis desconocida hasta el momento, que bloquea en parte su acción motora. El cañón del treinta y ocho no se aparta de la cadera de la bella rusa. Se oyen gemidos desde el rellano del primero, no se puede concretar si son de sufrimiento o de placer. Puertas que se cierran. Golpes sordos, como amputados por mantas que amortiguaran los efectos. Un grito. Es el chillido de un niño. Silencio. Ahora, el murmullo del ruido de la calle se escucha cercano a pesar de haber subido dos plantas. La escalera parece acogotar el aire. Una sensación de intranquilidad provoca un estrés en Ilia Petrova y siente que le han robado el pensamiento, de pronto tiene unas ganas enormes de orinar, no es capaz de aclarar la mente, sus pulsaciones se aceleran en dirección al infinito. No puede imaginar lo que le espera, lo primero que aterriza en su cabeza es la trata de blancas referida por su madre, o algo parecido, una violación, la esclavitud, perder la identidad, el vacío profundo, convertirse en otro ser amorfo, para qué entonces tanta matemática, a qué tanto esfuerzo, qué sentido tiene lo anterior si lo posterior es tan repugnante, ¿por qué la vida que ha llevado hasta ahora si le espera la inmensa negredad?

Cabrerizo la empuja sin excesiva violencia, para que atraviese el hueco que deja la puerta abierta del apartamento. Una pequeña lamparita ilumina a duras penas la entrada, el resto oscuro. Cuando sus pupilas se habitúan al entorno, observa en el fondo de la habitación un ligerísimo contraluz, ofrecido por los finísimos haces de luminaria polvorienta que se clavan en la estancia, abriéndose paso entre los huecos de las lamas casi cerradas de la persiana de madera, y contorneada una silueta, no sabe si de hombre o mujer, hasta que habla.

—Siéntese, Ilia Ivanovna Petrova —se escucha la voz pausada y bronca de Rosman.

Cabrerizo obedece de igual forma, aunque la orden no fuera expresamente dirigida a él. Ilia, intenta recordar dónde ha escuchado antes esa voz pero la tensión es tan grande que no acierta a concretar sus pensamientos a pesar del olor a pelo quemado, el perfume del hombre de la cara de celofán. ¿De dónde, de qué, recuerda ese olor?

—Cuando regrese a su casa no se acordará de lo que ha sucedido, si colabora, no le ocurrirá nada malo ni a usted ni a su familia en Moscú. Pero, antes, tome con cuidado la pipa que humea sobre la mesa y fúmela, no tardará más de varios segundos en consumir las pequeñas ascuas que contiene. Ningún efecto secundario, no tema.

—¿Y si me niego?

—Entonces, el detective Cabrerizo actuará contra usted con diligencia.

—¡¿Quiénes son?! —dice Ilia fuera de sí, creyendo reconocer esa voz.

—¿Qué más da? ¿Salvadores del mudo? ¿Vengadores? ¿Asesinos? ¿Ladrones? A usted no le pasará nada.

Cabrerizo toma la pipa y se la ofrece, evita la resistencia de Ilia y pone delante de su rostro el pequeño objeto, parte del humo que emite es respirado por la rusa, tose. La emanación hace efecto y relaja sus músculos, las pulsaciones bajan de golpe, apoya su espalda en el respaldo del sofá. Cabrerizo la obliga a fumar, vuelve a toser.

—Basta Cabrerizo —dice rotundo, Rosman—, ya es suficiente.

Se acerca a Ilia, con aire imperativo y claro pero sin estridencia comienza a hablar.

—Usted Ilia, ha trabajado toda la tarde y noche, preparaba todo lo necesario para el experimento de mañana. No conoce a Cabrerizo, nunca ha estado con él, no me conoce, nunca ha estado conmigo, no reconocerá nunca nuestras voces, no reconocerá los lugares y…

El monólogo se prolonga durante unos minutos, la habitación se vuelve oblonga, elástica, como si dormitara sobre el chicle baboso de un gigante, y Rosman decide terminar su discurso autoritario, dándose cuenta que el detective también está sufriendo los efectos del humo narcótico.

—…la luz ámbar, sí, cuando se encienda la luz ámbar entonces Usted, Ilia Ivanovna Petrova, escribirá en la pantalla la orden recibida.

Después de recibir instrucciones tan precisas, desde que salió del apartamento de Cabrerizo, han trascurrido aproximadamente cuarenta y cinco minutos. Ahora yace sobre la cama, todo parece dar vueltas y tiene un fuerte dolor de cabeza. Se pasó la hora del concierto y ella sin enterarse, sin haber podido asistir, imagina que ha trabajado demasiado, tal vez por el estrés de los preparativos del experimento. “Tonta Ilia, tonta,” se dice. Tiene que llamar a Cris, pedir disculpas, busca el teléfono y se pregunta qué hace vestida de calle, por qué se quedó dormida, imagina que se deba al cansancio acumulado. Amontona sensaciones y recuerdos confusos ¿cómo llegó a casa desde el Departamento? Un taxi, sí, seguro, también hay figuras, sombras chinescas, pesadilla con personaje siniestro, se dice que acaso soñó profundamente.

En la plenitud de la noche, lloriquea abrazada a la almohada antes de volver a sentir los vapores del sueño, lo hace porque en estos momentos piensa que no existían motivos suficientes para dejar a su madre, a su novio, a su maestro, a…, también llora por el profesor Mornin abatido por la pérdida de Lomas, por la inseguridad que recorre sus venas y su piel ante la responsabilidad del experimento, porque hay momentos transcendentes en la vida donde las dudas y los arrepentimientos son parte de la lógica del hombre, aunque luego continúe su camino. Tiene que tomar un tranquilizante, lo hace y sale a la terraza, con la almohada como si fuera su osito de peluche, algo para agarrarse cuando experimenta una cierta caída al vacío de la vida. La brisa del cálido otoño parece un masaje facial, se sienta a contemplar los anillos de luz de la metrópoli, se concentra en el fulgor del Barrio Rojo y queda dormida a la intemperie hasta que los primeros rayos de sol despierten su alma y su apetito.

Lejos de allí, en el Distrito de Los Argentinos, las farolas escanean la sordidez de los cuerpos, algunos semidesnudos a la espera, a la eterna e infinita espera… Y al pasar junto a ellos se quedan impresos en la retina del viandante como si fueran amargas pinturas de un tenebrista urbano, capaz de revelar el dolor de las almas perdedoras pero tiernas. En el sucio apartamento, tercero izquierda ascensor, el detective Cabrerizo está tirado en el suelo, amordazado y drogado. Rosman fue quien devolvió a Ilia Petrova a su casa, nunca dicho con más propiedad: la casa del cara de celofán, que cedió en alquiler ladino a la rusa como si fuera mandato de Cris.

DESPUES DE REVOLOTEAR por el noble comedor, Apolonia parece moverse con la destreza y la elegancia de un cisne entre carámbanos, los semblantes fríos de Olga y Avelino que se miran desde los extremos de la larguísima mesa, con los ojos tiernos casi descolgados de sus recipientes. Levanta la sopera con la gracilidad de una bailarina en puntas, para retirarse en dirección al office donde puede hablar con las compañeras de la situación apagada y áspera del ambiente a pesar de la luminaria.

La cena, como las que ocurren a diario cuando coinciden juntos los señores, es un espectáculo de luz y de sonido. El ruido lo pone el trajín del servicio y la envoltura de la música que tapiza los oídos de grandiosidad. Tannhäuser. Se escucha el coro de los peregrinos mientras devoran coles fermentadas con una salsa indescriptible y olorosa. Beglückt darf nun dich, o Heimat, ich schauen. La melancolía hecha imperio, o mejor, de la melancolía el nacimiento de un imperio. Los íberos, esbirros, grandilocuentes y amanerados, del gran poder allende los pirineos. La Nueva Era, hereda de Wagner la estética preparatoria, levantaos con la música de Malinas, el gran maestro que acaba de tocar en el Auditorio General, aclamad al líder de la república del imperio, el que ha fabricado la paz excelsa, el que ha fabricado al pueblo fiel, construido poco a poco, despacito, primero ofreciéndole elementos que le hicieron creer libre, después abarrotando las estanterías de los hiper con productos manipulados y modificados con objeto de teledirigir sus neuronas, y más tarde ofreciendo a los súbditos la imagen y el sonido que les hace felices en la nueva felicidad.

En el comedor, además de la música, la vista se nutre con una pantalla textil que se extiende por casi toda la pared a la izquierda del profesor Mornin, un muro visual de diez metros por tres que emite en tridimensión casi holográfica el desarrollo de la ópera. Olga, ha escogido la versión germana representada en Berlín diez años antes por el castrado Beluga y el famosísimo barítono Godofredo Alemán, del que todos los melómanos recuerdan su triunfo en La Escala con la versión rusa de La Pasión Dolomita; allí dijeron que barritaba en los finales y las lámparas de araña tintineaban de gusto. A Olga, ya que no pudo asistir al concierto de Malinas, le hubiera gustado que transmitieran el evento musical, pero es sabido que los actos lúdicos a los que acude el Presidente no se ofrecen en directo.

Las imágenes de la pantalla textil irradian de antorchazos las caras, los comensales no desean otra iluminación en la sala, y las

cabezas lampiñas de la pareja de comedores de coles se llenan de sombras, destellos e irisaciones, a veces parecen de arcoíris. Resalta el brillo de sus ojos, no se sabe si por lacrimosidad en recuerdo de Lomas, o por cansancio visual.

Los sirvientes, parecen desplazarse, moverse, contorsionarse e incluso responder casi a grito, al ritmo del castrado. Allmächt'ge Jungfrau, hör mein Flehen. La severidad que emplean es algo aprendido y ensayado cientos de veces. Olga quiere hablar con Avelino, pero, entre la aspereza aterciopelada del instante y una cierta comprensión por los presumibles sentimientos de su marido, prefiere callar por ahora, o por lo menos esperar a que él sea el primero en navegar por el frío espacio que los separa a la mesa. Avelino, por el contrario, ni desea hablar ni comer, la col fermentada continúa sobre el plato. Bajo la luz de un análisis profundo impera el deseo de equilibrar su psiquismo, después de lo ocurrido el día anterior con el borracho en el callejón del Barrio Rojo, que sentir la muerte de Lomas, aunque no quepa duda que su desaparición se hace un hueco en el alma del profesor, es más un sentimiento vulgar e incomodidad de futuro, que un verdadero sentimiento de pérdida. "Inconvenientes, joder, inconvenientes," se dice una y otra vez mientras aclara sus ideas.

—Hace tiempo que habrá terminado el concierto —dice Olga al elevar la voz, cansada de la mudez.

—Si. Hace tiempo.

—¿No vas a probar bocado?

—No. No voy a probarlo.

—¿Deseas que traigan otra cosa?

—No. No deseo que traigan nada.

—No merezco lo que está pasando.

—No. No lo mereces.

—¿Podemos bajar el volumen? —pregunta Olga dirigiendo su mirada al mando a distancia que hay sobra la mesa.

—¡¡Nooooo!!

El profesor Avelino Mornin se pone de pie y grita sin parar mientras aporrea con las manos apretadas la mesa. El plato baila, las copas caen derramando el vino y el agua, un pequeño adorno o florero —no se aprecia bien desde aquí— vuela y rueda por la alfombra. Tannhäuser. Se sienta de golpe dejándose caer sobre la butaca y esta se desplaza hacia atrás medio metro, continúa su voz en grito.

—¡¡¿¿Quién soy…. quién soy??!! —Atormentado.

Olga, puesta de pie desde el otro lado intenta en vano hacerse

escuchar, no se distinguen las palabras que pronuncia entre el elevado volumen de la música y las voces de Avelino Mornin. Olga, hace ademanes y aspavientos con indicaciones precisas a la servidumbre que está cariacontecida y amontonada a la entrada del comedor. Se apaga la música sin dejar de correr la imagen por la pared, Avelino deja de gritar y en el silencio destaca por sorpresa la voz de Olga.

—¡¡Haced algo!!

Como si ella no tuviera los suficientes arrestos para acercarse a su marido, o acaso las suficientes fuerzas por el bloqueo nervioso, o tal vez ya no le interese lo que pueda pasarle, o quizá vea en peligro su integridad; nada se sabe con certeza. Avelino Mornin ha descolgado los brazos por fuera de la butaca, la cabeza ladeada sobre el respaldo. Apolonia se acerca dubitativa.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Dejadme en paz, dejadme solo —lo dice sin despegar los párpados, con la voz gruesa y profunda.

Se marchan todos del comedor, menos Apolonia que se retrasa para recoger los desperfectos y dejar una jarra de agua y un vaso junto al hombre insatisfecho. Ellos lo compadecen sin saber que su estado es fruto de otras composturas del alma. Olga se marcha de la escena sollozando, con ganas de llegar a su cuarto, lejos de la servidumbre, para llorar a placer, en circunstancia de no saber qué corre paralelo a ella y hacia el futuro, se angustia por la falta de respuestas. Se cruzan en el hall con el chófer, que fue avisado por si acaso. Un gran ir y venir de personas produce un cierto desasosiego en la planta baja, el viento de angostura, agazapado a las afueras, ruge, se encabrita formando pequeños remolinos, su silbo se escucha al otro lado de los muros.

Avelino Mornin está a solas, en el comedor, con las imágenes mudas, sombras y más sombras recorren el lugar como fantasmas cuando dejan de escucharse los murmullos de fuera y el viento, como una magneto sanadora, atempera el carácter de su amo.

Lomas, le dijo que no se preocupara que el japonés desaparecería licuado, o incinerado, o enterrado en el pozo más profundo de los pozos, o comido por los buitres en las alturas más altas. Agua, fuego, tierra, aire; dejó escoger a su acólito la manera, pero cometió un error, el maestro debería haber marcado el elemento, el fuego se volvió contra Lomas, como si Vulcano le diera la réplica de la gran venganza. Se pregunta, una y otra vez el por qué de la muerte de su hombre fiel, a estas alturas, ahora que era tan necesario para el experimento. Acaso, el policía tendrá algo que

ver, acaso Lomas cometió un error de cálculo en la solución del problema planteado por Mornin, acaso… acaso… No atisba una respuesta convincente. “Señor, ya está todo solucionado, el coche ardió como un sol de soles, apenas quedó un amasijo de hierros, el resto fosfatina al aplicarle el líquido acelerador,” decía Lomas cuando fue a darle novedades, cuando deseaba con ansiedad que el jefe valorara su trabajo de eliminación con la suficiente benevolencia para colocarlo en el más alto aprecio de los aprecios. Y así fue, cuando lo convirtió en el brazo ejecutor de los asuntos turbios de Mornin, y además, en el cancerbero privilegiado del Mutador de Partículas. “¿¡Quién ha sido!?” se interroga Mornin, “si con seguridad no fue un suicidio... ¿el detective?”

Endereza el cuerpo, su rostro aparenta algo más de sosiego. Contempla en la pantalla textil el duelo entre Godofredo Alemán y Beluga, mudos, sin sonido parecen marionetas de cartón piedra, el castrado levanta la cabeza y mueve los labios como si fuera un pez, parece un sirénido boqueando en busca del oxígeno, Alemán se aproxima al divo, no se sabe con qué intenciones. Saludan. Wolfram abraza a Elisabeth, se ha terminado la representación. El castrado lleva un cuello de gaviota, alto, elevado hasta la fontanela y unas sayas largas y arrastradas del color de los membrillos maduros. La gran diva se llama Beluga, quien siendo un jovencito cantor de medio pelo tuvo los cojones de deshuevarse para llegar a donde la enfermiza Callas reventaba, para esculpir de trinos los salones en los recitales de artificio y virtuosismo. “¡Ah! Beluga” piensa Mornin, un sacrificio tan grande para complacer con su excelsa coloratura a los oídos de la Nueva Era. Más grande que Farinelli, que Caffarelli, y que el gigante Senesino que hizo las delicias de Haendel con sus florituras. Si él tuviera un ejército de Belugas a su lado, no habría tantos problemas, todos los que le rodean ponen buena voluntad pero ninguno llega a la altura exigida por Avelino Mornin, ha tenido que traer a la rusa… la rusa, ¿es qué no hay nadie en estas tierras que pueda enfrentarse a la complicación de la máquina, a la solución de los problemas? Quiere Belugas a su lado, pero se tendrá que conformar con lo que tiene, un grupo disciplinado y muy preparado de científicos, y la Petrova. Lomas era bueno, muy bueno en lo suyo, pero había algo que lo perdió, tenía un aquel que no acababa de configurarlo como un ser sin igual, como se considera Mornin. Y ahora, en la bruma cálida después del berrinche, tiene dudas, le asaltan las más oscuras ideas de futuro, pero tiene que seguir, pase lo que pase. Se levanta, atraviesa las imágenes que salen de la pared, con paso cansino y torpe se encamina hacia su

cuarto. Mañana, le espera el día más importante de su vida. “Cris, por qué no estás a mi lado,” se le escucha musitar por las escaleras. Dual es el aspecto del hombre, una cabeza está hecha de luz y otra de tinieblas.

EL GRAN DÍA COMIENZA con un fuerte viento de angostura que se despabila por la cumbre de Monterosso y baja meciendo árboles y mentes por la ladera hasta ocupar casi toda la metrópoli, con ráfagas de un color pastoso difícil de definir. Los observadores del meteoro apenas dan crédito a sus ojos, nunca vieron cosa igual. Queda agazapado entre las casas y de vez en cuando silba suave como si fuera la respiración del aire, en espera de no se sabe qué efecto.

En lo más profundo del Departamento, donde la tierra horadada se hizo templo, cueva que envuelve la esperanza del hombre, todo está preparado. En una plataforma colgada de la roca en el lado opuesto al Mutador se situarán las poquísimas personalidades que asistirán al experimento, escogidas entre patrocinadores, políticos y hombres de ciencia ajenos a la investigación, invitados más por estrategia de futuro que por protocolo. Advirtieron de la peligrosidad que entraña y de las posibles consecuencias; sin embargo, conscientes de la importancia del momento que van a vivir, ninguno declinó la invitación. Saben que el resultado no será un espectáculo, no se trata de contemplar cómo aterriza un ingenio en un planeta o disfrutar de un hecho singular por su grandeza visible. En esta ocasión, observarán en un monitor una serie de números y gráficos para iniciados, escucharán las explicaciones de un científico cicerone y si miran a la bola, donde penetrará Ilia Ivanovna Petrova, el resultado será un fogonazo inexplicable, para los físicos una hebra de materia invisible al ojo humano. Y aunque todavía hay un cierto olor a inmundicia, no supondrá ningún obstáculo cuando se trata de asistir a un lugar como el Departamento, tan especial y poco visitado.

Todos los componentes del equipo técnico están reunidos en la sala que se encuentra frente al despacho del profesor Avelino Mornin. Como un general, ante su ejército disciplinado, Mornin arenga a su pequeña escuadra en una última andanada verbal que les baña de transcendencia y responsabilidad, haciendo mención a Ernesto Lomas, les orienta para trabajar hoy con especial dedicación en memoria del insigne compañero desaparecido.

—… y ahora, cada uno a su puesto. Os toca afinar los instrumentos con los que interpretaremos la sinfonía más importante de la historia. Suerte Ilia, suerte a todos. La sincronización deberá estar ajustada antes del instante en el que apretaré el botón, las dieciséis horas y ocho minutos.

El profesor Mornin, desea hacer un homenaje a Newton al

escoger esa hora. En mil seiscientos ochenta, el genio inglés comenzó a desarrollar el Index Chemicus su más extensa obra alquímica. Y no va descaminado el profesor al hacer el guiño cuando el Mutador es una especie de crisol, el recipiente casi adorado donde confluirá fundida la materia a transformar, construir —si se permite la expresión— la piedra de toque, la mágica fuente de la vida, el dedo del Gran Hacedor.

Se dirigen en fila ordenada, en silencio y concentrados hacia las escaleras que les meten en lo más profundo de la caverna, menos Ilia Petrova y Críspula Rolin, a quienes el profesor solicita que esperen unos instantes en su compañía. A la Petrova, para tomar su mano blanca y rusa y darle un beso en las falanges antes de dejarla partir al inframundo, en un acto milenario, acaso extraído del inconsciente más profundo de la memoria colectiva. Ilia es la doncella sacrificada, la pureza ofrecida a los Dioses, y Mornin la bendice, se pone a sus pies y reza en su interior, me encomiendo a vos en quien depositamos la confianza para que los dioses estén contentos y satisfechos; se ha convertido, además de en general de la tropa, en chamán, en hechicero, mejor, en sacerdote todopoderoso que iniciará el rito milenario de la ofrenda al Cosmos.

Observa partir a la Petrova, escaleras abajo con ese andar sutil que parece que levitara, la gran modelo de los números, la lectora de chimeneas, la niña sabia. Luego, se gira hacia Cris y contempla sus ojos sin apartar la mirada, ella baja los suyos inclinando el rostro mientras habla.

—Tenemos que vernos cuando acabe todo esto —dice Cris en voz baja y misteriosa—. Esta noche, inexcusablemente en el lugar que ya conoces —.Se refiere a la sórdida habitación donde retozaron, en el Barrio Rojo.

—Imposible. Cuando esto acabe, Olga y yo asistiremos a la cena de gala que ofrece el Presidente en el Palacio Metropolitano, para conmemorar el nacimiento de un nuevo orden. Aunque… estoy deseando encontrarme a solas contigo, me da igual el lugar. Lo que ocurrió el otro día en mi despacho fue muy extraño, me dejaste tirado, no entendí nada, aunque tienes que saber que no he cambiado de opinión ni de sentimientos hacia ti, Cris. Continúo obsesionado contigo.

—Deberás hacer un hueco, tal vez sea la única oportunidad que tengamos.

—¿Para qué?

—Para escapar de nuestro propio laberinto.

—Tus palabras son enigmáticas y eso me incomoda, pero estás

atractiva, eres retorcidamente atractiva, Cris.

—No puedes faltar, te espero.

Críspula Rolin se marcha hacia la sala del Mutador de Partículas. El profesor Mornin, queda solo delante de la puerta de su despacho. Suena el teléfono.

—…gracias Presidente…sí Presidente…será un éxito…un éxito Presidente…gracias infinitas, Presidente…

Tras la conversación, sube a la planta hall, al nivel de la calle. Comienza el desfile de personalidades, hacen su entrada y a continuación saludan con reverencia al Premio Nobel, acompañados por azafatas preparadas especialmente para el acto. ¿Dónde está Olga? Su mujer tenía que haber llegado hace un rato, no le perdonará el retraso, piensa incluso que tal vez no asista, por una especie de venganza acumulada y pergeñada hace tiempo; hacerle este feo el día más importante de su vida, más importante aún que aquel sombrío día en Estocolmo, cuando se sintió Júpiter. “Sería una torpeza por su parte” piensa que la escena en el comedor, la noche antes, tenga algo que ver con su ausencia.

Cris ha ultimado algunos detalles de su competencia en la sala del Mutador y se vuelve a su despacho. Todo transcurre con aparente normalidad, pero Cris lo único que desea es ocultarse en su celda hasta que todos estén en sus puestos, después emergerá a la superficie y se largará con dirección al Barrio Rojo, a esperar a Mornin. Tiene razones suficientes para saber que acudirá a visitarla después de terminada la función. En el ínterin, podrá abrazar a la mujer que tiene la cabeza como una bola de papel, su madre.

Avelino Mornin, antes de penetrar en la profunda bóveda, baja el último tramo de escalones acompañado por la notable comitiva de invitados. Dos pensamientos le socavan el cerebro, que Olga no haya llegado aún y que todo salga como dicta el guión.

Cris, al comprobar que todos los asistentes están acoplándose, enfila el pasillo en parábola que conduce directo a los ascensores, llega al fin a la planta de garaje, sale con intención de tomar su vehículo y observa a un sujeto con buen aspecto, apoyado en el morro de su Adamastor-Z5.

—¿Es usted la ayudante del profesor Mornin? —dice con educación, aunque la pregunta es obvia, bien sabe quién es.

—¿Qué quiere? —se precipita a responder con cierta zozobra.

—El maestro Malinas desea, si usted no tiene inconveniente, que lo acompañe esta noche a la cena que ofrece el Presidente. La esperará en su casa, imagino que sabe donde vive. ¡Ah! —ahora sonríe y se agita con un cierto amaneramiento— el mensajero

espera respuesta.

—¿Por qué no me lo ha dicho él, podría haberme llamado?

—Es mejor así, más discreto… ya me entiende —lo dice como si conociera en profundidad la historia entre Malinas y Cris.

—Acudiré —está nerviosa—, pero antes tengo asuntos de los que ocuparme.

—El señor Malinas se hace cargo — y añade cuando se disponía a girar su cuerpo—por cierto… ¡Es guapísima! Había oído hablar mucho de usted, sabía que era especial, pero no tan especial.

—¿Cómo se llama?

—Barrado… simplemente Barrado.

UN VEHÍCULO INESPERADO intenta acceder al interior de la Mansión Mornin, aparca junto a la verja y se abre la gigantesca puerta de barrotes de hierro y acero. Conduce Carita Ngonda su flamante Adamastor-Z2.

Ya dentro de la casa, en el hall junto a Olga.

—Me tienes intranquila, Carita, pasa, ya voy tarde.

—No importará que llegues tarde al Departamento, lo que tengo que decirte es más interesante y grave.

—Vamos a la biblioteca, allí no nos escuchará nadie. Estoy nerviosa —dice Olga con un escalofrío que la recorre entera.

—Se llama Karl Sellman, es un hombre y no es de Costa Rica, nació hace treinta y tres años en Comodoro Rivadavia, iba para ingeniero de hidrocarburos pero la Guerra Global le hizo emigrar y reorientar sus estudios para hacerse matemático, la única verdad en su vida. Creemos que recientemente trajo a su madre pero no la hemos localizado aún. Estamos estudiando cual es la relación que tiene con lo que le ha ocurrido a tu detective Cabrerizo, le encontraron drogado, maniatado y amordazado en su apartamento, es todo muy extraño, tal vez ese Cabrerizo, por recomendación tuya, al meter las narices en la vida de Cris ha salido malparado. De igual manera, investigamos la relación que puede tener con la extraña muerte de Ernesto Lomas. Todos los indicios apuntan a un asesinato. Algo anómalo está ocurriendo, querida Olga, pero lo descubriremos, y espero que no sea demasiado tarde. El detective está ahora en el hospital, bastante fastidiado, aún no ha dicho nada pero cuando salga del shock tóxico hablará.

—La que no puedo hablar soy yo… perdóname… estoy segura de que esa Cris, o Karl o como se llame, quiere algo de mi marido y no creo que sea para una buena causa. Si sus intenciones son malas, como es presumible, Cris puede ser peligrosa… No podemos perder un instante ¡Llévame al Departamento!

Las dos mujeres salen de la biblioteca con intención de volar en el coche de Carita, Apolonia las observa, desde la entrada todavía abierta, derrapar en la gravilla. La sirvienta queda inerte durante los instantes previos a cerrar la puerta de la mansión. Lo ha escuchado todo, algo grave imaginaba por la carrera de la amiga de su jefa, la cual no acostumbra a visitar a los Mornin salvo en fiestas o celebraciones concretas, y después de lo que ocurrió la noche anterior durante la cena, con un profesor Mornin desencajado y siniestro, se escama sucesos nada halagüeños que puedan afectar la vida de los empleados de la casa, espera que sin consecuencias

graves, pero todo eso está por ver.

Cada personaje, como el caso de Apolonia, es protagonista de su propia vida, en esta ocasión es una secundaria, pero que se verá afectada, más allá de lo que se narra, por el devenir de los acontecimientos de esta historia. Se ha enamorado hace unos meses de Prudencio, y casi todas las noches, como ya es sabido, atraviesa el ala este del jardín y acude a tomarse un vasito de vino oloroso al apartamento del chófer, ubicado encima de la cochera. Allí sueñan, Prudencio con escapar algún día de la metrópoli y Apolonia con morir en la metrópoli, pero no muy tarde para poder hacerlo en los brazos de Prudencio antes de que escape, la sirvienta considera que está destinada a no salir nunca de la gran urbe, como si fuera un atractivo maldito que sujeta a mucha gente de manera inevitable.

Ahora, está deseando que llegue su amor, para contarle lo ocurrido y continuar soñando. Vida de los otros, vida propia, vidas paralelas; una tela de araña infinita que a todos atrapa aunque no sean conscientes de ello. Cualquier suceso en la metrópoli, por ínfimo que sea, afecta al último eslabón. Lo ocurrido aquel día de bruma en un pequeño pueblo de la costa norte de España, la muerte de un anónimo pescador de caña, afectará, aunque ella desconozca los hechos, a Apolonia, a Prudencio y a tantos otros que nunca sabrán que aquello ocurrió. Por eso, es difícil saber cuál es la razón primigenia de las cosas. Cuando suceden acontecimientos que se achacan a determinadas causas, acaso la mayoría esté equivocada, y la verdadera razón sea otra.

Prudencio, que es un hombre pausado y reflexivo, con muchas horas libres para pensar, ha llegado a la conclusión de que todo lo que ven sus ojos y lo que le cuentan es falso, quizá porque la causa oficial o admitida sobre todas las cosas es falsa, y de ahí brote el error y la mentira.

COMO SI SE TRATARA DEL FINAL de una típica y mala película policiaca, que recurre siempre a la misma efectista escena, el detective Cabrerizo vuela por los pasillos del hospital en busca de la salida. La bata se adhiere al cuerpo mientras corre, deja ver su escaso cuerpo desnudo entre la desanudada abertura.

—¿Pero, qué hace? No puede marcharse… ¡Eh!... ¡Oiga! ¡¿Adónde va?!

Dobla la esquina de un pasillo, enfila una galería acristalada, vuelve a doblar un rellano más oscuro para bajar unas escaleras. De dos en dos los peldaños, luego de tres en tres intentando amortiguar el ruido de las caídas, un último brinco para girar con soltura alrededor de un carrito de limpieza que vaga sin dueño por una zona en penumbra, parece otro hospital, sin uso, un ala cerrada a médicos y enfermos, un lugar nuevo al que acaba de llegar.

Se sienta, oculto sobre sus desnudas nalgas, tras un mostrador vacío. “No quieren que interfiera… no quieren que interfiera, quieren apartarme,” se repite una y otra vez. Escucha una conversación, cada vez más cerca. Pasan de largo. Las pisadas se oyen en lejanía. Respira. Ahora, con los pulmones en su sitio, enfrenta sus ojos al teléfono móvil, lo único que pudo llevarse de la habitación, no encontró la ropa.

Llama a Marcela. Explica la situación. “Date prisa, no hay tiempo que perder,” se repite una y otra vez, como si dirigiera punzadas telepáticas hacia la punki. Intenta cuadrar todos los ángulos pero no encuentra la manera. Tendrá que quedarse un buen rato oculto hasta que esté a punto llegar la joven salvadora, para más tarde escamotearse como pueda y buscar la salida acordada. Ya es la segunda vez que ocurre, “Marcela no se me puede escapar”, ahora la considera su ángel salvador, pero también se acuerda de su ex mujer, “con Marcela será diferente, es mi ángel de la guarda, me ayudó en el “Mano Lenta” y ahora lo está haciendo otra vez en el hospital, date prisa Marcela.” Piensa a más velocidad de lo acostumbrado pero no le conviene con la resaca tan enorme que arrastra, eso le provoca una excitación cardiaca fuera de lo común. ¿Por dónde comenzar? Localizar a su jefe, “¿qué está pasando, Jefe Lombardo?” Le gustaría encontrarse de inmediato con Avelino Mornin, cree que debería apretarle las tuercas hasta hacerle reventar, y a su mujer lo mismo. El profesor no es trigo limpio, siempre lo he sospechado, mi olfato de perro pacho no se equivoca, cavila con sonrisa nerviosa.

Cabrerizo, está fuera de sí, se agarra el pelo, esa maldita droga,

se dice una y otra vez. Piensa que tal vez no hay del todo limpieza en el Centro de Investigación Criminal, alguien trata de proteger al Nobel. ¿Quién desea verme muerto? Ya ha ocurrido en dos ocasiones, primero a balazos y después envenenado. Joder como me duele la cabeza, se queja en voz alta y al instante se da cuenta de que pueden oírlo. Levanta la cabeza por encima del pequeño mostrador. La hora. Tiene que salir en busca de los muelles de carga y descarga de las cocinas del hospital, y esperar ahí, guarecido de cualquiera. Una situación difícil incluso para un detective áspero como él.

—Pensé que no ibas a llegar nunca —dice Cabrerizo sin acritud mientras cierra deprisa la puerta del copiloto. ¿Encontraste el sobre?

—Me costó un buen rato dar con él entre la mugre de ropa vieja que tienes apilada en tu cuarto. ¿Es pasta, verdad?

—¡Acelera!

—Este cacharro que me prestaron es del siglo pasado, no tira nada —le mira y añade— ¡Joder, con esas ropas y el aspecto que tienes no podemos ir a ningún sitio!

—Conduce, ya pensaré algo. Salgamos de la metrópoli —como si hubiera cambiado de planes al ver a la joven Marcela.

—Pero ¡¿Qué dices?! ¿Estás seguro? Nunca he salido de aquí, esta es mi casa.

—Ya es hora de que cambies de vivienda. Tú y yo juntos, lejos de esta mierda. Me gustaría arreglar algunas cuentas pendientes, pero es mejor así, lo he pensado bien, me acabo de dar cuenta, no merece la pena luchar para esos putos mierdas de arriba… para lo que pagan.

—¿Encontraremos la salida? —Dice Marcela queriendo sonreír.

—Hace tiempo que pienso en ella y creo que ya la hemos encontrado.

LA SALA DONDE SE ENCUENTRA EL MUTADOR está imponente, un plus de iluminación permite contemplar la gran bóveda en toda su extensión, luz que hace brillar con más fuerza uno de los lugares de la ciencia más sofisticados y avanzados del planeta. Todo el mundo está en sus puestos. Los invitados, sobre una plataforma elevada, opuesta y distante del ingenio, por la que se accede a través de una escalera metálica adosada a la pared de roca, desde allí contemplan perplejos los invitados las maniobras de los técnicos y científicos. Las salas están separadas por elementos transparentes e insonorizados, pero a pesar del aislamiento sienten un zumbido grave que comienza a envolver el lugar. Los rotores de los electroimanes están casi a pleno rendimiento, la esfera fulgente comienza a levitar para ponerse en fase. Ilia Ivanovna Petrova está dentro del engendro, metida en una escafandra violeta y dentro de otra bola llamada núcleo, se la puede ver a través de los monitores repartidos por todos los espacios, está esperando que el profesor Mornin apriete el botón que ordena a Ilia liberar la mezcla del suero que contiene la Prematería. Ocurrirá, a las dieciséis y ocho minutos exactos, como ya se sabe. De repente, la gigantesca bola cambia de color, del azul oscuro pasa a un tono gris perlado, rodeada de un aura visible, ahora el ruido es infernal. En el interior, Ilia siente nauseas, nota que su cuerpo es rodeado de un halo de luz verdosa, parece como si estuviera imantada al asiento. Ilia, solo ella, desconectada físicamente del mundo exterior, es quien tiene que activar el interruptor que liberará la mezcla para que se produzca la reacción en las paredes estancas del ingenio esférico.

La hora prefijada está a un minuto, el profesor Mornin de pie, frente a una pantalla, observa las evoluciones del experimento leyendo gráficas, símbolos y números incomprensibles para la inmensa mayoría de los mortales. Ordena por fin el comienzo, es el momento del gran alquimista que desea ver ante sus ojos como nace el Opus Magnum.

Ilia recibe el mandato, se enciende la luz ámbar de la preignición y aprieta el interruptor, no sin antes introducir una pequeña alteración en la orden recibida, un flash mental inducido por el oscuro Rosman.

La esfera, retorta gigante, desaparece y aparece en varias ocasiones, en espasmos de milésimas de segundo, como si quisiera estar en dos sitios a la vez, como si intentara trasladarse a otro lugar, a una dimensión que el ojo humano no puede percibir, pero… algo está fallando, se produce un gran revuelo en la sala

previa al Mutador, el profesor se encuentra desencajado, todo el mundo parece alterarse. Los paneles translúcidos impiden que llegue el sonido y la alteración de los técnicos a la sala contigua. Ilia aparenta normalidad según se desprende de las pantallas, quizá efecto de la hipnosis. El aparato continúa con la misma consecuencia y de pronto, sin que nadie lo espere, suena la sirena de alarma, una voz ordena evacuar el recinto, se está provocando un pequeño caos aunque controlado en apariencia. Los electroimanes emiten un arco voltaico de gigantescas proporciones, gruesos haces de luz blanca envuelven el ingenio, pero es solamente el preludio de su apagamiento. Huele a quemado, un olor parecido a cuando se chamusca la baquelita pero intenso, y se dispersa a una nueva peste, más nauseabunda al mezclarse con el olor a mierda que sube del subsuelo.

Los anillos bloqueadores de la gran bola se activan para que no caiga al dejar de levitar, a continuación se extiende el último tramo de la pasarela que conecta con la boca de acceso al ingenio. Ilia, logra abrir la portezuela y sale, aparenta mareo y comienza a recorrer el trayecto que la separa de las escaleras, se sujeta donde puede, vacila, intenta correr.

El lugar se vacía de personas. Sin esperarlo, una especie de onda invisible provoca que todo se mueva, parece que rebota constantemente en las paredes de la gran campana de roca, todo comienza a caer, se está provocando incluso una pequeña inundación en el lugar. Los más rezagados corren hacia las escaleras, comienzan a trepar despavoridos los peldaños que los separan de las salas superiores, su objetivo son los ascensores que les elevarán ocho plantas más, hasta la superficie, donde suponen que estarán seguros. Ahora, un humo blanco y ácido penetra por las gargantas, todo el mundo tose, todos quedan maquillados de una finísima capa de polvo, nadie sabe de dónde procede ese talco que los ahoga por momentos. Algunos quedan atrás arrellanados sobre los escalones, otros tiran de los brazos de los caídos, vano intento.

Avelino Mornin busca a Cris desesperado. “¡Ayúdame Cris!” se le escucha gritar entre el caos mientras comienza a subir las escaleras. Ilia Petrova, a pesar de sufrir un fuerte golpe en el brazo izquierdo, sube con agilidad los peldaños, intenta encontrar una explicación a lo ocurrido, pero en su mente no existe nada que pueda racionalizar la situación. Ilia, ahora es como un libro de páginas blancas; Mámoschka… mámoschka. Se produce una explosión, el pánico invade de gritos y chillidos el último tramo de escaleras que conduce a la planta donde podrán tomar los elevadores, suponiendo

que funcionen.

Entre la marea de partículas que oscurecen la sala previa, el profesor Mornin divisa y agarra con fuerza el brazo de Ilia Petrova que parece ausente, desconcertada, ida.

—Salgamos de aquí, Ilia. Los ascensores no son seguros, vamos hacia las escaleras, es más prudente —mientras, carraspea y tira de ella como si fuera una enorme muñeca de trapo.

—¿Dónde estamos? —reacciona Ilia.

—Tranquila, ¿has visto a Cris?

—No —lacónica y aún aturdida.

Ilia se frena, sujeta el brazo del que tira el profesor, le duele el impacto recibido. Se sueltan.

—Sígueme, no puedes quedarte ahí, esto va a estallar y quedaremos sepultados.

Ahora, los dos afrontan las escaleras que conducen a la calle.

—Esto es el final del viaje —se lamenta el profesor.

—Pero, nosotros seguimos adelante —dice Ilia recuperando la lucidez.

—Tú podrás continuar adelante, para mí esto se acaba.

—No diga eso profesor.

Avelino Mornin se frena, agacha la cabeza y vuelve a toser, Ilia se para con intención de asistirlo.

—Tú vas más deprisa, no me esperes, no pierdas la vida por mí. Antes, dime qué ha ocurrido en la esfera, dímelo para quedarme tranquilo, ¿qué ha fallado?

—No lo sé, quizá el mezclador sobrepasó el nivel crítico, tal vez el sistema de enfriamiento, o los rotores de las bobinas de los electroimanes que se encharcaron cuando ocurrió la avería de las bombas de impulsión. No logro entender lo ocurrido, cuando quise darme cuenta habían saltado todas las alarmas.

—Me engañas Ilia, nadie pensó que pudieras trabajar para otros, no debimos de confiar en una rusa cuando en tu país están intentando conseguir los mismos resultados, pensábamos que Rusia era nuestra aliada, que íbamos juntos en esto.

—Se equivoca profesor, no dude de mí.

—Entonces ¡¿porqué aceleraste el Mutador antes de que la mezcla estuviera en el punto óptimo!?

Ilia llora con amargura, curvada sobre sí misma, mira al profesor Mornin que está varios peldaños más abajo, mientras, las personas les rebasan por los laterales en dirección a la superficie, y entre el ambiente de desconcierto y ruido intenta expresarse elevando el tono.

—No lo sé profesor, si lo hice no logro recordarlo —gime y se restriega los ojos con el antebrazo—, ¡tiene que creerme!

Duele el golpe, duelen las palabras de reproche del profesor, duele más intentar desesperadamente rellenar su vacío mental para buscar una explicación.

Mornin, grita.

—¡¡Criiiissss!! ¡¿Adónde te has metido, Criiisss?!

Lo que no sabe el profesor Mornin es que su ayudante se dio media vuelta antes de comenzar el experimento, tiene que cumplir el último trabajo, el último encargo que le ordenó su amo y señor Rosman, el cara de celofán, el patrocinador de toda esta cadena de sucesos, aún sin un motivo revelado para los que están sufriendo los acontecimientos.

Ilia, convertida sin saberlo en esclava de las tinieblas, en el brazo ejecutor de la oscuridad, y sin poder entender lo ocurrido, siente en lo más profundo que ha perdido la virginidad, la ingenuidad cósmica que tanto bien ha hecho, por eso corre hacia la superficie. Su cuerpo grácil sortea ahogados, temblorosos, heridos, moribundos, y cuerpos inertes, como si volara para recuperar la luz, salir de la oscuridad y volver a la amada Rusia. Saca fuerzas de donde no las tiene para conseguir respirar aire puro, y arrancar otra etapa de su vida, “el viaje termina Ilia pero las personas continúan.” Volver a pasear junto al Moscova, abrazar a su madre, al viejo profesor, visitar la tumba de su padre, y en el cercano invierno disfrutar de los amigos y contemplar las chimeneas de Moscú. Y brincando sobre todos los deseos abrazar a Fiodor en soledad, tumbados frente al hogar de su casa, contemplar el devenir de la lumbre, escuchar al maduro profesor de literatura las palabras de Gogol que rebotan de su viejo libro más querido, Taras Bulba: “… ¿Quién ha dicho que la Ucrania es mi patria? ¿La he escogido yo? La patria es aquello que nuestra alma desea y adora; aquello que nos es más querido. Mi patria eres tú…” Mámoschka… ya voy mámoschka.

Un gran revoltijo de personas se arremolinan en la calle, Carita Ngonda frena con violencia el Adamastor-Z2, las dos mujeres salen del coche asustadas por el humo blanco que sale del edificio y las gentes en estampida tosiendo y gesticulando sin parar.

—Esto es cosa de Cris —dice Olga desaforada—. Ahí está Prudencio, el chófer, vayamos a preguntarle… ¡¿Dónde está mi marido?! —Lo sujeta de la chaqueta sin impedir que frene el cansino paso.

—Quizá en el infierno, señora… en el infierno.

Mientras respondía ni siquiera ha detenido el paso, como si su señora ya no fuera nadie a quien tener en cuenta, y continúa andando despacio con los brazos descolgados y la mirada perdida en el frente, se le ve salir del caos con las ropas llenas de polvo, con la mente puesta en Apolonia, simplemente en Apolonia.

Se escuchan sirenas, todo un ejército de dispositivos de defensa se ha puesto en marcha. Comienzan a acordonar la zona, los agentes quieren establecer un amplio perímetro de seguridad. Olga y Carita intentan acceder al Departamento, lo consiguen a duras penas, abriéndose paso entre el gentío, pero es tarde, ni el profesor Mornin, ni Ilia Petrova, ni tampoco Cris están dentro, ya escaparon a otro lugar para continuar escribiendo el diario de su vida. Y Olga, poseída por una desesperación que nunca había sentido en sus neuronas, continuará buscando… buscando, aunque, tal vez no encuentre nada.

A lo lejos se ve un torbellino del color de la angostura que se aleja en dirección al Barrio Rojo.

EN LA TRISTE Y VAPOROSA HABITACIÓN del antiguo y sórdido edificio de la calle Andrómeda, en el núcleo de la metrópoli, un hombre descansa sobre una destartalada mecedora. Avelino Mornin, físico de profesión, Dios de barro, suda por la excesiva humedad y recuerda el sueño que tanto le ha hostigado los últimos días. Premonición absoluta, la huída de Cris del Departamento, el desmoronamiento de su mundo pegajoso en forma de carretera a ningún lugar, y los picotazos de la Petrova en forma de gaviota blanca. Se pregunta, quién tira de sus pies con deseo de aniquilarle, último y enigmático acto de este drama.

El vientre de Cris empuja y mece despacio al profesor mientras sus manos le descongestionan los hombros, las vértebras, los músculos del cuello, los dorsales. Está tan exhausto y roto, y tan ido de mente, que si Críspula Rolin apretara sin excesiva fuerza su cuello, dejaría de respirar con apenas espasmos y aspavientos. Pero, en Cris nunca se forjó la ira hacia el profesor.

La estancia comienza a oscurecerse por efecto de la rotación terrestre, por el mandato de la ley cósmica; se sabe que atardece porque las sombras se apoderan del lugar y nadie mueve un cansado músculo para engañar a la oscuridad, ninguno de los dos piensa en encender la luz cuando sus pensamientos aún continúan dando vueltas a la catástrofe que se ha cernido sobre el Mutador de Partículas. La puerta se abre frente a Mornin, un cuadro de luz fatua se dibuja ante sus ojos y en el centro la silueta de un sujeto que se hace llamar Rosman. Cris se aparta dejando en ligero vaivén la mecedora, va en busca del bolso que tiene sobre una de las camas con intención de marcharse, considera que su trabajo termina en este preciso momento, que el contrato con la organización termina aquí y ahora, pero Rosman, sin enseñar aún el rostro, oculto por el contraluz, eleva el brazo izquierdo y ordena sin palabras que se esté quieta, llega el turno del hombre en la sombra. Cris, atenazada por el miedo y la desazón de no verse aún libre de compromisos, se sienta sobre la cama. Ahora, en lo único que piensa es en el deseo de que acabe esta charada cuanto antes, recoger a su madre y largarse lejos. Haber traicionado a Mornin es el culmen del instinto de supervivencia, o acaso una tarea necesaria para que el planeta no encuentre otro impedimento más que haga infelices a los hombres, fruto de la ambición de unos pocos.

El sujeto de la cara de celofán avanza cerrando tras él la puerta con el pie, luego queda pétreo en medio de la habitación, con su respirar profundo y hueco, aunque tranquilo, haciendo tiempo a

que sus pupilas se adapten a la mortecina luz.

—Se me ha hecho eterno esperar que aconteciera este momento —dice el hombre que se hace llamar Rosman.

—Has tardado mucho en volver. Supe que fuiste tú después de ver la grabación de la muerte de Lomas. ¿Cómo es el más allá?

—No lo sé, nunca estuve allí, pero sí jodido en un hospital aguantando los dolores más horribles que pueda soportar un ser humano, sobre todo cuando tiene el noventa por ciento del cuerpo totalmente quemado, y el rostro desfigurado; no podía mirar al mundo. Y después, la docena de operaciones de cirugía plástica, y más tarde sufrir la anulación de tu persona, aguantar el escarnio de verte postergado a la tumba en vida, y por último, aguantarme las ansias de venganza. Pero la vida, como dijo Paracelso, es un proceso de combustión, si digo que no puedo arder es como si digo que no puedo vivir, me he convertido en otro hombre, en un ser mejorado que encontrará el momento idóneo para hacer su obra, la mía, no la que tú te has arrogado. Por eso, todo ha tenido que fracasar, ese es tu fracaso…

—No te ha faltado entretenimiento, Takashi.

—Hasta hace poco tiempo, no entendía que todo lo que me sucedió hubiera ocurrido por madrugar más de la cuenta aquella mañana en Luarca, cuando asesinaste con vileza al desgraciado pescador. Y como no tenías arrestos para matarme, le encomendaste la tarea a Lomas, tu fiel lacayo chapucero, fui un torpe al no sospechar la primera vez que lo intentó. Para entonces, ya habías encontrado doble justificación para destruirme: que no hablara nunca de tu doble rostro y afición favorita y enferma, y sobre todo secuestrar la gloria para ti solo y robarme las ideas y los escritos. Pude matarte hace tiempo, pero necesitaba que el mundo conociera tus crímenes, cosa que me ha sido imposible demostrar; y después, y esto sí lo he conseguido, hacerte sufrir saboteando tu gran obra, destruyendo lo que más quieres y tu futuro. Por eso esperé tanto tiempo.

—Todo aquello ya pasó, y el fracaso de hoy puede ser el éxito de mañana. Lo importante es que vives, y eso me hace renovar ilusiones. Que no encontráramos restos del cadáver nos pareció normal, después de la bola de fuego en que se convirtió el vehículo, pero ahora… Anunciaremos a los cuatro vientos que estás vivo, volveremos a construir el Mutador, juntos mejoraremos…

—¡Cállate! Y tú deja de lloriquear, pareces una mujer —se gira hacia Cris.

—¿Entonces? —Dice Cris admirada por las palabras que acaba

de escuchar—… no había organización… no había nada de nada… fue todo cosa tuya, me engañaste vilmente, eres un hijo de... —interrumpe Mornin desde la mecedora.

—¡Cris! ¿Qué estás diciendo? —Extrañado y roto—. Nunca pude imaginar que estabas en manos de alguien como este infeliz.

—Pensabais que el fuego acabaría conmigo, pero no creas que he renacido de mis cenizas, no, el fuego me dio la vida… y a ti te dará la muerte.

El hombre que se hace llamar Rosman, el cara de celofán, Takashi Matsumoto; saca del bolsillo interior de la chaqueta una petaca y rocía de queroseno las telas que hay en torno suyo. Después, cuando Mornin intenta incorporarse de la mecedora, le lanza el recipiente con restos del líquido inflamable, saca el encendedor y prende la moqueta dando un extraño salto hacia atrás. El fuego ha hecho una barrera entre los dos. Las llamas se extienden y crecen con violencia. El humo se apodera del aire, Cris se dispone a abrir la puerta para largarse antes incluso que el japonés, pero la puerta se abre y surge una diminuta figura iluminada por las llamas, parece una muñeca de colores en papel maché, es la madre de Cris como ángel benefactor, a dar las fuerzas que le faltan a su hija que la abraza para llevársela como si fuera un monigote, y con el otro brazo y mano cierra la puerta del cuarto en llamas, corren buscando la salida; entonces, el viento de angostura, el torbellino que envuelve el edificio penetra hasta por las oquedades más insignificantes, acude a la llamada de su señor provocando el efecto contrario de la salvación, al llenar de oxígeno las estancias provoca una deflagración, pero el mayor estruendo lo provoca el grito desgarrado del japonés, el cara de celofán brama con la fuerza de un volcán cuando su cuerpo se contagia de fuego y arde, arde de nuevo como una antorcha, maestro y discípulo todavía tienen unos segundos para contemplarse en llamas el uno al otro, antes de derretirse.

NO HACE TANTO TIEMPO, la sociedad y las costumbres eran distintas. Muchas personas, que aún viven, conocieron aquello, pero todo ha cambiado tanto sin apenas darse cuenta, inconscientes de la vida que antes hubo. Piensa la mayoría que, como los decorados apenas mudaron, lo que ahora ocurre es normal, en el devenir normal de lo que llaman normalidad. Y tal vez tengan razón, nunca se sabe en esencia hacia dónde va el hombre.

Pero, alguien pudo escapar de la red que lo atrapaba, del laberinto angustioso sin salida aparente, para volver a empezar renovado y con el convencimiento de que todo fue un sueño, un sombrío y doloroso sueño.

—Todavía no me acostumbro a llamarte Cris.

En el interior luminoso del loft neoyorquino de Eliacer Malinas se escucha una música sinfónica templada sin llegar a ser triste, tampoco grandiosa como las primitivas composiciones del maestro. A Cris Sellman le adormece unas palabras pausadas y tiernas. Mientras siente las caricias de su amor hace lo mismo a su pequeño Tron. El día no se presenta especialmente frio en Manhattan aunque la leña crepite en la vieja chimenea. Hoy el templo gastronómico que la pareja frecuenta en la calle sesenta y cinco está cerrado, eso no impedirá que salgan a pasear por Central Park y contemplen mientras caminan el pálido e infinito cielo de un otoño que se acaba.

# # #